



Seix Barral

Ricardo Menéndez Salmón

No entres dócilmente
en esa noche quieta



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Una pintura china
El invisible
Los venenos
La resistencia
Estrellas y tumbas
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Este libro comienza en la habitación donde un hombre agoniza mientras su hijo, el escritor Ricardo Menéndez Salmón, busca en el último paisaje que su padre ha contemplado una revelación que quizá no exista. No entres dócilmente en esa noche quieta es una ofrenda, una elegía y una expiación; el intento por reconstruir una existencia que camina hacia la madurez, la de quien escribe, a través de una existencia que se ha agotado sin remedio, y la de quien le entregó la vida.

Como Philip Roth en *Patrimonio*, como Amos Oz en *Una historia de amor y oscuridad*, como Peter Handke en *Desgracia impenable*, Ricardo Menéndez Salmón se zambulle en las aguas de la historia familiar para explicarse a sí mismo a través de las luces y sombras de su padre. El resultado es un texto que recorre las estancias del heroísmo y la miseria, la bondad y el desdén, el gozo y la enfermedad, y que nos entrega un documento de contenida emoción y ardiente honestidad.

NO ENTRES DÓCILMENTE EN ESA NOCHE QUIETA

Ricardo Menéndez Salmón



A la memoria de mi padre

11-06-1943 / 12-06-2015

*And you, my father, there on the sad height,
curse, bless me now with your fierce tears, I pray.
Do not go gentle into that good night.
Rage, rage against the dying of the light.*

O bien

*Y tú, padre mío, allá en la amarga cima,
maldice, bendíceme ahora con tus fieras lágrimas,
te suplico.
No entres dócilmente en esa noche quieta.
Rabia, rabia contra la agonía de la luz.¹*

UNA PINTURA CHINA

Después de que Han Gan, artista de la dinastía Tang que vivió entre los años 706 y 783, pintara el retrato de un caballo de los establos imperiales, el animal empezó a cojear. Se descubrió entonces que Han Gan había olvidado pintar uno de sus cascos.

Como en la anécdota, deberíamos escribir libros que fueran capaces de *conjurar* la realidad.

EL INVISIBLE

Mi padre falleció en la Unidad de Paliativos del Hospital de la Cruz Roja de Gijón durante la tarde del 12 de junio de 2015. Había cumplido setenta y dos años un día antes. Yo no estaba con él. Me había marchado de su lado poco después del mediodía, cuando mi madre llegó a darme el relevo en el cuidado de su agonía.

La última imagen que conservo de mi padre vivo es la de un hombre que hace un gesto repetido aunque ambiguo, tocarse el pecho con ambas manos, como si estuviera reconociendo una culpa o buscándose los latidos del corazón. Su mirada está fija en la única ventana que hay en la habitación. Y lo que esa mirada contempla es intrascendente, un paisaje alejado de cualquier epifanía en la hora del adiós. La muerte es aquí un asunto prosaico.

Lo sé porque me he acercado a ese vano y no hay nada tras él que merezca una segunda ojeada. Tejados. Antenas. Un pedazo absurdo de cielo.

* * *

Tras la defunción de mi padre sentí que un tabú se derogaba. Al fin podría escribir sobre él, a propósito de su vida, acerca de sus logros y de sus fracasos. Siempre había querido hacerlo, pero un pudor obstinado, o la vergüenza de que mi padre pudiera leer lo que yo escribiera, hacía que una y otra vez ese momento se aplazase. Y sin embargo, incluso muerto, mi padre dictó una nueva moratoria.

Lo que yo creí posible tras su fallecimiento sólo comenzó a perfilarse dos años más tarde, cuando descubrí la anécdota del pintor Han Gan y la urgencia se precipitó.

Qué misterio representa la escritura, capaz de vincular lo más remoto con lo más íntimo, cascos de caballos irreales con el aliento de un padre moribundo.

* * *

La primera dificultad a la hora de escribir acerca de mi padre consistía en vencer la tentación de convertirlo en un personaje literario. ¿Cómo salvar ese obstáculo, si de algún modo está implícito en el enunciado de lo que hago? ¿Sí, como escritor, se me suponen la perspicacia, el oficio y el talento para metabolizar la realidad y convertirla en esa rara entidad, la prosa, que

reconfigura la materia prima de la que la vida está hecha? ¿Cómo aplicar al padre esa receta, semejante alquimia, sin hacer de él una invención, un precipitado ficticio de lo que fue?

Éstas no eran preguntas retóricas, lamentaciones de escritor, sino cuestiones acuciantes, que se me manifestaban en su real, ominosa estatura. Porque aceptaba que, para escribir acerca del padre, *acerca del padre propio*, antes debía desaprender, olvidar lo que había leído *acerca de los padres ajenos*, ese acervo inmenso que la literatura ha venido segregando a propósito de un vínculo primordial. Ignorar al resto de padres para dialogar sólo con el mío. Discriminar lo que aprendí en los libros de lo que viví; lo que fue de otros de lo que fue mío. No proyectar sobre las ilusiones y derrotas propias los hallazgos y desastres ajenos.

A ello debía sumar otra dificultad, aún mayor si cabe. Tenía que ser *honesto*. Y ésa es una palabra que escuece y pronostica suplicios. La escritura, por lo común, está reñida con la honestidad. Lo sé por experiencia. Cuando he escrito acerca de mí, o acerca de aquellos que han sido decisivos en mi vida, he deformado la realidad, he aplicado unas gafas correctoras para no mostrar el paisaje en su verdadera circunstancia, sino a través del cristal de la escritura. Que ese cristal haya sido más o menos grueso no viene al caso. Lo importante es que el cristal *siempre ha existido*. Y yo, con ocasión de la muerte de mi padre en aquella habitación de la Unidad de Paliativos del Hospital de la Cruz Roja de Gijón, me había impuesto una honestidad radical. Si el tabú había caducado, si el velo se había alzado, sólo eran posibles la transparencia, el escalpelo, la objetividad sin aditivos.

De modo que no sólo había que despojarse de lo aprendido. Había que desprenderse de los artificios de la literatura. Para hablar del padre no bastaba con aspirar a *la verdad de las mentiras*, sino que debía cortejar a *la verdad de las verdades*. Había que encontrar el modo no sólo de diferenciar a mi padre de los distintos padres que la literatura había construido durante milenios, sino de referirse a ese padre sin reconocer en él los límites dictados por el decoro, la costumbre o la piedad, la suma de elementos que cualquier padre impone al hijo que decide escribir acerca de él. Es decir, había que procurar un doble movimiento, muy complejo y acaso imposible. Por una parte, arrojar por la borda lo aprendido con respecto a una relación capital, cancelar cuanto no tuviera que ver conmigo y con mi padre; por otra, contemplar a mi padre de un modo desapasionado, científico, forense, *precisamente como si mi padre no fuera mi padre*.

* * *

Cuando pienso en mi padre, la primera palabra que acude es *enfermedad*. Evoco a mi padre como una persona siempre enferma, desde que a los treinta y ocho años sufrió un infarto que marcaría el resto de su vida y la de su familia. Yo tenía entonces once años, pero los recuerdos previos a esa fecha se han borrado en lo que afecta a la figura paterna.

Soy consciente de haber tenido una infancia en la que mi padre gozaba de salud, pero su imagen en esos años resulta borrosa, pálida, apenas una conjetura. Si busco en aquella extensión de lo

razonable, en aquel mundo ordenado, descubro que no hay nada. Hasta el punto de que, para ser consciente de que mi padre fue un hombre joven y sano, con expectativas, debo acudir a un puñado de fotografías que me lo muestran antes de la quiebra.

Mi padre conmigo, en el Muro de San Lorenzo de Gijón, vestido a la pavorosa moda de los años setenta, con su evidente parecido al actor francés Maurice Ronet, al que años más tarde descubriré en una de mis películas favoritas, *El fuego fatuo*, de Louis Malle. Mi padre con mi madre, en la ciudad alicantina de Elda, al poco de nacer yo, jóvenes y dichosos, la carcajada estallando en sus rostros para convertirlos en completos desconocidos. (Fuera de esa imagen nunca encontré semejante júbilo.) Mi padre enseñándome a andar en bicicleta, en la localidad cántabra de Navajeda, donde mis tíos abuelos poseían una finca en la que pasábamos parte de los veranos, dueño ya de una figura pesada, fruto de una vida sedentaria marcada por las jornadas de trabajo, alcohol, pésima alimentación.

Aunque estoy presente en dos de esas tres fotografías, aunque guardo recuerdos claros de mi infancia en Gijón y en Navajeda, aunque incluso puedo reconstruir con precisión cómo era mi vida de niño entonces, qué intereses más o menos cambiantes animaban mis días, debo confesar que, salvo por la circunstancia de que me acompaña en esas fotografías, mi padre, su función en mis rutinas, es un vacío.

Surge así una paradoja que me ha robado el sueño muchas noches al haberla traducido a mi experiencia de padre con tres hijos: el hecho inquietante de que mi padre sólo penetra irremisiblemente en mi vida, con la fuerza de un tornado y la evidencia de una plaga, en el momento en que su salud se trastorna, su equilibrio se rompe y su existencia comienza un larguísimo naufragio que sólo llegará a las aguas abiertas de la muerte treinta y tres años más tarde.

* * *

Ciertos males son nodrizas dominantes. No sólo condicionan la vida del enfermo, para degradarlo y disminuirlo, sino que repercuten en las vidas que le rodean. La enfermedad de mi padre, su dolencia cardíaca, muy severa a una edad tan temprana, hizo que nuestra cotidianidad cayera bajo la constelación de significado del dolor, los cuidados, la dependencia. Mi padre se convirtió en un enfermo profesional; mi madre se transformó en una cuidadora a tiempo completo; yo padecí los rigores de una casa donde se había instalado el miedo. Un miedo que se tradujo en una especie de renuncia a la vida, de temor ante actos antaño considerados vulgares y de pronto contemplados como excesos.

Los conversos son los creyentes más radicales e intransigentes. También los proselitistas más obstinados. Mi padre trasladó esa máxima teológica al espectro de la salud. Ello se tradujo en la conversión de la vida en un campo minado. El entorno se llenó de nombres de fármacos y complejas formas de dieta, del abstruso imperio de la medicina y sus oficiantes. Vivíamos bajo el

aura de la enfermedad, en su solemne interregno, y cualquiera que pretendiera sacudir aquella atmósfera de recelo y sospecha se convertía en una presencia incómoda.

El enfermo aprende sin demora los beneficios de su estado. Y el cuidador, entre la resignación y el consuelo, acepta la importancia de su rango adquirido. Ser esposa puede resultar un fardo pesado; ser esposa de un enfermo inviste el cargo de una púrpura abnegada, socialmente grata. Pero nadie pregunta a los hijos. Al menos nadie preguntó al niño de once años que yo era qué se sentía al penetrar, por una puerta ancha y desolada, en aquella cárcel donde el cautivo se convertía en rey y la enfermedad justificaba tantos desmanes.

Buena parte de lo que soy, de lo que me ha determinado durante mi vida adulta, comenzó a forjarse en aquel año de 1982, cuando mi inocencia conoció un vocabulario vedado hasta entonces.

Perdí muchas cosas con la enfermedad de mi padre. Entre ellas, el derecho a ignorar la muerte hasta más adelante.

Esa angustia anticipada es algo que nunca he perdonado a mi familia.

* * *

He necesitado treinta años para comprender cómo la enfermedad de mi padre me convirtió en un enfermo. En un enfermo imaginario, quiero decir. Ese añadido, ese calificativo, es lo dramático.

Porque, salvo en muy puntuales ocasiones, yo he sido y soy una persona con una salud excelente aquejada de monstruosos padecimientos de índole psicosomática. El clima global de mi vida, su metáfora dominante, ha sido la enfermedad. Abducido por una mala salud ajena, esclavizado por un vademécum de prevenciones ante el hecho de estar vivo, culminé la infancia, superé la adolescencia, recorrí la juventud y penetré en la madurez escoltado por una hipocondría severa y una obsesión feroz por los avatares de mi salud. *La enfermedad ha sido mi destino. Mi país. Mi bandera.*

Ello me ha causado un daño profundo. Y no sólo a mí, sino a unas cuantas personas, mujeres sin excepción, que han debido lidiar con esa condición crítica que implica convivir con alguien pendiente hasta la exasperación de su cuerpo. Ésa ha sido mi condena y mi penitencia: no haber sido nunca capaz de olvidarme del cuerpo, haber convertido mi día a día en una reflexión punzante, tan ingenua como clínica, a propósito de los riesgos de habitar un cuerpo.

La enfermedad de mi padre ha operado a distancia, como la magia apotética. El brujo de la tribu escupe una maldición sobre un guijarro y un habitante del poblado experimenta un pinchazo en el vientre. Vivir bajo un clima de temor ha condicionado la relación con mi cuerpo de manera radical. Como si las dolencias de mi padre, por el mero hecho de existir, estuvieran al acecho, prestas a saltar sobre su nueva presa, mi disponible carnalidad. Como si yo sólo existiera para ser el renovado anfitrión de la enfermedad de mi padre.

Cuando pienso en la operación psicológica que este legado significa, me deslumbra su perversidad. Lo atroz de que haya sido plausible educar a un hijo en la convicción de que la enfermedad de su padre, que era el efecto (o eso se le hizo creer) de un conjunto de malas prácticas con respecto al propio cuerpo, pendía como una espada de Damocles sobre su heredero. Si el abuso de alcohol por parte del padre le había provocado daños hepáticos, el hijo debía pasar el resto de su vida bajo la perspectiva de padecer cirrosis en caso de beber. Un tabaquismo severo y constante (mi padre fue un fumador tenaz desde los catorce hasta los treinta y ocho años) ha convertido cada cigarrillo que he fumado en un acto pecaminoso. Como en *La conciencia de Zeno*, me he jurado un millón de veces fumar mi último cigarrillo. Pero lo he hecho condicionado por la enfermedad cardíaca de mi padre. Hasta el punto de que asumir algo para mí innegable (que fumar me gusta) me ha procurado auténticos tormentos morales.

En el fondo, y esto es lo fatal del asunto, bajo estas disquisiciones respira la bestia más temible y voraz que el ser humano ha creado en siglos: la culpa.

Una culpa que, según el aberrante lamarckismo de mi familia, se hereda como un carácter adquirido.

* * *

Recuerdo la procesión de especialistas, el elenco de fármacos, las lánguidas sobremesas en las que se insinuaba el rastro del dolor. No hay lugar para robinsonadas en el horizonte de mis once años. Apenas sí un cúmulo de advertencias. La enfermedad es un tirano verbal. Monopoliza cada discusión, instaura un vocabulario que infecta cualquier discurso, coloniza las exigencias de los figurantes que acuden a su representación. Si en las cabinas de ascensor la tradición impone hablar del tiempo, en la casa del dolor una lógica del patetismo exige alimentar la enfermedad con cada palabra que se pronuncia. Sedienta de nombres, la enfermedad pide ser calificada, aspira a su cohorte de matices, al despliegue inmoderado de una sintaxis apabullante.

Mientras busco un motivo que resuma lo que significa vivir en una familia donde la enfermedad ocupa el centro del ser y del deber ser, de la ética y de la estética, del presente y del futuro, se me ocurre que el agujero negro puede ser un candidato adecuado. En torno al agujero negro que fue la enfermedad del padre, el resto de objetos celestes acató que su destino común era ser devorados por esa presencia ineludible. Las tentativas de abandonar tan potente influjo cayeron bajo la férula del gigante cósmico. Si la enfermedad hubiera golpeado a mi padre durante mi mayoría de edad, en la edad del trabajo y de las responsabilidades propias, quizá yo hubiera podido escapar al vórtice y volar libre en mis círculos de aflicción y de regocijo, pero a los once años yo era demasiado débil y demasiado tierno para evadirme a semejante impronta. Mis posibilidades de eludir su fuerza estaban condenadas al fracaso.

Cuando echo la vista atrás y pienso en aquel tiempo, recuerdo los dos dormitorios de la casa familiar. En uno, vedado pero incitante, irradiando su hechizo oscuro y malévolo, mis padres

pasaban la noche pendientes de un corazón herido y preparados como una falange entrenada en una perfecta disciplina. Mi madre, con el teléfono a su lado, estaba siempre a punto para marcar cualquier número que garantizara una asistencia inmediata. Mi padre, rodeado de viáticos químicos, con una herida interior que era un organismo omnívoro, insaciado e insaciable, dormía los pueriles sueños de la farmacopea. Al fondo del pasillo, en su propia habitación, un niño de once, doce, trece, catorce años, en vez de abandonarse a la lectura, la masturbación o el aburrimiento, se tomaba el pulso, sentía que una febrícula pertinaz lo invadía, fatigaba enciclopedias médicas en las que rastrear las más conspicuas, letales e insólitas manifestaciones de la enfermedad. Su destino, decidido por otros, había hallado una vocación mefistofélica. En esa impostura perpetua, a la búsqueda de un síntoma o de un síndrome, atrapado en el cerco de la dolencia sin nombre, cada noche lo rendía una pesadilla.

* * *

Tras publicar una de sus obras mayores, *La gran marcha*, ambientada en la Guerra de Secesión, E. L. Doctorow sostuvo que lo importante no era el adjetivo *histórica* que la crítica había usado para definir su trabajo, sino el sustantivo *novela* que lo sostenía. Pero en mi experiencia el adjetivo *enfermo* acabó por canibalizar al sustantivo *padre*. No sólo lo sometió, sino que mostró una capacidad de irradiación tóxica, como un elemento químico que al contacto con el oxígeno desarrollara un potencial mortífero y se convirtiera en origen de una peste. Igual que en *Stalker*, mi padre se convirtió en La Zona, un lugar en el que cierto principio incomprensible había sembrado las semillas de la corrupción. Turbados e impotentes, absorbidos por el poder de contagio de aquel vínculo, deambulábamos alrededor de su enfermedad como los protagonistas de la película de Tarkovski lo hacen en torno a un espacio secreto, elusivo, proteico, promisor y al tiempo espantoso. Sólo que nosotros carecíamos de un guía que nos protegiera de los peligros de La Zona y nos vinculara a su centro, ese punto en el que, como en el ojo del huracán, uno se halla a salvo de la destrucción.

El resultado fue que caí en todas las trampas y me perdí en cada uno de los laberintos que la enfermedad de mi padre había proyectado. Ningún arquitecto resulta más exquisito que un enfermo crónico. Ni siquiera el tiempo es capaz de expugnar su fortaleza.

Y cuando treinta y tres años más tarde traspasé el umbral de la habitación del secreto, penetré en el santuario de la tragedia y pude mirar a través de aquella ventana donde los ojos de mi padre contuvieron el mundo por última vez, descubrí que no había nada que justificara la expedición. Ningún deseo que cumplir. Ninguna expectativa que satisfacer. Nada a lo que aferrarse como a un símbolo de lo que significa sobrevivir. En el resumen postrero, a solas en la casa de la muerte, el hombre y su enfermedad tendían a cero. El agujero negro se había girado como un guante para absorberse a sí mismo. Prenda incapaz de abrigar la carne, jirón de aire, pájaro sin rama, el

cuerpo que iba perdiendo su calor era un sucinto despojo, el mascarón de proa arrojado por la marea a una playa vacía. Quedaba poner nombre a semejante naufragio. Una tarea colosal.

* * *

Al constatar el cortocircuito entre cuerpo y experiencia, al manifestarse como reveladora implacable de los aspectos mecánicos de la existencia, la enfermedad se expresa como una dictadura biológica.

Desde hace un mes, coincidiendo con el inicio de la redacción de este libro, padezco lumbalgia. Un día acarreé un gran peso. Al intentar depositarlo en el suelo no flexioné las rodillas y algo en mi espalda se desgarró. Desde entonces estoy mermado, hasta cierto punto incapacitado en mi trato con las cosas. Tengo que escribir de pie. (Como recuerdo haber visto hacer a Philip Roth en una fotografía tomada en su casa de Connecticut.) No puedo coger a mi hijo pequeño en brazos. (Mis hijos mayores ya no buscan ese refugio hace años.) No puedo ordenar los nuevos libros que llegan a mi biblioteca. (Es el peaje a pagar por mantener un orden alfabético.) No puedo follar salvo si adopto ciertas posturas. (En realidad, *cierta postura*. El resto, por el momento, me están vedadas.)

Pienso en esta merma que me amarga desde hace ya un mes, calibro sus dimensiones, soy consciente de su falta de originalidad y reflexiono acerca de la angustia que debió experimentar mi padre ante su situación. Me pregunto cómo se sentiría en el rincón del cuadrilátero al que se había visto recludo. Como un *sparring* de la vida, sometido en el ángulo de los golpes, protegido del nocaut definitivo, aplazado *sine die* en su caso, pero expuesto a una paliza cotidiana: prohibiciones, píldoras, más prohibiciones. Un hombre con una especie de lumbalgia permanente, cuya invalidez extendió hasta convertirse a efectos prácticos en un convidado de piedra a los placeres de la vida y en un fenomenal narrador de la dolencia como virtud, peatón de un Gólgota al que ascendía no de forma ocasional, como yo hago mientras dura mi dolor de espalda, sino durante todos y cada uno de los días que ocuparon los últimos treinta y tres años de su vida.

Y trescientos sesenta y cinco días por treinta y tres años suman más de doce mil calvarios que recorrer, vueltas y vueltas al camino del sufrimiento, tantas suelas de zapato desgastadas.

* * *

Tiro de ese hilo de oro que logre hacer que un caballo cojee. Lo hago con todas mis fuerzas. Busco a mi padre a lo largo de los años, lo veo cambiar y, a la vez, lo veo permanecer fijo en su crisálida de dolor, como un insecto congelado en ámbar que grita: la boca abierta, una O pura de ira, sin lugar para el sarcasmo, sin coartadas para la risa o el placer. Y sin embargo las hubo. Tuvo que haberlas. Cómo, si no, resistir más de tres décadas sintiéndose disminuido, acortado, empequeñecido ante el mundo y ante el resto de los hombres.

Es doloroso asomarse a esa imagen de mi padre como un hombre jibarizado. No sé qué se sentirá al tener un padre violento, demente o célebre. Mi experiencia se reduce a la de ser hijo de un hombre enfermo. Y es esa evidencia la que me provee de una razón para escribir este libro. Un libro que se me ha impuesto, que no es fruto de la libre disposición de mi ánimo, de mi talento o de mi espíritu. Como escritor, siempre he ido en busca de mis libros, me he aproximado a ellos como un cazador lo hace a su presa. Pero este libro ha venido en mi búsqueda, se me ha acercado como un cortejador lo hace al objeto de su deseo. Este libro no es una deuda. No es una vindicación. Ni siquiera es una ofrenda. Este libro es una necesidad, una figura que debo esculpir, un mármol al que debo arrancar el esclavo que lleva en su interior para librarme de él de una vez y poder continuar adelante. Si la escritura tiene algún sentido ha de hallarse aquí, ahora, en la trayectoria que conduce desde una infancia secuestrada hasta un hombre que agoniza en una habitación sin flores, libros, risas de niños. Y por una vez no puede ser la ficción la que afronte esta carga, por una vez no puedo fiar a la imaginación, a la plasticidad de la novela o a la sagacidad del relato, el expediente que permita solventar este trámite. Esta vez ha de ser la experiencia propia, su decantación, el acarreo de la vieja, renovada agua del molino familiar, la que mueva la piedra del recuerdo y la fije en palabras. Esta vez se juega en un escenario distinto, para el que ninguna disciplina previa me ha preparado. Llego desnudo a este libro, como desnudo de esperanza entré en la habitación de la muerte el día 12 de junio del año 2015.

* * *

Es probable que treinta y tres años parezcan un mundo, pero lo cierto es que nunca hablé lo suficiente con mi padre acerca de su enfermedad. Es algo que no me perdono. Y que sucederá de nuevo entre mis hijos y yo a propósito de cualquier tema crucial que debamos tratar. No me hago ilusiones. Las conversaciones importantes no se tienen a tiempo. Eso es algo que sólo sucede en la literatura o en el cine. En la vida real, en la vida espantosa hecha de tedio, facturas y declive, en la vida gozosa hecha de momentos de júbilo, del misterio del mar y de la bondad de ciertos hombres y mujeres, el silencio es la norma. Un silencio educado; un silencio castrante; un silencio que tarde o temprano acabamos por pagar.

Creo que para mi padre existía una vergüenza implícita en el hecho de haber sobrevivido a su enfermedad, en aferrarse a una vida menguada. Quizá por su cabeza pasó muchas veces la idea de cuánto más digno, cuánto más viril incluso, hubiera sido morir en la flor de la vida, abandonar a su esposa y a su hijo, dejarlos partir hacia una experiencia nueva, marcada por un dolor que sería intenso al inicio pero que pasaría, borrarse del recuerdo común, hurtar su presencia de hombre enfermo a ojos de quienes amaba y lo amaban. Cuando un hombre muere a los treinta y ocho años se convierte en un mundo de posibilidades. Quizá el término justo sea *hipótesis*. La muerte de mi padre a los treinta y ocho años habría hecho de él una hipótesis. Y las hipótesis, como saben los científicos, son hermosas, seductoras. *Las hipótesis son siempre jóvenes*. Pero el futuro de un

hombre herido por el rayo de la enfermedad a los treinta y ocho años, prematura y fatalmente envejecido, contemplado ya no desde la óptica de las posibilidades de lo que podría haber sido, sino desde la constatación de las evidencias de lo que no podrá hacer, es un paisaje que posee algo de intolerable.

* * *

Pero debo volver atrás. Tengo que espiar por el retrovisor de mis once años y rastrear esa tierra baldía que he sugerido antes. Mis propios hijos me obligan a ello.

En el momento en que escribo estas líneas, mi hija mayor es más joven de lo que yo lo era cuando mi padre enfermó. Aunque el recuerdo es una máquina selectiva y la experiencia me dice que no sólo «el olvido es una estrategia del vivir»,¹ como Marsé ha apuntado mediante una fórmula perfecta, inmejorable, sino un sagaz gendarme, el censor de censores, soy consciente de que, por mucho que mi hija olvide en el futuro lo que esta primera década de su vida ha significado junto a su padre, parece impensable que no guarde memoria de momentos compartidos. Porque son cientos de cenas, libros leídos, baños, paseos, horas en el parque, viajes, excursiones, cumpleaños, aventuras sublimes o estúpidas, sesiones de cine, enfados y riñas, llantos, fiebres, juguetes anhelados, juguetes rotos. Esa mole de instantes ha de esconderse en algún lado, ha de conformar algún tipo de sedimento, un pegamento no moral, pero al menos biológico, que permita que un día futuro, cuando yo ya no esté, mi hija proclame:

Me acuerdo, Je me souviens, I remember.

El abismo que se abre ante mí al redactar este párrafo es muy hondo. Me pregunto si la enfermedad de mi padre ha llegado a ser tan cruel como para robarle eso también. No sólo la salud en vida, sino la posibilidad de un recuerdo. Me pregunto si la tiranía que ejerció la enfermedad de mi padre sobre su vida y la del resto de su familia llegó a ser tan poderosa que alcanzó a cancelar incluso los recuerdos que yo debería conservar de mis primeros años a su lado, cuando él era un hombre activo, sano y presente. Dónde se ha ido aquel tiempo, en qué lugar se esconde semejante almacén de sucesos, a qué notario debo acudir para exhumar el recuerdo de la juventud de mi padre y el recuerdo de mi niñez de su mano, los dos aún indemnes y sosegados, figuras en un claro del bosque, rotundos, un poco mitológicos como siempre lo son un padre y un hijo, los dos alejados del estruendo de la enfermedad, los dos por un segundo invictos, solares e incautos, protegidos por la solemnidad que inspiran la mera devoción y la sincera cercanía, unidos por la sangre y por la decencia del viejo vínculo de vínculos.

A todo hijo lo acosa un fantasma. El de sus padres antes de que él llegara al mundo. Nada hay más misterioso, más insolente, acaso más sagrado, que el pensamiento de que una vez, hace tiempo, un padre y una madre tuvieron una infancia, una adolescencia, una juventud de la que sus futuros hijos, por mucho que lo intenten, apenas lograrán urdir una pálida representación. En mi caso el fantasma es aún más tenaz. No sólo me está vedada la idea de la vida de mi padre antes de

que yo existiera, sino que me ha sido robada la presencia de mi padre durante mi primera década de vida.

Como si mi padre sólo hubiera nacido para enfermar y entonces hacerse visible ante mis ojos.

* * *

Al igual que las tribus y las naciones, las familias se organizan en torno a una serie de relatos. Estos relatos, que contienen un evidente núcleo de verdad, y que se extienden desde los miembros remotos, brumosos y casi espectrales hasta el último retoño bienvenido, no renuncian a su condición de fábulas. Antes que depósitos de razón o sólidos bloques de conocimiento, son conglomerados de hechos dirigidos a procurar una enseñanza a menudo moralizante, cajones de sastrería que prestan carta de naturaleza a un estado de cosas determinado y en el que caben multitud de facetas (voluntad, mérito, disciplina) y se concitan grandes palabras (*destino, gracia, justicia*). Son relatos que, hablando con propiedad, no pueden aspirar al conocimiento, y que aun así, con el tiempo, se vuelven incommovibles, leyendas grabadas en estelas votivas. Nada existe tan complejo como variar la música y la letra bajo las que ha venido danzando una familia. Y no obstante, y para no abandonar el marco de la metáfora, la familia es el surco donde la aguja salta.

Uno de los relatos que bosqueja la figura de mi padre es el de su fracasada vocación de actor. Nacido en 1943, mi padre ingresó en la década de los años sesenta con el deseo de convertirse en otro John Gielgud. Su padre, mi abuelo, se opuso con vehemencia a tal anhelo. Mi padre terminó cediendo, cursó unos tediosos estudios de perito mercantil y se dedicó al mundo de los seguros. De ahí surgió un desagrado permanente entre ambos hombres, aunque en el momento de la muerte de mi abuelo, sucedida el 9 de noviembre de 1979, la misma semana en que comenzó la llamada crisis de los rehenes en Irán, mi padre y él habían hecho las paces. Quizá ésa no sea más que otra dimensión del relato que conforma una historia de frustración contenida, cuyas líneas maestras reproducen uno de los temas clásicos de la relación entre padre e hijo: la imposibilidad del entendimiento y la reconciliación a las puertas de la muerte.

Este relato fundacional, que surca como un río la vida de mi padre, se ha enriquecido con ramales que confluyen en las aguas primordiales. Estos veneros subsidiarios deben ser puestos en cuarentena, contemplados de modo desapasionado, ya que es sencillo convertir un suceso nimio en una alegoría de la indocilidad. Por ejemplo, existen menciones al teatro como lugar de rebeldía, y pruebas documentales de que, en efecto, mi padre representó a Ionesco y Pinter con *La Máscara*, una compañía de teatro de cámara nacida en 1957 en el Ateneo Jovellanos de Gijón y que, con los años, se nutriría con simpatizantes anarquistas y comunistas. Pero existe otra historia dependiente del relato principal de la inconformidad paterna, y que significaría hasta cierto punto su acmé y culminación, una historia en virtud de la cual mi padre, como no podía ser de otro modo para un rebelde que se preciara, estuvo presente en París durante los acontecimientos del Mayo francés.

Nunca he podido corroborar este extremo. La tentación de pensar en un colofón ardiente antes de caer en las garras de la clase media (mi padre se casará con mi madre sólo año y medio más tarde de la epopeya francesa, en diciembre de 1969) es tan sugestiva como imposible de probar. Las alusiones que mi padre hizo en vida a su presencia en ese escenario fueron lo suficientemente vagas como para suponer que pertenecían al reino de los deseos antes que a la república de los hechos, pero carezco del mecanismo de validación (o de negación, depende de cómo se mire) definitivo.

Los mitos educan sin tener que legitimar sus presupuestos; la Historia, a pesar de que habla desde una supuesta legitimidad, no siempre triunfa en su propósito por educar. Pero ambos — mitos e Historia, Historia y mitos— rescatan al hombre del sinsentido. Después de todo, el sinsentido de la vida de mi padre acaso se ampare tras el relato que se asoma a su frustrada vocación de actor. Una vocación que significa ser otro, estar siempre listo para la mudanza, cambiar de sentimientos y de ideología cada vez que un nuevo papel nos reclama.

Es posible que la pena de mi padre naciera de su legítima desdicha por no llegar a ser quien ansiaba. Si yo estuviera en su caso, si en vez de poder dedicarme a escribir, que es lo que desde adolescente he querido hacer, tuviera que ganarme la vida (y la expresión cobra aquí su penoso sentido: *ganarse la vida*) vendiendo seguros, la tentación de construir un relato alternativo al que la vida me impuso sería evidente. Si incluso los escritores mienten, cómo no disculpar que lo hagan los vendedores de seguros. Cualquier hombre que consagre su vida a semejante tarea tiene derecho a la mentira. Negarle *también* eso sería una fechoría.

* * *

Llevo su nombre. Una decisión desafortunada para una familia con un único hijo. Cómo olvidar las alternativas inventadas por mi madre para que no le contestaran dos personas al mismo tiempo: el ridículo Ricardín, el aún más bochornoso Richard. También aquí existen diferentes relatos para justificar la decisión del nombre prolongado. La familia conforma un palimpsesto inagotable. Pero yo hubiera preferido cualquier otra decisión tomada ante el funcionario del registro. Me siento incómodo dentro de mi nombre. Como si no me perteneciera. Como si fuera el de otra persona, un impostor o un advenedizo, el alias de ese padre desconocido y al tiempo abrasadoramente presente, al que le faltó imaginación para regalarme un nombre robado a los calendarios, tomado de los héroes que venerara en algún momento de su vida, extraído de lo escuchado por casualidad un día en la calle.

Los nombres de mis hijos esconden homenajes: a países amados, a personas admiradas, a libros memorables. Mi nombre es sólo una duplicación, un acto de pereza, el gesto de un conservadurismo que me repele. Hay veces en que he llegado incluso a adoptar un pensamiento mágico al respecto, y a suponer que, al llamarme Ricardo, mi padre estaba predisponiéndome

para recorrer su camino, preparándome para ser una renovada víctima a la que traspasar, bajo el paraguas de un nombre idéntico, el estigma de una condición repetida.

En la esterilidad del nombre reiterado, vislumbro otro relato dominante en mi familia: el de la madre aquiescente. Qué actitud oponer a esa tradición de otra época, una herencia que se lleva como se portaría un estandarte, un blasón o una bandera, casi una muesca de sangre, y que prolonga en la carne de mi madre la historia de miles de mujeres abnegadas y tristes, que aceptan sin discusión el destino de vacaciones, la postura sexual, el acta de bautismo. Además, cómo este otro relato casa con el relato seminal de la rebeldía paterna supone un nuevo enigma. Es posible que mi padre haya sido un rebelde, pero su actitud hacia mi madre y el despliegue de la vida de mis padres como pareja ante mis ojos adultos no corroboran ese extremo. Al contrario. Acentúan una percepción reaccionaria que se plasma con especial fecundidad en mi madre, en su papel secundario, un sometimiento que afloró hasta extremos tragicómicos tras la muerte de mi padre, cuando tuvo que aprender, a una edad desacostumbrada, en qué consistían una factura, un contrato, una declaración de Hacienda.

Ya insinué que la enfermedad de mi padre sirvió para un reparto de roles que jamás se consensuó, sino que se acató desde el apoyo incondicional que, como víctimas de una injusticia biológica, debíamos rendir a su principal damnificado. La incapacitación de mi padre, tolerada por la medicina y fortalecida por la moral, relegó a mi madre al lugar de lo práctico, casi a ser un mueble útil y decorativo, inmune a las estaciones, rocoso e imperturbable, con una garantía de por vida y el compromiso por parte del fabricante de un deterioro mínimo. Su usufructuario, mi padre, lo convirtió en cómoda de sus ambiguos gestos, cofre del secreto y lecho en el que cobijar una hombría amputada.

* * *

Podría parecer que por momentos es la cólera la que guía mi mano, pero creo hallarme lejos de su imperio mientras escribo. Una frialdad de ánimo me circunda, vuelve tolerable el recuento de esta historia repleta de notas al pie, meandros y contraargumentos, solicitud y paciencia. El tiempo, a qué dudar, ha obrado su magisterio. Porque es cierto que debe mediar un hiato entre el dolor y su plasmación, entre la orfandad y su narración. Es cierto que debe mediar una tregua para acostumbrarse a dialogar con la orilla en la que viven los muertos. Es cierto que se necesita una cuarentena que nos convenza de la verdad y fuerza del gesto repetido, un día y otro, mediante el que se consolida una ausencia. Es cierto que el tiempo debe deslizarse para acallar esa sensación misteriosa, casi abracadabrante, que al comienzo rodea a quien vive un duelo y que le impulsa a imaginar, por muy racional que sea su espíritu, que en algún momento el ausente debe volver, hacer su reaparición, mostrar su rostro tan familiar, tan reconocible. Se necesita mucho tiempo para vencer a esos fantasmas. Incluso hoy, cuando mi deuda con la economía y el sentimentalismo de los espectros ha sido saldada, en el momento más inesperado me descubro pensando en mi

padre, reviviendo una huella de su rostro, como un pintor ciego en su ancianidad podría reproducir, con nitidez de orfebre, los cuadros que pintó antes de perder la luz. No hay día en que no piense en él con una crudeza que lo hace casi tangible, una crudeza que no nace del desafecto o de la ira, sino de la distancia que el tiempo añade cada minuto que pasa entre nosotros, impulsándome a mí hacia la vida y cancelándolo a él en esa muerte que lo define desde aquel día 12 de junio del año 2015 hasta este preciso, irrepetible instante, en que estoy escribiendo la palabra *padre*.

Lo reitero. Podría parecer que es la cólera quien a menudo dirige mi mano, pero no es ella la inspiradora de lo que escribo, sino esa vocación de honestidad, esa pureza en la introspección que, según dicen, separa al protestantismo de otros credos. El escrutinio, la impavidez ante el propio padre en este caso, ese «hacerse a uno mismo la visita del casero»,² es lo que me mueve a parecer áspero cuando sólo intento ser justo, si es que esa palabra no mueve a la atrición o al rechinar de dientes. Y en la distancia exacta de este día, mientras el dolor de espalda me recuerda mi pequeñez, la estatura conmovedora y a la vez risible de mis logros, en este apunte personal hallo algo de salvador, de clavo al que agarrarse, un punto de luz en esa navegación nocturna, casi siempre en la más completa oscuridad, que define lo que es, en puridad, la escritura.

* * *

La referencia a la escritura obliga a abrir un nuevo frente. Hasta ahora he mencionado los aspectos negativos que la enfermedad de mi padre obró: el borrado de fragmentos de mi memoria sentimental; la frustración de cierta inocencia primordial; esa especie de caída libre que supuso el descubrimiento, sin velo ni advertencia, de la muerte ya no como destino, sino como presencia cotidiana. Pero también sospecho que la enfermedad de mi padre me reveló, mediante algún proceso aún no del todo transparente, el camino hacia la escritura. Aunque no tengo la certeza de ser escritor gracias a haber crecido en una casa donde la enfermedad se había apropiado de los afectos y de las costumbres, las circunstancias de la enfermedad de mi padre influyeron en el hallazgo de la escritura como mecanismo interrogativo por un lado, una especie de gran informe forense acerca de uno mismo y del mundo, y como proyecto consolador por otro, una de las escasas actividades humanas orientadas a dotar de sentido a ese absurdo que es la existencia. No en vano, estoy convencido de que el escritor es el enfermo por antonomasia, y la literatura, una forma de enfermedad en sí misma.

Tras el colapso en la salud de mi padre, fue cobrando forma la necesidad de encontrar una salida a tanta oscuridad. Esa penumbra comenzó a aliviarse mediante la redacción de ficciones. No conservo escritos anteriores a los veinte años, pero recuerdo el tono de algunos relatos que escribí antes de que la adolescencia me desconcertara. En uno de ellos un joven apocado, tímido hasta la parálisis, vivía con su madre en una ciudad asediada por la lluvia. Obsesionado con la belleza de una vecina, el joven parecía contener dentro de sí toda la melancolía del mundo. No

recuerdo la resolución del relato, pero sí con qué nitidez se dibujaba en él una ausencia. El joven no tenía padre. Aquella ausencia era una paradójica presencia. Como si el muchacho de catorce años que yo era comenzara a comprender que, al menos en la página, resultaban plausibles operaciones que la realidad vedaba. Mediante aquel joven huérfano quizá yo estaba expresando un deseo inconsciente. Cuánto más despojada de culpa hubiera sido nuestra vida en caso de que mi padre hubiera fallecido y no viajara a nuestro lado como una rémora.

La relación entre padre e hijo recorre mis libros como un calambre. Puede que a veces parezca que sólo sirve para apuntalar el carácter de un personaje o para precipitar una línea narrativa hacia su conclusión, pero constituye siempre un nutriente que no debe ser contemplado desde la óptica de la anécdota, la ambientación o la técnica. Desde aquel padre ausente de mi primer relato hasta mi último libro publicado, el inevitable vínculo ha estado presente en la narración. Incluso el primer proyecto serio que abordé en la universidad, una novela nunca editada titulada *La reconstrucción*, y que me ha enseñado más cosas acerca del oficio de escribir que algunos de los libros que con posterioridad he firmado y publicado, aborda el tema sin desmayo al contar la fascinación que un hombre siente al regresar al lugar donde su padre, una vez, fue joven.

A los veinte años yo ya vivía en el espléndido impudor de la literatura. Pero ese impudor al que este libro aspira no debe confundirse con orgullo. La escritura, en lo que posee de despojamiento, encierra el virtuosismo del asceta. Hay algo de ciudadela sitiada en cada escritor. Como si fuera el último (a veces el único) conjurado de una cruzada perdida ya desde su enunciado.

Adquirí ese hábito casi monacal de la renuncia muy joven, cuando me instalé en la oposición a un poder que se me antojaba insoportable mediante una práctica reiterada, tozuda, carente de recompensa precisa. Acaso sin saberlo, estaba enunciando lo que la escritura posee de afrenta, ofensa, guerra de guerrillas. Dicho de otro modo: empezaba a comprender que sólo el débil necesita contar historias (el fuerte se limita a protagonizarlas), pero que en esa debilidad se esconde un inmenso logro. Nadie sabría del fuerte si sus éxitos permanecieran inéditos. Todo poder, incluso el más feroz y en apariencia indestructible, tiene necesidad de un escriba.

Por eso la escritura, en el fondo, no es otra cosa que acta notarial, archivo y documento.

En aquel segundo dormitorio de la casa familiar, asediado por el rigor de la enfermedad del padre, me recluía en las ficciones para escapar al cerco. Empezaba a levantar un edificio que, tras sabotajes, dilaciones, planos fallidos, voladuras controladas y seísmos de variada intensidad, ha logrado sobrevivir al paso de los años hasta desembocar en este proyecto intransferible, el intento de poner negro sobre blanco la experiencia de una enfermedad ajena que cinceló las líneas maestras de mi vida.

En ese proceso ha pesado más la brújula que el mapa. Jamás nombrado como una poética de trabajo pero latente en cada página proyectada, el polo magnético de la enfermedad paterna, ese fantasma de pesadas cadenas que arrastro a mi lado, ha sido el norte decisivo que ha venido decantando un modo de estar en el mundo. Mi literatura quizá no sea otra cosa que el dificultoso

cortejo a ese fantasma, la tentativa, a menudo fallida, de embridar su poder, la voluntad tantas veces traicionada de revisar los términos de un tratado que padre e hijo no firmaron, pero bajo cuya égida se vieron obligados a convivir treinta y tres años. Una disputa latente, una sorda paz armada que no se computaba en términos de muertos o de heridos, ni siquiera de territorios ocupados, pero que, en su atípica singularidad (el ataque procedía siempre del mismo lado; era una contienda asimétrica), exigía un gasto de energía y un acopio de voluntad lo suficientemente grandes como para que la perspectiva de la rendición fuera algo más que una simple posibilidad.

Y sin embargo, si debo aferrarme una vez más al intento de no traicionar lo que viví, *de contar no lo que podría haber sucedido, sino lo que realmente sucedió*, tengo que afirmar que yo, la parte débil del conflicto, jamás rendí la fortaleza, conseguí mantener sellada cada puerta de acceso al enigma de mi personalidad.

He dejado partes de mí en esa lucha, cierto, pero de algún modo, y contra toda expectativa, he llegado a este libro si no indemne, al menos invicto.

* * *

Según Norman Mailer, «es la vida de la que no puedes escapar la que te da el conocimiento que necesitas para crecer como escritor». ³ Lo que Mailer no dice es cuánto se tarda en conquistar esa sabiduría. Mi vida creativa ha sido un largo merodeo, un deambular, el reclamo de una sangre vagabunda que elude su centro. Y ese centro, ese magma primordial en torno al cual brota un pavoroso chorro de escritura, es la enfermedad de mi padre.

Creo que mi fascinación por el mal, que reiteradamente ha sido señalada como la principal preocupación de mi obra, nace de una experiencia personal donde el mal, entendido como injusticia ya no cósmica, sino íntima, prescribe la autobiografía. Al fin y al cabo, crecí en una casa cuya pregunta fundamental y más acuciante era: «¿Por qué a mí?». Esa pregunta sin respuesta, o que sólo podría responderse apelando a la lotería genética, ha sido colocada tantas veces encima de la mesa que ha pasado a alimentar ciertas preguntas de otro rango y envergadura que soportan mi tarea. Y es que la pregunta acerca del mal es la pregunta acerca de su posibilidad. Si el mal existe, existe porque es consentido. Y si es consentido, es porque fuera de nosotros, de la ley humana, no existe un imperativo al que acudir, en el que refugiarse. No existe un custodio del mundo y de lo que en él sucede. Aceptar el mal y a la vez aceptar un policía universal de las costumbres y de la moral supone abrir la puerta a una divinidad malévola o caprichosa. La referencia al libre albedrío resulta una coartada débil. La existencia del mal, que transparenta la existencia de la libertad, es el único drama que merece la pena contemplar, porque en él se borra cualquier demanda externa al ser humano. El mal, que es plástico y ama la mudanza, es una promesa segura contra la tentación de trascendencia. El mal borra las causas finales y dibuja sólo las causas eficientes. En esa cruel pedagogía, nos instala en la responsabilidad. Desde esa perspectiva, «¿Por qué a mí?» era una pregunta falsa, una pregunta sin objeto. La pregunta «¿Por

qué a mí?» no podía ser respondida apelando a una instancia ajena a la enfermedad. Al enunciarla, mi padre recordaba a esos dirigentes religiosos que en los campos de exterminio hablan del silencio de Dios. Como si Dios tuviera algo que ver en las decisiones de los hombres. *Como si Dios existiera.*

Mi padre nos embarcó en un curso negativo de teodicea. Despojados de consuelo, cada cual intentó maniobrar pertrechado con su peculiar impedimenta. Mi madre, refugiándose en la benevolencia del altruismo y de la entrega sin reservas; yo, problematizando la penuria física de mi padre hasta, por un lado, enfermar a mi vez, y por otro, lanzarme a una indagación desolada a propósito de las distintas figuras en las que históricamente la maldad se ha encarnado. El resultado de esa pesquisa, que todavía no ha concluido, ha sido un trénel pavoroso por los últimos ciento veinte años de vida en nuestro planeta, una búsqueda infructuosa de los elixires (arte, amor, tecnología) que podrían redimirnos del horror que nos rodea, incluso una incursión en la distopía como discurso dominante de la paranoia colectiva y el éxtasis de la actual cultura de simulacros en que discurrimos.

Que ello haya podido nacer del corazón maltrecho de mi padre puede parecer una pirueta excesiva, una excentricidad intolerable o una fastuosa hipérbole, pero no encuentro en mi autobiografía un suceso de mayor rango, contundencia e impacto capaz de organizar una sensibilidad y una inteligencia, y de orientar ambas, mediante el expediente de la escritura, en la fatigosa búsqueda de otro corazón ajeno a las categorías de la salud y la enfermedad: el de las tinieblas.

* * *

Nunca he conocido a una persona con tanta vocación por el orden como mi padre. En ese sentido, era alguien a quien se podía confiar cualquier gestión, recado o deber. Su escrúpulo a la hora de rendir cuentas, su sentido de la puntualidad y de la autoexigencia, sus aptitudes para el cálculo y la precisión lo convertían en una persona perfecta para satisfacer un tipo de trabajo que, precisamente por su sencillez, a muchos otros, víctimas del tedio o del hartazgo, conducía a soluciones chapuceras, a un compromiso mediocre entre la urgencia y el resultado.

A mi padre le apasionaba el coleccionismo, una labor de maratoniano, que exige más paciencia que fanatismo. Primero fueron las monedas; más tarde, los sellos; hacia el final de su vida, durante sus últimos quince años, se volcó en construir un impresionante catálogo de afiches, programas de mano y fotografías de estrellas de cine. Penetrar en ese mastodonte de rigor y de esmero, que hoy ocupa un gigantesco armario del salón de la casa familiar, es como asomarse a la estructura interna de una personalidad y admirar la alquimia mediante la cual las propiedades morales y las decisiones estéticas de una persona se solidifican hasta procurar una obra palpable. Hay algo ciertamente material, grosero, en ese trabajo al que mi padre consagró innumerables horas de

ocio. Tantas, que si hubiera dedicado el mismo tiempo a la redacción de una novela, habría redactado un manuscrito del volumen y extensión de *Guerra y paz*.

Esta exigencia de método obedecía en mi padre a un movimiento pendular. Si la primera parte de su vida había transcurrido bajo un plausible descontrol, sometido a un conjunto de excesos tolerados, al desajuste perpetuo entre razón y emoción, la enfermedad hizo de él un cartujo de los calendarios, un rigorista implacable, un jansenista *stricto sensu*. Refugiado en una burocracia personal y nada seductora, que sospecho le permitió mantener la cordura en medio de la desolación de su salud truncada, aferrado a un mundo ordenancista, del cual era mandarín, tribuno y ejecutor, mi padre ancló su existencia en este discurrir exacto, sin espacios para la trascendencia, cierto, pero sin lugares para lo inverosímil. Como el escriba de un gran reino, como un registrador de la propiedad, como un tenaz agrimensor, mi padre adoptó el aspecto tranquilizador y burocrático que ciertos oficios poseen.

Al dictado de esa nueva razón conquistada, las jornadas de mi padre crecen a mis ojos como una actividad insectil, callada pero fenomenal en su constancia, el despliegue de una colonia que se afana en una obra de cíclope, aunque no se dirige tanto hacia un sentido fijado en el resultado cuanto hacia la satisfacción de una voluntad cifrada en el proceso. Los castillos de arena no se construyen para resistir. El placer se logra durante su edificación, no en su conservación. Los días de mi padre no tenían un para qué, pero cada uno de sus minutos se consagraba a un acto preciso. Él no perseguía un fin, un puerto al que llegar, como hace un novelista mientras trabaja en su libro. Aun así, cada decisión estaba llena de un entusiasmo sencillo y conmovedor, un poco aterrador para quien contemplaba su actividad desde fuera. Como si el novelista mencionado, cuyo trabajo diario resulta encomiable desde el punto de vista de su fe y dedicación, rompiera al terminar la jornada el cargamento de palabras destilado. La novela, a la que el día se orientaba, conformaba un organismo al que se debía renunciar. Era un horizonte, pero no un horizonte hacia el que dirigirse. Se toleraba porque, de lo contrario, su ausencia, la falta de un lugar donde reposar la mirada, lo volvería a uno loco.

Crecí, pues, en compañía de una obsesión por la disciplina, junto a un hombre que había comprendido que, a falta de salud, había que llenar las horas del día del modo que fuera. Y es que el mayor enemigo del enfermo era el tedio. Nada existía tan temible como el conjunto de horas liberadas de actividad, en las que la conciencia volaba libre, no centrada en la satisfacción de un empeño mecánico. El drama de mi padre, o su salvación, según se mire, radicaba en que no era un hombre con imaginación ni talento artístico, de manera que no volcó aquel capital de tiempo, aquellos infinitos, inexpugnables treinta y tres años de enfermedad, en la plasmación de una obra creativa, sino en la consecución de un álgebra austera. Ese modelo de conducta formal, abstracto y frío, enigmático a su modo tenaz y ciego, en torno al que como una polilla sobresaltada por la luz giró y giró durante la segunda mitad de su vida, es algo que me conmueve. Mi padre en una circularidad constante en torno a su sinsentido, a su dolor inexpresable, a una angustia incapaz de contenerse en un grito, un exabrupto, un conjuro. Mi padre en torno a una luz que no refracta otra

cosa que un pulcro vacío, exprimiendo esa ruta a lo largo de tres décadas de paciencia, mansedumbre y resignación.

En noches sin sosiego, cuando mis hijos duermen pero el sueño no llega, recostado en el sofá del salón rodeado por mis libros, tiendo la mano hacia esa imagen de mi padre que reitera un gesto y acrecienta una cosecha inútil pero consoladora. La lucidez es una categoría del espanto. Algún filósofo lo habrá anotado en sus cuadernos. Quizá en una guerra, durante un asedio, entre el hambre y la ruina. Quizá en una situación parecida a la mía, cercado por el insomnio o por el dolor de espalda, mientras su familia reposa en el sueño y él se desvela pensando en la nimiedad de todo afán, en la necesidad imperiosa de asilos cotidianos. La visión de mi padre con sus catálogos, levantando tesoros que heredarán personas a quienes poco o nada importan, me emociona más allá de las palabras. Como si sólo aquí, quieto y en silencio bajo la noche que transcurre pero no cesa, yo mismo una figura contemplativa y austera, el cuerpo extendido y silencioso, dispuesto para el tedio y las certezas, alcanzara a expresar el desaliento del padre.

Y ésa es otra de las herencias que me ha legado. Una superfetación del pensamiento, la imposibilidad de abandonarse a la orgía o a la molicie, la exigencia de una conciencia que trabaja incansable, motor inmóvil y perpetuo adherido a un alfa de la responsabilidad, a un omega del esfuerzo, sujeta al rumiar de voliciones y pasiones, una luz imposible de apagar, encendida día, tarde y noche, tenue sólo en apariencia, pero rígida y proclive a toda suerte de enmiendas, interrogadora y exhaustiva, celosa de sus aspectos policíacos, vacilando al borde de detenerse agotada aunque hallando el modo de continuar latente, un bronce que resuena dentro, en algún lugar del cuerpo tibio y dolorido, al amparo de los libros, el afecto de los hijos, las recompensas cotidianas, con una confianza y a la vez una repulsa a considerar la vida de otra forma que no sea mediante este ejercicio intelectual que, consagrado por el uso, no envilecido por la costumbre, encontró hace tiempo, en el quicio que separaba al niño del hombre, la plasmación rotunda e imperfecta que es la escritura para manifestarse.

Como el hombre que coleccionaba sellos relacionados con la idea de Europa, como el hombre que cada domingo por la mañana intercambiaba monedas de la Segunda República en los bajos del estadio de fútbol de El Molinón, como el hombre que fatigaba enciclopedias, bibliotecas y archivos informáticos en busca de la fotografía ignorada de un director de cine austriaco de segunda fila, así yo, su hijo, el heredero de su paciencia, su voluntad, su asombro ante las conjeturas descabelladas, encontré en la literatura ese pasadizo que faculta la paradoja de paradojas: alimentarme de la vida, nutrirme con sus exigencias, plácemes y aporías para, mientras lo hago, no vivir, no ser, no existir más que como conciencia, sumergido en ese limbo lleno de presencias fértiles en el que la creación transcurre al otro lado de la vida, alejado de sus sinceras y a menudo impagables recompensas, consciente de que escribir es una tarea que nos aleja de los otros, un escrutinio que nos separa de la vida y a la vez nos arroja a ella, mientras se redactan informes acerca de la condición humana con el mismo celo con que el herborista acumula índices a propósito de la germinación de sus plantas.

En todo eso, y en cosas no menos sutiles, complejas de transparentar con palabras sencillas, reflexiono tendido en el salón junto a mis libros, con la espalda tensa y el ánimo punzante como un venablo de caza, con la imagen de mi padre excavando entre las ruinas de su fortaleza durante tres décadas de aplicación, tentado a no cejar ni por un segundo para no derrumbarse sobre la esterilidad de su sufrimiento, como un paladín caído entre sus súbditos mientras fuera, en campo abierto, resuenan ya los clarines de triunfo del enemigo.

* * *

La enfermedad es un objeto. Se puede transportar y reubicar. Admite ser descrita, pesada, medida, comparada, indexada. Posee componentes y partes. Es desmontable como un mecano, un circuito eléctrico, la carrocería de un automóvil. Responde a categorías dinámicas y puede tasarse. Es ferozmente empírica. Como un diamante, tiene facetas; como una cebolla, posee capas. Acumula usos en función del contexto en que aparece. Puede ser contemplada desde una perspectiva utilitaria y es permeable a los estímulos externos. La enfermedad no es sólo un rudimento taxonómico, una etiqueta funcionalista. Conforman un reino autárquico, independiente, soberano. Y dibuja un ecosistema, una cadena trófica, un cosmos preciso con sus planetas y satélites, sus citas ineludibles, sus encrucijadas y sus monstruos. También, constela de experiencias el cronograma de nuestra vida.

La irrupción de la enfermedad de mi padre no sólo visibilizó a su víctima. Arrojó luz sobre nosotros, se convirtió en un dispositivo revelador, nos expuso bajo el foco de una realidad cruda. Como un jugador de cartas con una mano invencible, su puñetazo sobre la mesa canceló la antigua partida y nos expuso al hechizo de un juego nuevo. Y obró una paradoja. Instaló a mis padres en el recuerdo reiterado de un pasado de leyenda, la Edad de Oro de la salud, el inconformismo y cierta hermosa insensatez, y produjo en mí la cancelación de ese pasado, abolió mi niñez de hijo de un hombre sano, para instalarme en el perpetuo presente de la enfermedad, en un mundo de voluntariosa y por momentos insoportable inminencia.

Esta sensación de inminencia ha sido especialmente lesiva. La enfermedad de mi padre me ha susurrado cada día la posibilidad de la muerte. No creo que ésa sea una enseñanza negativa. De hecho, la filosofía, que ha sido mi escuela de humildad y asombro, puede ser contemplada como un aprendizaje continuado de la muerte. Al menos ésa fue la perspectiva socrática y su lección ante los jueces de Atenas. El problema es el modo en que esa enseñanza se articuló en mi caso. La perspectiva de la muerte no se instaló como un concurso filosófico en torno al problema de la trascendencia humana ni como una discusión a propósito de la transitoriedad del hombre bajo la sombra de los plátanos, sino que se impuso como una sucia paletada de cieno arrojada a la cara de un niño de once años. Los temores que la expresión de esa inminencia de la muerte dejaron en mi ánimo nunca se han cancelado. Perdido para la causa de una reflexión sensata y educada en torno al hecho de que la muerte está siempre ahí, y de que es el destino natural e ineludible de

cualquier forma de vida, la enfermedad de mi padre me ató a la urgencia, a menudo morbosa, que contempla cada latido como el último latido, cada esfuerzo como el último esfuerzo. Una potencialidad pavorosa, en definitiva. Quizá por ello mis pesadillas están llenas de órganos palpitantes. Para muchos el corazón es una metáfora del amor y un símbolo de la estabilidad; cuando veo un corazón, yo pienso en la desfallecida y penosa viscera de mi padre robando un impulso más a su inminente parálisis.

En los hogares el silencio suele ser bienvenido, cultivado. Volver a casa de mis padres sabiendo que mi padre estaba solo, escuchar el silencio, sumergirme en ese contrasentido de que el silencio resultara ensordecedor, suponía para mí una cifra del miedo. El silencio de mi padre sólo podía pronosticar su muerte. Mi padre, el hombre enfermo, había muerto en mi ausencia, o en ausencia de mi madre, mientras ella había bajado a comprar el pan, mientras yo había pasado la mañana en el colegio. El silencio de mi padre no era el silencio consentido y mimado del adulto que lee o medita. Era el silencio del corazón que, en un segundo malhadado, se había detenido en su transcurrir, suspenso en su marcha. Por eso yo buscaba el ruido, alzaba mi voz para espantar el silencio del padre, reclamaba la presencia en palabras de mi padre para que, al contestarme, al manifestar su presencia, me hiciera notar el hecho simple y mayúsculo de que seguía vivo.

Es fácil imaginar las obsesiones que promueve esa cotidianidad. Compelido a ratificar la existencia, impulsado una vez y otra a cancelar la posibilidad de la muerte, yo exigía cada día pruebas de vida por parte de mi padre. Su asombro ante semejante contumacia sobrevive en mi memoria. Él no parecía consciente de las operaciones a las que su enfermedad me impulsaba. No parecía consciente de que, al haberme inculcado una religión absorbente, al haberme sometido a un dogma innegociable (el hecho irrefutable, sin esperanza, de que papá era un hombre enfermo), me obligaba, como creyente, a que se me entregaran pruebas continuas de que, si bien el dogma no vacilaba (mi padre seguía enfermo; en verdad lo seguiría siempre), la consecución natural del dogma, el hecho de que la muerte vigilaba, se hacía esperar, no llegaría hoy.

La religión de la enfermedad del padre negaba la parusía, consistía en el aplazado advenimiento de su corolario. Era una religión exasperante. O mejor dicho, una religión sin final. La fuerza del enigma religioso (*religar* significa, en esencia, volver a atar) consistía en su dilación perpetua. Atado, como la etimología indica, al nudo de la enfermedad del padre, mi realidad consistía en un eterno presente. Desatar el nudo, esto es, abrazar la muerte, no podía ser contemplado sin destruir al tiempo el culto. Un culto que sólo se resolvió treinta y tres años más tarde. La muerte de mi padre mató el hechizo. Descubrí en la habitación de la muerte que había adorado un vacío. La muerte había pasado en un suspiro, a pesar de que llevaba más de tres décadas cortejándonos. Su índice señaló y se alejó. Ni una palabra. Ni un ruido. Ni un gesto para la galería.

También esa ligereza, esa ausencia de espectacularidad, me sobrecogió la última vez que vi a mi padre, antes de su incineración. A punto de convertirse en ceniza y unos pocos fragmentos de hueso, su rostro se había vaciado de sentido. Lo que contemplaba antes de que penetrara en el

santuario del fuego ya no merecía la atención de la muerte. No había trascendencia en su quietud. Era sólo un cadáver, el signo perfecto y exacto de una organización de la materia que ha dimitido de sus funciones. Ninguna estela de certidumbre que no fuera la de que todo había llegado a su fin se podía seguir de su cuerpo abandonado por el calor y la energía. La religión a la que había rendido pleitesía desde mis once años había resultado ser, como cualquier culto, un fraude.

En la página postrera de sus promesas no había nada escrito, salvo la constatación atónita de un fracaso. Al fin, en aquella mañana de junio antes de la cremación, mi padre había respondido a la voz de su hijo con el silencio.

Eso era todo.

LOS VENENOS

Desde el momento en que expresamos algo, lo empobrecemos sin remedio. Como si las palabras debilitaran las ideas por el mero hecho de recluirlas en un soplo de voz, en un golpe de aire que aspira al sentido. Los escritores conocen bien esa dramática experiencia que supone llevar dentro de sí libros perfectos que, al ser convertidos en texto, se desmoronan. Es como si las palabras, que son el modo de nombrar el mundo, de dotarlo de orden y finalidad, de hacerlo presente, carecieran al tiempo de la adherencia necesaria para expresar lo que en pureza quiere y debe ser expresado.

En 1989, en una época en que la cirugía cardíaca no había alcanzado la sofisticación, empuje y delicadeza que posee hoy en día, mi padre fue operado a corazón abierto. En mi ánimo, *a corazón abierto* es un sintagma que despliega un conjunto poderosísimo de intenciones, imágenes y correspondencias entre la fragilidad y la supervivencia. Pero cuando escribo *a corazón abierto*, cuando pretendo manifestar mediante la escritura lo que esas intenciones, imágenes y correspondencias transparentan, fracaso. No hay prosa que agote lo que semejante experiencia convoca. Una vez más existe discrepancia entre mostrar y decir, vivir y escribir. Como todo ser humano, yo habito en esa falla. Sucede que, en mi caso, el hueco resulta más evidente que para otras personas. Pues lo que distingue al que escribe de quien no lo hace es la certeza de que la escritura jamás llega a expresar lo que persigue. También su sombra benéfica: la seguridad de que la escritura es la única herramienta disponible para operar esa penosa vocación. Como un maestro dijo hablando de un gigante: «Lo que me importa de Faulkner es su estilo, ese afán de decirlo todo, aunque sea imposible».¹

Tras padecer su primer infarto en 1982, el paso de los años había debilitado a mi padre. Su corazón malogrado se hallaba al borde del colapso. La fatiga era crónica. Exhausto e incapaz, declinante, a la edad en que yo escribo estas páginas mi padre era un anciano. Así que como fuera, y aun a riesgo de apagar la poca vida que alentaba en él, había que comprar tiempo al tiempo y someterse a la cirugía: abrir la carne, separar los huesos, exponer la víscera.

Un baipás coronario consiste en diseñar una ruta alternativa al flujo normal de sangre. En su concepción más feliz, el sistema vascular es un país sin fronteras, por el cual la sangre, y con ella el oxígeno, los nutrientes, la vida en definitiva, transitan sin aduanas ni restricciones. En el caso de mi padre, ese país había sido parcelado por invasores que ocupaban parte del territorio y constreñían la circulación de bienes. Atrapado en su cuerpo, que le negaba las rutas cotidianas del alivio y la fortaleza, mi padre se apagaba. No es descabellado imaginárselo como un sitiado,

alguien que tras un muro alto, sombrío y sólido levanta sin esperanza los puños, mientras grita y maldice las circunstancias de su suerte.

El preso necesitaba vías para escapar a la agonía. Y el equipo médico que lo operó en Oviedo a finales de los años ochenta del pasado siglo decidió que había que procurar nada menos que cuatro alternativas para el cautiverio. Poco antes de morir, mi padre aún presumía de ser uno de los escasos supervivientes que quedaban de un cuádruple baipás coronario realizado un cuarto de siglo antes. Claro que, como insinué, su corazón expuesto, la masa entregada al impudor de una cámara que filma para enseñanzas futuras, el órgano herido y aun así contumaz que late ante la mirada de los cirujanos, se ha convertido en una de las presencias asiduas de mis pesadillas, el coco que me contempla desde la duermevela y espera a que caiga en el sueño para robarme el reposo.

Mi padre había satisfecho el paso de un lado al otro del espejo. Si su presencia antes de la enfermedad constituía un enigma, un vacío inmenso y fatal, imposible de llenar, su realidad tras el paso por el quirófano era sólida como un monumento. Instalado en la óptica heroica de la operación a vida o muerte, su supervivencia se había convertido en una hazaña. Lo llenaba todo. Ya no se le contemplaba como a un enfermo, sino como a un resucitado. Ese matiz resultaba crucial. Mi padre era alguien que había regresado de un lugar donde ninguno de nosotros había estado. Era alguien que no sólo había contemplado a la muerte cara a cara, sino que había luchado con ella y, por el momento, la había burlado mediante el conjuro de la cirugía.

Como aquellas noticias que por entonces comenzaban a aparecer en la prensa, y que mencionaban corazones alternativos de cerdo o corazones artificiales de plástico, el baipás había hecho penetrar a mi padre en una nueva reserva natural. No era un híbrido entre hombre y animal, ni un androide que se hubiera servido de sustancias inorgánicas para su concepción, sino que, como una planta autosuficiente a la hora de reproducirse, él mismo había proveído a su cuerpo de los mecanismos para sobrevivir. Lo contemplábamos con algo parecido a la reverencia que se siente ante un líder político que ha sufrido tortura o cárcel en nombre de sus ideales, pero también con la atrición que provocan los ídolos religiosos, esos fenomenales emisarios del mundo del espíritu que han venido alimentando los sueños de la humanidad desde antiguo.

A su paso, las aguas se abrían. Al menos las aguas del asombro. Era como un hombre que hubiera cruzado el fuego andando y con una sonrisa desdeñosa en los labios. Sus heridas, el tajo que le recorría el pecho verticalmente, y que yo contemplaba estupefacto cada vez que se desnudaba, narraba una historia secreta pero también visible a los ojos del mundo. La cicatriz era más que un emblema. Poseía un embrujo primordial. Retumbaba como un clarín de guerra.

Recuerdo la impresión que me produjo ver a mi padre conectado a un soporte mecánico tras su operación. Me contemplaba desde una cápsula aséptica, entubado mediante mil conductos y travestido tras la máscara de oxígeno que le regalaba un aire renovado, con unos ojos sin juicio pero que se me antojaron malvados: los ojos de un hombre situado más allá del bien y del mal, que ha visto lo que la mayoría del mundo ni siquiera se atrevería a soñar, como si durante su

operación la anestesia no hubiese hecho efecto y él hubiera podido estudiar, *con todo lujo de detalles*, lo que esconde un cuerpo y a qué combinaciones se puede prestar.

A la dureza que comunicaban aquellos ojos se sumaba el hecho de que mi padre no podía hablar, y que cada uno de sus gestos parecía proceder de un mundo seminal, anterior al lenguaje, en el que los seres humanos tuvieran que aprender, mediante ensayo y error, algo tan fatigoso como alzar una mano a modo de saludo. Esa exigencia escondía una revelación. Regresar de la muerte demandaba una reeducación completa. Había que empezar de cero otra vez: a caminar, a defecar, a escribir, a vocalizar, a masticar. Y había que acompañar al resucitado en su escuela. Vinculados a semejante pedagogía, éramos lazarillos guiando a un ciego.

Habíamos consolidado un segundo pacto. Si mi padre se había arriesgado a la carnicería, nosotros debíamos reafirmar una entrega de carácter incondicional. La sangre vertida, el desgarró y las heridas, los fragmentos de hueso rendidos al bisturí y a la sofisticación tecnológica proponían un renovado discurso en torno al afecto familiar y a las circunstancias que lo alimentaban. Nuestra vocación de permanecer juntos, ese haz de apretado dolor y de urgente solidaridad que los tres formábamos, había encontrado en la cirugía un territorio por explorar. La operación a corazón abierto de mi padre había ido mucho más allá de la mejora de «chapa y pintura» que, siguiendo un símil automovilístico, se proponía como broma tribal a los candidatos al quirófano. No era un lavado de carrocería ni un inflado de ruedas lo que la máquina paterna había conocido. La fontanería había llegado mucho más lejos y mucho más dentro, hasta los conductos que alimentaban el motor y lo mantenían encendido, hasta el tuétano de la vida. Y aunque ninguna técnica ni medicina alguna podrían devolver a mi padre el funcionamiento pleno de su corazón, tanto los conductos de acometida y suministro como las vías de bombeo y evacuación habían sido sometidos a un intenso chequeo. (El corazón de mi padre tenía desde 1982 partes necrosadas, calcinadas por el infarto, tejido muerto en su corazón vivo, una imagen que me aterra aún. Pensar que nuestro organismo pueda conservar partes muertas es una imagen insolente, brutal y, en el límite, conducente al asco. Como buhoneros que llevan pedazos de carroña dentro de su saco. Y no carroña ajena, sino propia.)

Su regreso a casa tuvo mucho de acontecimiento. Así han de volver de la guerra los vencedores, del exilio los políticos y de las parábolas los hijos pródigos. Y durante un tiempo, que hubo de resultar agotador para mi madre y entre humillante y revitalizador para mi padre, la casa se llenó de gentes que le rendían visita con el mismo anhelo, la misma impudicia y la misma seca y cortante escrupulosidad con que los veraneantes en las playas contemplan los cadáveres hinchados que escupe el mar. Sólo que este cadáver hablaba, y a su retorno, poco a poco, caí en la cuenta de que mi padre había salido de la operación con una sensación casi religiosa de viacrucis superado. Su discurso, una vez regresó a la palabra, se volvió extravagante, inspirado, puntuado por detalles, admoniciones y un vocabulario que, sumado al de la farmacopea y al de la hematología, en el cual ya éramos expertos, amenazó con convertir nuestra cotidianidad en un aula universitaria.

Pero también ese momento entre celebrativo y místico pasó, y los peregrinos volvieron a sus poco fascinantes afanes, y el tiempo se remansó en otras formas de la molicie, e inadvertidamente, sin darnos cuenta, los tres, padre, madre e hijo, penetramos de la mano, desarmados e inermes, en la senda de los venenos. Unos venenos que, dormidos un tiempo, volvían ahora a demandar atención.

* * *

Han transcurrido diez meses entre la redacción del párrafo precedente y el que me ocupa. Ha sido un tiempo lleno de acontecimientos importantes y banalidad cotidiana, de aspiraciones legítimas y expectativas truncadas, de cambios en la vida de mis hijos. He publicado una nueva novela; he viajado a África y al Índico; la Tierra casi ha completado otra traslación alrededor del Sol. Si el 2 de agosto de 1914 Kafka pudo anotar en su diario: «Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde, Escuela de Natación»,² a mí, un enano a su sombra, se me permitirá apuntar este vacío secuencial en la redacción de un enigma. La escritura, al fin y al cabo, es un arcano.

Comprendo que esta dilación, esta suspensión en la trama del informe acerca de la vida y la muerte de mi padre, no se ha debido sólo a mis ocupaciones como escritor y progenitor, a la holganza de las vacaciones o a la pesadumbre del tedio. Ni siquiera puedo excusar una pérdida de interés en mi tema o los rigores de una temporada de bloqueo como motivo para esta fuga en los calendarios.

No. Esta ausencia, este 2 de agosto de 1914 en que me fui a nadar y que ha durado diez meses, obedece a que, alcanzado este punto de la narración, debo enfrentarme a la asunción de una herida profunda y a la elucidación de una pena sin fondo.

* * *

La complejidad de abordar un tema como el alcoholismo procede de un prejuicio. Existe una vergüenza implícita en el hecho de ser alcohólico, algo por otro lado difícil de sustanciar, al menos en una cultura como la española, en la que el alcohol merece una consideración afectiva, casi familiar, protagonista como es de la mayoría de las actividades que otorgan una dimensión social a la existencia.

Beber es un aglutinador de la efervescencia, un inmunodepresor colectivo, la silla siempre dispuesta a acoger a amigos y a extraños. Pero su aparente ligereza esconde una pesadilla. Sucede cuando la bebida convierte la excepción en norma y la embriaguez deviene hábito, ese traje que, al vestirse cada día, ya no se ve. Mi familia nunca tuvo empacho en celebrar las quermeses del alcohol, en peregrinar en masa y con alegría a sus carnavales y ferias. Pero desde el momento en que se hizo evidente que mi padre tenía un problema al respecto, ese hecho intentó taparse como una sábana manchada de sangre.

Ello, por otro lado, respondía de modo coherente a la lógica de mi familia, que ha consistido en ocultar los problemas bajo la máscara de las buenas formas. Otro tipo de superstición ha triunfado así durante décadas. El hecho, siniestramente indemostrable, de que si algo no se menciona, ese algo deja de existir. La obstinación de la realidad en negar esta operación milagrosa ha tenido como consecuencia que la escritura demande también aquí sus poderes.

(Es curioso, por ejemplo, advertir cómo, tanto por parte paterna como materna, los hermanos de mis padres han convertido sus vidas en un litigio permanente, sostenido por el motivo principal de las querellas entre hermanos —el dinero— y bendecido mediante el trámite de un apesadumbrado silencio. De pronto, un día, yo descubría que mis padres habían roto relaciones con alguna rama de nuestra familia, algo que, a su vez, me condenaba a desgajarme de los vínculos que esa rama me hubiera procurado. Es notable la cantidad de tíos y tías, de primos y primas, que han quedado en las cunetas convertidos en hojarasca. Pero aún más notable es constatar cómo estas guerras intestinas, civiles y cruentas nunca se explicitaban ni siquiera cuando el fratricidio era ya efectivo y las tumbas estaban llenas. Llegaba el día en que yo, en mi inocencia, pedía un rendimiento de cuentas, una explicación a lo sucedido, y sólo me encontraba con un gesto borrascoso y beligerante. Querer saber suponía una evidente prueba de mal gusto. La norma era la negación. No sólo porque los trapos sucios se lavaran en la intimidad, sino porque, en realidad, *los trapos sucios no existían.*)

El relato (o su falta, sería mejor decir) en torno al alcohol se convierte así en otro río ficcional desde el que contemplar lo sucedido. La compleja sustancia narrativa de este nuevo relato, con mucho el más desconcertante, ha levantado un biombo más tras el que ocultar la personalidad de mi padre. Aunque quizá la palabra *biombo* sea impropio, una concesión discutible a la elegancia del mobiliario. Lo que aquí se insinúa es un blocao, una fortaleza en el paisaje.

El alcohol se parece a ese invitado que, con el paso de las horas, cuando las luces se apagan, acaba por resultar incómodo. Al inicio del sarao, en el clamor de la fiesta, todos lo cortejan: su dentadura es blanquísima, ha viajado y tiene anécdotas que contar, es un gran bailarín. Pero al retirarse los platos vacíos, marcharse los músicos y ventilar las habitaciones, resulta intolerable que siga allí, cantando mañanitas a la luna, agarrado a la mantelería como un pelele. Algo parecido tuvo que sentir mi padre cuando el alcohol dejó de ser un pacto con la alegría para convertirse en un casero malhumorado.

Puedo imaginar las estancias que recorrió para llegar a esa condena. De la camaradería a la rutina laboral, el alcohol resulta diáfano. Los caminos habrán sido tan prosaicos que la historia de mi padre ni siquiera puede ser edificante. Es cierto que muchos como él perdieron la sobriedad antes de llegar a los veinte y fueron enterrados en estado de embriaguez sin por ello acusar una falta de prestigio, afecto ni consideración. Pero mi padre, además, era un hombre enfermo. Y el alcohol sumado a la enfermedad engendra una tormenta perfecta.

* * *

Hay desapariciones. Existen conjeturas. Quedan, como siempre, huecos por llenar. Por ejemplo la historia, nunca desmentida, jamás confirmada, de que al poco de nacer yo, cuando por razones de trabajo nos habíamos mudado de Gijón a Lugo, mi padre subió a su coche, apretó los dientes y se marchó. Que dejó la casa invadida de botes de pintura (entonces trabajaba como representante de una empresa de pintura industrial), facturas por pagar y una nota manuscrita que no llegué a leer. Y que apareció tiempo después en un hotel de carretera, cerca de la frontera con Portugal, amnésico y hospedado bajo un nombre falso, jurando y perjurando que quería matarse bebiendo y que le dejaran acabar tranquilo.

Pero sospecho que este tono entre el costumbrismo y la brutalidad no sienta bien a este relato. El tremendismo es una escuela reduccionista; el anecdótico, un maestro pésimo si se abusa de él. Si atendemos sólo al negro y al blanco, a las zonas álgidas o miserables de la existencia, el retrato basculará hacia la hagiografía o hacia la farsa. La vida es un cuadro gris, una playa entre dos mareas, cierta cualidad anfibia donde es más importante la sutileza que la declaración rotunda.

Conviene pues centrarse en lo tenue, las disciplinas de la repetición, la presencia de un tóxico que está en el aire, en la corriente sanguínea, en el filo mellado de los días. Un cuchillo romo, que parece no cortar, pero cuya mera posibilidad nos obliga a estar en guardia. Convivir con el alcohol me ha enseñado a sospechar. Es un juez severo con la alegría y escrupuloso con la confianza. Y una evidencia a la que interrogar.

Si me atrevo a suponer los motivos por los que mi padre empezó a beber de joven, con su pandilla o en su entorno, en el servicio militar o en la universidad, en guateques o en reuniones con clientes, se debe al hecho de que yo mismo podría aducir razones parecidas por las que frecuenté el alcohol durante años. Pero luego existe un freno, la vida impone sus restricciones, cabe decidir entre convertir el alcohol en un episodio circunstancial o habitar en él como en una tierra de promisión. Lo complejo es reconstruir la decisión que condujo a mi padre de nuevo a la bebida tras su operación, cuando su vida había pendido de un hilo nada metafórico.

Abruma asomarse a palabras viejas como el mundo y llenas de presagios: *culpa*, *remordimiento*, *autodestrucción*. Ante esta duda nominalista se impone una evidencia. A principios de los años noventa, sin haber cumplido el medio siglo de vida, jubilado con una incapacidad permanente, mermado físicamente pero dueño de su tiempo y en una situación económica desahogada, a mi padre le falló el sentido de la orientación. La invisibilidad previa a su enfermedad se convirtió a mis ojos, como si obedeciera a una aberrante ley pendular, en una presencia ominosa, asfixiante, de una constancia brutal, en la que el alcohol juega un rol determinante. Mi padre no fue un hombre violento ni peligroso, salvo para sí mismo. Pero el alcohol lo desquiciaba, lo arrancaba de la cordura, lo llevaba por un camino que obligaba a quienes convivían con él a un ejercicio constante de traducción. E interpretar cada paso, cada gesto y cada acción de una persona en esa tesitura resulta agotador.

El término decisivo es *apremio*. La adicción al alcohol obligaba a vivir en un estado perpetuo

de apremio. Cualquier cosa podía suceder: una escapada, un accidente, un comportamiento aberrante. La vida en casa suponía caminar por el borde de un precipicio, algo revelador si se suma al hecho de que, por entonces, yo fatigaba una época difícil: el ansia de emancipación. El conflicto con mi cuerpo y con mi inteligencia convivía con el conflicto permanente de mi padre con la realidad.

Existe confusión en el recuerdo de aquellos años. Hasta el punto de que a menudo pienso que mi pacto con la vida ha significado borrar partes significativas de lo pasado. Y esas partes son irrecuperables, no me engaño. Mi propósito de escribir con transparencia se enfrenta aquí con un límite que va más allá del talento personal o de la capacidad para el autoengaño. Sucede que me he impuesto una especie de cordón sanitario en forma de desmemoria. Sucede que, en definitiva, la verdad está a veces reñida con la supervivencia. Como si para llegar hasta aquí parte del peaje abonado haya sido no poder escribir acerca de lo que pasó.

* * *

«Comprender el desamparo de todos los hombres, pero sin compasión.»³ Esta frase de Thomas Bernhard, uno de los escritores que ha iluminado mi pasión, se podría aplicar a aquellos años neblinosos y a la vez recalcitrantes, donde ninguna tregua se nos concedió. No disculpo a mi padre, pero tampoco lo condeno. Lo primero sería inútil; lo segundo, injusto. Si he aprendido algo con la madurez es que juzgar a las personas con una vara inflexible conduce a errores de bulto y a conductas fariseas. Nuestro fuste torcido no admite excepciones. En el desamparo mencionado por Bernhard, el narrador no queda fuera. Por eso su tarea, ingrata pero necesaria, se parece más a la de un archivista que a la de un censor. Los documentos de vida son esenciales, pero transformarlos en episodios de una enseñanza moral yerra el tiro. En esto, como en tantas otras cosas, los años me han vuelto escéptico. Poseer una ética no significa extenderla a la conducta de otras personas. Si aspirar a la reforma del entendimiento de los demás es complejo, aspirar a la reforma de su conducta supone una quimera.

La vida de mi padre no encierra lecciones. Ninguna lo hace. La vida de mi padre es una colección de hechos, gestos y decisiones que admiten ser interpretados, discutidos y dilucidados, pero que sería temerario juzgar desde el punto de vista de la probidad o de la estulticia. Él fue un hombre tan digno y tan miserable como yo. Ni mejor ni peor. Idéntico en sus límites; diverso en sus rostros. Al escribir sobre mi padre comprendo cuánto lo he amado y cómo lo añoro, pero también cuánto daño me hizo. Nuestra historia es la enésima variación en torno a un tema inagotable: los caminos que adoptan las relaciones entre padres e hijos para llegar a conquistar una especie de indiferencia, de pacto entre adultos, en que la vida, mal que bien, halla un balance definitivo donde *debe* y *haber* tienden a igualarse.

El discreto encanto de cualquier vida reside en su efímero lustre, en su cautiva gloria. Ni trenos ni aleluyas. Si acaso, un poco de piedad y un mucho de distancia, y una legítima pretensión por

organizar el desencanto en forma literaria, para extraer de tantos afanes y nostalgias unas migajas de claridad.

La misma que mañana mis hijos ansiarán encontrar a la hora de enfrentarse a mi fantasma.

* * *

En las horas cruentas de la vigilia, entre las rejas de una conciencia escindida, vidas maravillosas hallaban expresión. El alcohol invitaba a soñar. También apadrinaba quejas. Mi padre se lamentaba por su truncada carrera teatral. Se dolía por no haber sido capaz de enfrentarse a su padre. Narraba los viejos, repetidos episodios entre generaciones litigantes, con las fauces sangrientas y las garras afiladas, a un paso de la ruptura, haciendo acrobacias sobre la red del afecto, artistas del recelo y la desmesura. Y cuando no se entregaba a esas palinodias urgentes por lo que pudo ser y no fue, se regalaba biografías extrañas, inquietantes, inverosímiles. La más seductora para mi edad de entonces, la más bizarra, es una que todavía hoy, al pensar en lo que oculta, me invita a contemplar la vida de mi padre como una especie de ordalía en la que se juzgaba algo más complejo que la inocencia o la culpabilidad.

A menudo, cuando la ebriedad hacía que el horizonte vacilara, como si las brújulas se hubieran desquiciado, mi padre juraba que había trabajado para los servicios de inteligencia. Los plazos de aquel empeño eran estrictos y también confusos. Parecían arrancar de mediados de los años sesenta, cuando cursaba estudios en la Escuela de Comercio de Gijón, y abarcaban hasta comienzos de los años ochenta, antes de que enfermara.

Captación. Aprendizaje. Ejecutoria. Técnica y táctica. Teoría y práctica. Geopolítica y explosivos. Idas, venidas. Secretismo, conjuras. Secuestro de la emotividad. Las muchas estaciones del espía y sus diversos métodos tenían cabida en aquella acelerada lección de narrativa. El discurso implicaba viajes tanto por la Península como por el extranjero, contactos siniestros y fugaces, movimientos entre bambalinas. No faltaban invitados resonantes en aquellas hazañas casi bélicas: la clandestinidad comunista, el terrorismo vasco, el contraespionaje internacional. Todo era diáfano y al tiempo enrevesado. Lo que importaba no era tanto el *plot*, el enigma a resolver, como la esperanza por haber satisfecho una vida plena. De lo que mi padre se adueñaba con aquel delirio era de las posibilidades que su cobardía le había impedido ejercer. Sólo que lo hacía llevando al límite el ejercicio de su fantasía, que quizá sea sólo otro nombre con el que designar el rencor que oprime a quien no ha conseguido lo que anhela. La fantasía sólo sonrío a quienes están huérfanos de experiencia. Los aventureros no necesitan de la fantasía. Al ejecutarla, la metabolizan en forma de vida.

Más pronto o más tarde, estamos obligados a pactar con la realidad. Ni siquiera las vidas más glamurosas o excitantes, las que nos asaltan desde la pantalla del cine o desde el papel satinado de los dominicales, destilan esa presencia fantasmática y a la vez densa que la imagen en movimiento o el reportaje a color les parece regalar. Segregadas del tiempo, de su corriente

repetida y reiterativa, esas vidas parecen representar el epítome de las virtudes a las que puede aspirar una existencia, pero sólo las estamos contemplando en un instante de regocijo o éxtasis, un instante que por definición ha escapado a la corriente normalizadora de lo cotidiano. Sospecho que mi padre había tenido que renunciar a esa vida soñada desde joven, cuando enterró su pasión por el teatro bajo una vida de trabajador ordenado. Esa renuncia dejó en él un hueco negro, vacío y resonante que sólo pudo llenar el alcohol. Cuando ese hueco fue colonizado por la enfermedad, cuando ya ni siquiera tenía la esperanza de poder enfrentarse a una vida no cumplida mediante el expediente de traducirla en tragos y francachelas junto a quienes se encontraba en sus afanes y días, volcó esa angustia lacerante en la invención de una vida literalmente de película: se convirtió en un fabulador.

Pero sólo halló un cómplice que quisiera contemplar esa representación y que tuviera la paciencia necesaria para escucharla día tras día. Yo fui el documentalista de su drama, el *script* que mantuvo el orden de las escenas que relataba y le obligaba a reconsiderar sus propias narraciones, el oído atento a las incoherencias y a los pasos en falso. Yo fui quien corrigió su recorrido por los mapas y quien apuntó las posibles soluciones a los enredos imposibles, las fechas tergiversadas, las identidades impostadas. Yo, el racionalista, fui el único que toleró y escuchó su colección de vidas inventadas.

Nunca he podido olvidar la enrevesada trama que me contó acerca de un comando de ETA instalado en Alicante. Cómo él y sus compañeros, cuyos nombres no podía pronunciar aun después de tantos años para preservar su anonimato, habían seguido al grupo durante semanas, radiografiado sus rutinas, clarificado sus pasos, desvelado sus recursos humanos y materiales antes de ayudar a desmantelarlo. Incluso hoy, cuando pienso en aquel prodigio de insensatez en boca de mi padre, la angustia me atenaza. Es una presencia fría, severa, que irradia un olor metálico, como esos entes conservados entre hielos de las películas de terror, llegados de una remota región del espacio en forma de spora, vaina o verme. Así la conciencia de mi padre, en su negra nostalgia de algo que no sucedió, era un alienígena pavoroso en su desamparo. Ante aquella historia descabellada, yo sentía que aquel hombre estaba tan solo como alguien puede llegar a estarlo en vida. Que su soledad era un desierto sin paliativos.

Toda vergüenza es astuta, se traviste de pudor. Pero él, durante aquellas peroratas afiebradas, rompía los diques de la contención, derramaba sobre el mundo las más hilarantes fábulas, se entregaba en cuerpo y alma a una visión grotesca pero libérrima, como si en aquel drama con un solo espectador, como si para aquella historia con un solo oyente, le hubiera sido concedido el don no de la clarividencia ni del genio, sino del puro, unánime, infatigable absurdo. La coherencia se convertía en una categoría burguesa, los goznes de la cordura saltaban en pedazos, mi padre se desataba en un vendaval de palabras. Y hablaba de munición y pistolas, de pasaportes falsos, de pisos francos, de coches con los cristales tintados, de estrategias de camuflaje. Se enredaba en los subtextos de una peripecia de dibujos animados, urdida a la sombra de una pesadilla. Como un escritor de ficciones descarriadas, en el desbarajuste que el alcohol causaba entre su conciencia y

la realidad, en el cortocircuito entre los vocablos y su sentido que el alcohol propiciaba en sus sinapsis, mi padre era el dueño de un verbo confuso y sofisticado, por momentos infantil, por momentos tenebroso, que se cifraba en una voz a veces pastosa y a veces clara, tan parecido a un actor que satisface para su más íntimo auditorio la representación que la vida le robó.

En la cocina de casa, o en alguna mesa de los distintos bares donde iba a menudo a buscarle, alterado y frágil, fugitivo de la razón e inspirador de una ternura que nunca he sentido por nadie que se hallara sobrio, mi padre herido, quejumbroso y vencido por algo que no existió encarnaba a los humillados que en el mundo han sido. Porque su fantasía, que como he sugerido es el patrimonio del débil, era el derecho al que apelaba para enfrentarse a sus acusadores.

Cuando años más tarde abandonó el alcohol y se refugió en esa vida casi monástica ya mencionada, nunca le hablé de aquella extraña forma de masonería de la que juró formar parte. Es posible que incluso él la hubiera enterrado bajo capas de olvido. Que si alguien le hubiera hablado de aquel surrealista episodio habría creído que estaba siendo objeto de una broma de mal gusto. Quizá mi padre fuera sólo otro niño que se negó a crecer, pero que no pudo encontrar Neverland, y que, a falta de un territorio donde escapar de sus desdichas, levantó un muro de mentiras. Si así fuera, si esa tesis resulta razonable, resultaría que, a su modo, se mantuvo fiel a la ficción y a sus poderes. Creyó en la capacidad de quien detenta el discurso para configurar la realidad, incluso para hacer decir a la realidad lo que en verdad no sucedió. Como buen lector, y mi padre lo fue, su pacto con la vida no era necesariamente realista, sino que aceptó que se podían visitar latitudes que no están en los mapas, someterse a aventuras que no suceden en la geografía cartografiada, vivir hechos cuya sustancia se compone de las caprichosas correspondencias entre el deseo y la verdad.

Acaso sin saberlo, también en esto me regaló motivos para una fe. Porque la mentira es una excepcional narradora; la mejor que existe, en realidad. Su existencia corrobora el impulso natural, original y prístino de contar. Como si existiera un vínculo entre narrar y sobrevivir; como si, al modo de un talismán, la pervivencia de la palabra, aunque sea la de una palabra mentirosa, fundara, sostuviera y alentara la posibilidad de un futuro. Algo no muy distinto a lo que sucede en esos juegos infantiles en los que el niño inventa reglas sofisticadas que esconden las leyes del éxito y del fracaso. Mientras no pises la separación entre dos baldosas serás inmortal; mientras no abras los ojos dentro de un túnel nada malo te sucederá.

Narrador circular y profético, sentado ante la hoguera de su propio desastre, mi padre viajó a aquel país imposible donde trabajaba para las eminencias negras del Estado y del que se trajo una capa de superhéroe. En vez de vender pintura industrial o seguros de vida, jugó al agente camuflado y astuto. Recuperó así, mediante un largo rodeo, parte del espíritu falsificador que el teatro le había prometido y que la vida con mi madre y conmigo nunca había satisfecho. Bastaba con repetir aquel mantra de unos hechos insólitos para garantizar que estaba a salvo. Su mecanismo de defensa era tan pueril que movía a la piedad. A un hombre capaz de urdir

semejantes patrañas para seguir adelante debemos, en el fondo, respetarle. Pues hay que haberlo perdido casi todo para ser capaz de convivir con un desatino de ese calibre.

Ésa es una de las lecciones más incómodas que quedan de aquellas violentas excursiones a ninguna parte. Que el influjo del alcohol obrara la paradoja de regalarme un padre candoroso, infantil en el relato de un sueño imposible. Y que yo, aún hoy, desde la soberanía de una razón descreída, no encuentre el valor decisivo para desprenderme de ese apretado tejido de superstición y fraude.

* * *

En algún momento a comienzos de los noventa, mientras con sus vaivenes el alcohol nos zarandeaba de babor a estribor, a punto de zozobrar en nuestra nave ebria y lanzarnos por la borda, existió un ultimátum. Harta de tantas falsas promesas, de tantos propósitos de enmienda, mi madre trazó una raya en cubierta. O mi padre se mantenía del lado sobrio de la singladura o quedaba a la deriva.

Desconozco los términos exactos del órdago, pero sé que fue efectivo. Mi madre salvó a mi padre, lo arrancó de un derrumbe definitivo mediante el crudo escenario de un chantaje estricto: todo o nada. Sin medias tintas. Sin segundas partes. Sin letra pequeña. Maximalismo afectivo.

Fue una época que coincidió con mi decisión de irme de casa. El ambiente se había vuelto opresivo. No me siento orgulloso de esos años, incluida mi idea de abandonar aquellas paredes como fuera. Pero reconozco que no podía más, que no me importaba dejar a mis padres solos, al pie de los caballos, enredados en la telaraña de su matrimonio. Estaba agotado, exhausto, me sentía viejo a los veinte años, con una década ominosa a mi espalda levantada sobre enfermedades ficticias, un ambiente siniestro por su tristeza, el disparate narrativo del alcohol. No era tanto un hartazgo físico lo que me acosaba como un cansancio moral, la sensación apremiante de que la vida se estaba convirtiendo demasiado pronto en un asunto grotesco, espeso como la brea. Escapar se convirtió en la consigna. Huir como fuera de la cárcel de la sangre. Excavar en la madriguera para salir a otro lado, a otro cielo.

La vida que construimos, la que aspira a reflejarnos, es un puro relato, la tentativa de otorgar un sentido a un haz de acciones y omisiones. Ningún adulto puede negar el obstinado peso del relato a la hora de diagnosticar qué significado tiene lo que ha hecho. El relato de mi vida hasta los veinte años se había construido en gran medida por delegación. El peso de la enfermedad de mi padre, ese enorme ciclo atmosférico de desdicha e incertidumbre, había grabado en mi biografía algo más que un exoesqueleto y una armadura. Había penetrado en mi corriente sanguínea, cincelado mis temores, cuadriculado la ciudad que habitaba. Y no era una ciudad renacentista ni cartesiana, un plano sobrio, sino un dédalo borroso, con un minotauro doliente en su centro y pocas esperanzas de hallar el hilo para escapar del laberinto.

El alcohol había propiciado un giro dramático. Si la enfermedad había ocultado a mi padre,

robándome sus mejores años, el alcohol lo había convertido en una presencia asfixiante. Como un gas que llenara cada rincón, el alcohol hizo de la estancia del espectro la guarida del ogro. Aún hoy esa habitación existe en casa de mis padres. Y me produce un desasosiego sin nombre pensar que mis tres hijos han dormido en la que fue mi habitación de niño, mi habitación de adolescente, mi habitación de hombre de veinte años, esa a la que he entrado muy pocas veces desde que comencé a redactar este libro. Porque la habitación donde uno ha vivido con sus padres es un tabernáculo peligroso. El misterio indomable que dejó allí puede que haya enmohecido, que se haya cubierto de escamas, que esté agusanado. Cada vez que abro la puerta y veo mi cama de niño, la misma en la que dormí hace cuarenta años, el tiempo me cae encima como el ladrido de mil perros. Y con él todo se agolpa en mi pecho: el mapa de la Tierra desplegado como una promesa de felicidad jamás satisfecha; la raqueta con sus cuerdas rotas que aún permanece arrimada contra la pared, a la espera de una mano que la vuelva a poner en juego; el umbral en que mi padre fue una presencia añorada y una presencia temida, fantasma y vorágine, nunca baluarte, a menudo tensión, una cuerda que vibra mecida por un viento que se niega a arrancarle ya no una melodía amable, sino una nota cálida.

Eso mismo ha sucedido hace unas horas, en este día de Navidad del año 2018 en que he estado a solas con mi madre, en que las circunstancias nos han reunido, como hace tanto tiempo, en torno a una exigua compañía de dos, juntos pero incómodos, como siempre ha sucedido entre nosotros, vinculados por la sangre pero separados por cosas difíciles de expresar. Solos los dos en este 25 de diciembre de 2018 en que nuestra familia se ha reducido a su mínima expresión, una madre y un hijo, sin testigos alrededor. Mi hijo pequeño ha viajado a Italia en compañía de su madre para festejar las fiestas con sus abuelos, a quienes ve muy ocasionalmente; mis hijos mayores están con su madre, ya que, tras nuestra separación hace siete años, la exigencia de repartir el mundo que una vez compartimos (cosas, cuerpos, propiedades: lo sagrado y lo inocuo, lo pueril, lo inefable) ha consolidado el hábito de que estén con ella en Nochebuena y Navidad y pasen conmigo Nochevieja y Año Nuevo.

Así que mi madre y yo nos hemos encontrado solos en la vieja casa familiar, y he penetrado en las dos habitaciones de aquellos años dolorosos con el mismo temor con el que los antiguos creyentes debieron penetrar en la casa de su dios cuando la fe aún constituía un enigma. Y aunque en la casa familiar no hay hombres crucificados, vírgenes dolientes, corderos místicos ni infiernos para réprobos, sí existen imágenes del padre y de su periplo entre nosotros. Hay huellas de sus viajes y de sus aficiones, y altares consagrados a su memoria. Hay fotografías de mi padre en vacaciones, bajo soles mediterráneos y avenidas de palmeras; hay fotografías de mi padre apaciguado en una dicha otoñal, que enmascara los renglones torcidos que lo condujeron hasta esa paz, hasta ese sosiego sin estridencias; hay fotografías de mi padre posando con la relevante falta de entusiasmo que adorna las fotos de compromiso: hierático, escéptico, consciente de estar siendo retratado en una estampa reiterada hasta la náusea, común a tantos hogares, a tantas peripecias que van estrechando la aventura de la vida para desembocar en el estrecho embudo que

significa una quincena de vacaciones en Tenerife o en Almería, en régimen de todo incluido, con el propósito de calentar la piel y aliviar el frío de los huesos mientras una multitud de extraños se extasia en su felicidad gregaria. Y junto a las fotografías se intuye ese mensaje inexpresado pero insidioso que nos obliga a acatar que esto es cuanto podemos esperar de la vida, el abandono del exceso, el declinar estoico, la suave pendiente que conduce a acabar los días en un marco de 13 x 18 centímetros donde encerrar el fracaso de no haber sido otro Richard Burton, otro Gerard Philipe, otro José Luis Gómez.

Penetro en las habitaciones donde mi vida se contuvo un día y parece imposible que esa blancura, esa exasperante pulcritud, esa cama tendida milimétricamente, en la que sería posible arrojar una moneda para que rebotara saltarina y jubilosa, como a mi padre le enseñaron a hacer con su catre durante el servicio militar, pudiera un día ser escenario de la pena y la ausencia de decoro, de la más soberana estulticia. Como si una mano olímpica hubiera borrado cada huella de suciedad, como si un censor magnífico, educado en tantos avatares previos, fortalecido por una experiencia feroz, hubiera barrido de un soplo la ceniza acumulada en estas pobres vidas. Y la imagen que me viene a la cabeza en esta Navidad del año 2018, mientras apuro la digestión de una comida satisfecha sin gula, es la de un electrodoméstico gigantesco, una aspiradora que posee el tamaño exacto de la vida y penetra con sus fauces en cada rincón de esta casa para succionar las células muertas tras el cabecero de la cama, el pelo que perdemos cada noche, las postillas que cubren nuestras heridas, las esperanzas de riqueza y de poder forjadas durante el insomnio, el esplendor improbable de una jornada vencida, cada doblón de oro y cada céntimo de cobre que un día fueron depositados en el cerdito rosa de la primera hucha. Sí. Deambulo por estas habitaciones, soleada la de mis padres, más oscura la mía, tropiezo con sus muebles pulidos hasta la exasperación y gastados por el uso, observo las cucharillas de alpaca y la abundancia de bibelots, esos despojos que el tiempo ha arrojado a las costas de lo cotidiano, esa vacuidad inane que acumulamos para nada, la experiencia resumida en los enjambres de fotografías que intentan contener una realidad que está siempre en otra parte, y algo en mi interior, un dolor sin centro ni figura, crece y se amontona.

Hace años que no lloro, pero hoy lo hago. Lloro sin lágrimas, cierto, pero devastadoramente. Es un llanto aterrador en su decoro, educado y contenido, como exige este lugar, el llanto de un hombre de cuarenta y siete años que intenta comprender por qué su vida tomó determinada dirección y no otra, y cómo es posible que en este preciso instante, en este ineludible aquí, la vida haya adquirido una consistencia viscosa y desagradable, como el papel de embalaje que se adhiere a la suela del zapato y obliga a apoyarse en la pared para ser arrancado mientras el peatón mantiene un equilibrio precario, pareciendo indefectiblemente ridículo, resultando inevitablemente patético, pero con un ridículo y con un patetismo que son mesurados, que caben en el abecedario de intenciones de la madurez y se expresan con elegancia, en la sobremesa de un día de esta familia hoy menguada en que los buenos deseos no bastan para enmascarar la ruina que nos circunda.

Y observo al invisible que sonríe con cierta desgana en sus fotos de madurez, colgado del brazo de mi madre entre campos de golf y turistas británicos; observo al envenenado que posa para la maldita, tediosa posteridad con un immaculado jersey amarillo, unos pantalones de pinzas y unos mocasines que brillan como espejos; observo el rostro tan familiar y a la vez tan desconocido, la calvicie acusada, la barba perfecta, la nariz romana, los ojos en forma de almendra y ese párpado derecho caído que yo he heredado y que, misteriosa y fatalmente, también han heredado mis tres hijos, todos los Menéndez con ese pliegue que achica nuestro ojo y lo vuelve melancólico, como si ésa fuera la única forma posible de contemplar el mundo, entre la bruma y el descrédito, cercados por la nostalgia de algo que en el fondo desconocemos, atrapados por esa burla de la genética traspasada de padre a hijo y de hijo a nieto, heredada quién sabe de qué ancestro y que, como una marca de agua, un sosia incómodo o un gemelo inesperado, me contempla en la sobremesa de la Natividad de Nuestro Señor del año 2018 mientras las aguas del tiempo, caudalosas y estériles, allá fuera, en la enormidad de la vida, aquí dentro, en la humildad del discurso, lo anegan todo: rituales, exorcismos, funerales, misterios, confidencias, pesadillas, voluntades.

Palabras, palabras, palabras.

* * *

A mi padre le recetaron disulfiram para disuadirle de beber. La droga se comercializaba en un fármaco llamado Antabus. Los nombres que las empresas farmacéuticas escogen para sus productos son fascinantes. Todos esos arcanos del dolor y de la angustia que forman ya parte de la épica posindustrial: Xanax, Demerol, Librium, Torazina, Seropram. He sido diez años consumidor de benzodiazepinas, y conozco bien el árbol genealógico de sus alias. Y aunque la relación de mis ansiedades y de mis adicciones sin duda tiene que ver con la historia que estoy contando, pues en cierta medida es consecuencia de ella, no debe distraerme de lo que ahora mismo intento relatar. La tentación de regresar a la piscina de Kafka siempre pende sobre la página. No en vano, los pecados de omisión son los más disculpables.

El disulfiram inhibe la acción de la acetaldéhidó deshidrogenasa, una enzima que permite la metabolización del etanol en ácido acético. Si se consume alcohol habiendo ingerido disulfiram, en el organismo se disparan una serie de alarmas. Se asiste entonces a un rosario de afecciones, a un drama en vivo y en directo. La más indulgente manifestación de la ingesta conjunta de alcohol y disulfiram es la eflorescencia cutánea. El cuerpo se convierte en un mapa de ronchas y salpicaduras. Después, en la escala del terror, llegan la náusea, el vómito, las palpitaciones, la disnea, la hiperventilación, la visión borrosa, el vértigo, la opresión en el pecho, la taquicardia y la arritmia. En algunos casos, el matrimonio entre alcohol y disulfiram conduce a la muerte. Como una estrella exhausta, el corazón estalla.

El disulfiram es lo más parecido a llevar una pistola cargada contra la sien. Lo cual no impide

que algunos alcohólicos sigan bebiendo. He visto a personas caminar mientras consumían botellas de ginebra a morro y vomitaban a cada paso. Se movían en línea recta, sin vacilaciones, arponeros en pos de la ballena blanca, al tiempo que el disulfiram los convertía en surtidores de su propia desdicha. Llevaban su némesis dentro y la aceptaban. Y con el tiempo, como las cucarachas frente a ciertos insecticidas, sus organismos se blindaban contra el antagonista. No existe ninguna fuerza disuasoria en este mundo para quien ha decidido matarse.

Pero mi padre no quería hacerlo. Es cierto que lo pregonaba a menudo, pero siempre le faltó el valor necesario. Hasta el último segundo de su vida, mientras agonizaba en la Unidad de Paliativos del Hospital de la Cruz Roja de Gijón, esquivó la posibilidad de quitarse la máscara. De hecho, la experiencia de la muerte postergada, preterida, prorrogada de mi padre me ha enseñado a sentir un respeto enorme por los suicidas. Quienes juzgan de manera peyorativa a un suicida se están arrogando un derecho que no les corresponde. Pues cualquier persona que ha llegado a la decisión irrevocable de arrancarse la vida está más allá del juicio ajeno. Es intocable éticamente, como un paria hindú.

Alguien que sabía de lo que hablaba, y que reflexionó con agudeza en torno al libre albedrío y la responsabilidad ante la existencia, lo expresó de forma admirable: «La lógica de la vida nos es dictada o, si se quiere, está “programada” en cada reacción de la vida cotidiana. Ha penetrado en el habla cotidiana. “Al fin y al cabo hay que vivir”, dice la gente, disculpando todo lo miserable que hacen. Sin embargo: *¿realmente hay que vivir? ¿Hay que permanecer presente sólo porque uno haya llegado a estar presente?»*.⁴ Son palabras que me consuelan cuando escucho pontificar a propósito de la sacralidad de la vida.

El disulfiram era la cara química del trato. Pero la rehabilitación es bifronte, como Jano, y tenía también un rostro humano. Era preciso hablar. Vaciar. Exorcizar el demonio del alcohol poniéndole palabras. Esas sesiones me fueron vedadas. No las viví. Y mis padres nunca me las contaron. Un par de veces por semana, como penitentes, cogidos del brazo y con caras largas de duelo partían hacia un centro de desintoxicación en Oviedo, la Fundación Instituto Spiral.

Psicólogos clínicos. Psicoterapeutas. Psiquiatras. El prolijo etiquetado de los sanadores del espíritu se congregaría tras las batas blancas, las miradas grávidas de experiencia, el desapego existencial. No quiero parecer cínico. Apenas intento orientarme en esa otra espiral en la que mi padre giraba como un tornillo en el vacío, arrastrándonos a mi madre y a mí en su estela furiosa. Quiero suponer que ante el sanedrín pertinente exhibieron con tenacidad sus miserias, sus cilicios, sus *cui bono*. Que vaciaron la casa y redecoraron a conciencia su interior. Que se insultaron e injuriaron sin piedad ni consuelo. Que se admiraron y acaso se sorprendieron de que, a pesar de todo, *amor* no fuera una palabra gastada por el uso, la indecencia, el desconcierto. Sólo sé que las visitas se prolongaron una larga temporada. Que la tensión era enorme y amenazaba con fulminarnos a cada instante. Por no mencionar el esfuerzo que debía de suponer para mi padre hurtarse al reclamo constante de la bebida.

Es tan fácil. Basta con alargar la mano en el estante del supermercado, pulsar el botón de

encendido del televisor, espiar a través de las cristaleras rutilantes de bares y restaurantes. Él siempre está ahí, un amigo eternamente disponible, renovado cada noche, a perpetuidad encerrado en los envases atractivos y sugerentes. La publicidad, el cine, los amigos te invitan a probarlo. La vida es una copa; la vida es un sorbo; la vida es un brindis. Cómo resistirse a semejante dios, si su naturaleza es la ubicuidad: en el lenguaje, en los códigos, en la educación.

He hablado de Maurice Ronet y del parecido que mi padre guardaba con el actor francés. Y he mencionado *El fuego fatuo*, la adaptación cinematográfica que Louis Malle realizó en 1963 de la novela de Pierre Drieu La Rochelle, inspirada en el suicidio del dadaísta Jacques Rigaut. En la película de Malle, Ronet, que interpreta a un hombre llamado Alain Leroy, deambula por un París de postal (espacios galantes, mujeres muy bellas, esplendor y decadencia) mientras se despide de sus amigos de juventud. Tras cada puerta a la que llama, tras cada visita que rinde, late un fragmento de su biografía. Las ilusiones políticas, los ágapes filosóficos, la felicidad traicionada van tomando forma en una cinta de una belleza pasmosa, pauta por la interpretación impecable de Ronet y por cuatro piezas hipnóticas de Satie: la *Gymnopédie* n.º 1 y las *Gnossiennes* n.º 1, n.º 2 y n.º 3.

Lo que *El fuego fatuo* devana es el proceso de una caída, la fatalidad del desencanto, el escombros hacia el que cualquier madurez camina. En ese pautado derrumbe, mientras Leroy —de quien apenas sabemos que ha permanecido en Estados Unidos en una clínica de desintoxicación y ha regresado a Francia sin su esposa— penetra en un mundo fatigado y al tiempo epicúreo, un teatro de dolores en apariencia livianos y soportables, una especie de gripe permanente pero benigna, existe un punto de inflexión a partir del cual todo se desboca, el quicio que una vez cruzado cancela las esperanzas de retorno, el instante en que se comprende que esta vez no hay aplazamiento ni cura.

Es una de las escenas más memorables de la historia del cine.

Ronet está sentado en el Boulevard Saint-Germain, en la terraza del Café de Flore, justo en la esquina desde la que se divisa su mítico rival, Les Deux Magots, situado ya en la Place Saint-Germain-des-Prés. En la escena, que dura dos minutos y medio, Malle trabaja con tres niveles distintos: planos del rostro de Ronet; planos de lo que el personaje interpretado por Ronet observa; planos de historias que suceden en torno al personaje interpretado por Ronet pero que no se muestran desde su óptica. De modo que en la acción concebida por Malle confluyen tres órdenes. En primer lugar, el retrato de una singularidad, la efervescencia de un alma: una pintura flamenca; en segundo lugar, la vida que fluye bruta, imparable, observada desde ese sujeto que selecciona y fija: un ojo que registra; en tercer lugar, el relato ordenado, autoconsciente, de un artista que, en torno al drama de un hombre, crea una situación mínima: una narración dirigida.

Los primeros planos de Ronet muestran a un hombre angustiado, de una belleza algo ajada, pero aún impactante. Hay un dolor memorable en sus gestos, un dolor contenido e intacto, como una rosa rotunda que comienza a pudrirse. Lo que Ronet contempla es el vértigo de la existencia: mujeres a la moda, turistas fatuos, gente vulgar y gente sofisticada, los veinte años y los sesenta

años, estudiantes y burgueses, vidas que empiezan y vidas que se apagan, americanos de vacaciones, rubios y blancos y estúpidos que, sentados en sus veloces coches, no saben que un día morirán. En torno a Ronet, Malle dispone dos brevísimas historias. La primera, de seducción, muestra a una joven que contempla al hombre solo con descaro y audacia. El espectador siente que Ronet podría llevársela a la cama con sólo chasquear los dedos. La segunda microescena es patética, casi beckettiana, y sirve a Malle para unificar los tres niveles de la acción en un nudo gordiano: un anciano robando pajitas a quien Ronet sorprende en su acto pueril.

Y es tras ese gesto de común y abrasadora vergüenza ante el absurdo del mundo, cuando el nudo se corta y el drama se precipita. Malle abre el plano de su actor, del que hasta ahora sólo habíamos visto el rostro, y nos muestra la naturaleza muerta de su mesa. Hay tazas, platos, un paquete de cigarrillos. También una botella y una copa. No sabemos qué bebida contiene. Podría ser fernet. Podría ser pernod. Podría ser cassis. No importa. Ronet destila un gesto juguetón, de niño que se contempla a sí mismo en su picardía, y hace sitio frente a él a la copa, hasta ahora desplazada a su derecha. Una vez la tiene ante sí, la toma y bebe. Dos tragos. Corto el primero, entre la duda y el paladeo; profundo el segundo, sin vacilación, sin sabor, sólo ansia, sólo ardor. Ronet traga, parece vacilar, abre la boca mostrando los dientes, como quien sufre un espasmo pero por educación no se permite el grito, y agranda los ojos. E inspira. Por Dios que inspira: la vida, la muerte, el mundo inspira. Luego, acaso por azar, mira a la joven que ha buscado el flirteo. Al sentirse observada, ella se inclina hacia delante y parece a punto de incorporarse. Pero Ronet desvía la mirada. No habrá un último trance de amor. No se malgastará otra piel. No quedará espacio para la carne inconsolable. Ronet cierra un instante los ojos y, exhausto, apoya la cabeza contra la fachada del Flore. Malle, en un plano lateral, nos muestra la debacle de un hombre que ha firmado su sentencia de muerte. Todavía aparece un camarero obsequioso que pregunta al cliente si desea algo más. Pero Ronet se levanta y se va, desabrochándose el botón de la americana. Su paso es un poco vacilante; su rostro está demudado.

Siempre que admiro esta escena de tierra quemada, de ruptura de amarras, me desasosiego. Y también experimento una fascinación intensa. Me recuerda a la experiencia del mal, que tira de nosotros al tiempo que nos repele. Es como espiar por el ojo de una cerradura y contemplar algo abominable pero íntimo, innegociable, sólo nuestro. Como rascarse un prurito en el ano. Como repasar con la lengua una muela cariada. Como oler, bajo las sábanas, la propia fetidez. Contemplo a Ronet apurar ese cáliz y pienso en la noche oscura del alma de mi padre, en cuántas veces, en espacios no tan mágicos como el del Café de Flore pero igual de humanos, habrá saboreado ese terror sin nombre del trago que te mutila y destruye, que te ha vuelto a vencer.

* * *

Dejar la casa en la que se ha crecido es como cambiar de país. Quizá sea la mudanza más importante en la vida. Más que el matrimonio o que el trabajo. Más incluso que tener un hijo.

Porque es tu propio yo, un yo irrecuperable, lo que queda atrás. Al observar por el retrovisor descubres al rey desnudo, un cuerpo que ya no volverá. Es la muda de la serpiente, el harapo de lo que fuiste. Creo que sólo entenderé lo que mi defección significó para mis padres cuando mis hijos se vayan. O quizá ni siquiera entonces, pues ojalá su adiós, cuando llegue, no obedezca a la sensación de habitar en una ciénaga. Espero que se marchen con la cabeza alta, exultantes y felices, dignos, cerrando la puerta con brío, no como quien abandona una casa tomada por fuerzas malévolas mientras echa el cerrojo con cuidado, no sea que los moradores le agarren del pelo y lo devuelvan a su nicho oscuro.

En aquella fuga se contenía un punto de no retorno. Un *rien ne va plus* de crupier hastiado. El pacto de afecto y solidaridad de la sangre se agotó por una cuestión de supervivencia. La disyuntiva era entre cordura y caída, futuro y rendición. Veinte años de mi vida bajo los ejércitos de la invisibilidad y de los venenos habían alimentado una sensibilidad morbosa, una tendencia exasperante a la melancolía. Escapar del panóptico donde la enfermedad era el único policía y la moral un asunto de grilletes filiales fue mi particular lucha por una habitación propia. El reto era la conquista de una soledad desde la que construir una libertad perfectible pero sólo mía, la búsqueda de un ámbito que no tenía que ver con un espacio de consuelo y recogimiento, sino con un territorio sin contratos con la piedad de la tribu.

Mis amigos de aquel periodo se hallaban entregados a formas severas, a menudo estúpidas, de la demolición de puentes. Desde fumar heroína hasta formar parte del movimiento okupa, desde asumir una conciencia política radical hasta coquetear con los rostros de la anomia, aunque siempre, de fondo, la prosa que escuchábamos era la del nihilismo milenarista que llamaba ya con fuerza a nuestra puerta: la tentación del suicidio, el flirteo con la muerte, una violencia sin sentido, objeto ni enemigo visible, nacida del más puro y abominable tedio y de su raíz: el hecho indigno, que en el fondo nos abochornaba y nos volvía aún más cobardes, de que nuestras necesidades materiales estaban cubiertas sin que hubiéramos hecho ningún esfuerzo por merecerlo. Entre tanto, yo vivía empeñado en una lucha que a ellos, a mis iguales, debía parecerles casi ingenua, en el fondo incongruente: romper con la familia, escapar de casa.

Recuerdo que mis amigos se encontraban cómodos en ese pasmo atroz en que transcurríamos. Como *I vitelloni* de Fellini, chupaban de la teta gorda de la familia para luego poder romperse la cabeza cada fin de semana contra el muro del sinsentido. Bailaban hasta caer rendidos, follaban no por placer sino por rabia, bebían para alcanzar un estado de malestar de la forma más veloz posible, como si la inconsciencia fuera la recompensa, un objetivo en sí misma, pero les gustaba regresar a casa tras los vómitos y las diarreas, tras la indulgencia y el autodesprecio, para encontrar el plato de lentejas. Yo no era tan cínico en mis exigencias de tormento. Lo que me amargaba era el túnel en que vivía de lunes a viernes.

Pertenezco a la generación que cumplió veinte años en 1991. Basta pensar en la negrura que exhalaba la banda sonora de aquel capicúa: *Trompe le Monde* de Pixies, *Green Mind* de Dinosaur Jr., *Loveless* de My Bloody Valentine, *Ten* de Pearl Jam, *Nevermind* de Nirvana. Así sonaban las

obras capitales de 1991. Había poco lugar entre aquellos himnos para algo que no fuera el desgarramiento del amor sin futuro, la quiebra de un mundo en descomposición, la lucidez a la hora de escoger los caminos más urgentes para el adiós. Entre aquellos cartuchos de dinamita, concentrados a menudo en canciones de tres minutos, mientras mis amigos morían cada noche para resucitar al día siguiente y sentarse a la mesa de los padres, yo vagaba como un sonámbulo que ansiaba desayunar cada mañana ante su mesa sin testigos, gozosamente solo.

Desde aquel instante, el barco no regresó a tierra. Las aguas eran anchas; el mar, inagotable. Los dueños del puerto desde el que la nave partió ocasionalmente subían a bordo, pero nunca se quedaban a dormir y jamás lograron que el capitán cambiara de rumbo. El sueño se me negó muchas noches, pues la culpa es abominable, el virus más odioso que la educación y la familia instilan en la sangre, y a menudo cuesta una vida entera desprenderse de él. Como la religión, la culpa es una forma de esclavitud. Y lo peor es que, como la religión, ni siquiera necesita ser sofisticada o brillante para imponerse. Le basta con cortejar al miedo.

Porque no apelaba a la razón, cuyo dominio negaba, sino que apuntaba a los prejuicios, cuyo imperio establecía, liberarse de aquella culpa arcana y resonante, que como otra marca de Caín llevaba conmigo, me costó fatigas sin cuento, pero cuando logré arrancar la venda de la herida descubrí no sólo que la herida había sanado, sino que, en realidad, *la herida nunca había existido*.

No es que desde entonces —desde la toma de conciencia de que los males de mi padre no me pertenecían y, en puridad, no debía sentirme ligado a ellos por el mero, simple, irrefutable hecho biológico de que fuera su hijo— yo haya sido más feliz, sabio o digno, pero desde luego he sido más libre, y he aprendido que la ética, la responsabilidad que cada cual posee, nada tiene que ver con un a priori de la sangre, un mandato del cielo o la fuerza de alguna autoridad que no sea la que emana de la razón. Las cargas que mi familia me obligó a soportar veinte años, la cruz de la enfermedad primero, la cruz del alcoholismo después, tenía que asumirlas y comprenderlas, pero no tenía por qué tolerar lo que exigían de mí por añadidura: resignación, vileza, victimismo, ocultación, deshonra. Ese aprendizaje ha sido el más largo y complejo de mi vida, hasta el punto de que he necesitado que pasaran treinta años para poder escribir acerca de él y he tenido que aguardar a la muerte de su principal actor para hacerlo. Y es que existe una gran diferencia entre el hecho de que una circunstancia cualquiera golpee a una familia y el hecho de que esa circunstancia determine, en nombre de principios que la exceden, la educación emocional, moral e intelectual de sus protagonistas.

Es posible que los hijos de los psicópatas amen a sus padres, pero ese amor no puede nacer de un contacto sincero con la realidad, sino de un conjunto de prejuicios adquiridos. Es posible que los hijos de los violadores puedan llegar a disculpar a sus padres, pero ese desagravio no puede proceder de un vínculo objetivo con la experiencia, sino de una vergüenza primordial que se ha contraído como una lepra. Aceptamos como razonable que los hijos de los negacionistas aseguren que la *Shoah* es un relato ficticio, que los hijos de los creacionistas escupan sobre los libros de

Darwin y que los hijos de un hombre bomba acaben por convertirse en metralla orgánica. Pero eso es espantoso. Nos sorprende la excepción, cuando debería ser la norma.⁵ Aunque mi caso es menos dramático, ya que mi padre no fue un homicida, un estuprador ni el meticuloso agente de un genocidio organizado con métodos industriales, en su humilde dimensión la película de mis veinte años obedece a un guión no muy distinto al de esas otras víctimas. En el caldo espeso y siempre renovado de la familia, engordado con la grasa del afecto, el reparto de responsabilidades esconde la patata caliente de la culpa. Ella es el ingrediente que no falta. Ella es el bumerán que, tarde o temprano, te derriba en la travesía del desierto. Vivir en el secreto, morar entre los escombros, destruir tu cordura día a día y aceptarlo porque no queda otro remedio, porque eres el hijo de Ricardo, porque la suerte ha querido que debas paladear hasta el final el mejunje del dolor y de los venenos.

De ese giro en torno a la rueda de un molino estéril e insincero, el remordimiento, escapé mientras mis padres, en la órbita del disulfiram y de las charlas terapéuticas, penetraban en la edad templada del nido vacío.

* * *

Thomas Bernhard fantasea en uno de sus relatos, a través de un narrador sin nombre que asiste a la defunción de Goethe, con que las últimas palabras del maestro en su lecho de agonía no fueron «Mehr *Licht*» (más luz), sino «Mehr *nicht*» (más nada).⁶ La mutación de una letra encierra un mundo de posibilidades, pero, ante todo, es coherente con el sentido de la vida y de la muerte, y también con el sentido de lo que la literatura aspira a significar.

Si la luz es lo opuesto a la nada, el desliz consonántico en boca del moribundo príncipe de las letras alcanza rango de declaración de principios. Dentro de la economía narrativa del relato, la fórmula es además sumamente perspicaz. En este texto en el que Bernhard juega con el tiempo, Goethe expresa antes de morir su deseo de conocer a Wittgenstein, quien en la proposición 7 del *Tractatus* advirtió con fuerza aforística: «De lo que no se puede hablar hay que callar».⁷ Si la literatura posee mucho de fracaso, de vano anhelo por fijar negro sobre blanco lo que no se puede atrapar (la vida, el tiempo, el acontecimiento), parece razonable que, a las puertas del tránsito definitivo, la luz y la nada, el mostrar y el ocultar, el decir y el callar, las certezas y el derrumbe se tiendan la mano. Por boca de Goethe, Bernhard nos sitúa a los escritores ante la tesitura fundamental de nuestra tarea. Trabajar desde la luz con el propósito de que la nada no nos devore.

En español, existe una expresión muy bella para definir el nacimiento: «dar a luz». Independientemente del origen del sintagma, discutido por la etimología, sugiere un tránsito de un lugar oscuro a otro iluminado, de un ámbito de reclusión a otro de libertad, de un lugar de recogimiento a otro de expansión. El empleo del término *mayéutica*, referido al arte de la obstetricia, se aplicó al método en virtud del cual Sócrates hacía que sus interlocutores dieran a luz a su propio pensamiento, que vivía secreto e ignorado dentro de ellos. De modo parecido, la

literatura, que es otra forma de mayéutica, trae a la luz, da a luz, alumbrando esa oscuridad en que nuestra vida se forma y, en buena medida, transcurre. Pues sin ella, sin ese instrumento de esclarecimiento que es la escritura, la vida sería aún más ciega y pavorosa de lo que es.

Hay aquí un doble movimiento, de condena y éxito, de negación y afirmación, de derrota y triunfo, que conviene apuntar. Es cierto, en primer lugar, que la vida se deja tematizar, pero no se puede agotar; que se deja interrogar, pero sus respuestas son parciales, fallidas, truncadas; que se deja cercar, pero no permite ser cazada. La literatura no es una red que podamos aplicar sobre la existencia. Por fino y estrecho que sea el diámetro de los losanges de la malla, siempre habrá peces que se escapen. Y sin embargo, en segundo lugar, no es menos cierto que, mientras escribe, el autor está empeñando el lenguaje en la construcción de un remedo de orden, de una organización superior, de una estructura inmune a la tentación de ser disuelta, fagocitada por el desorden. Al escribir, ¿no intenta evitar la entropía, la desorganización, la muerte de la forma?

Como tantos antes que yo, escribo libros que intentan decir el mundo, recluirlo en el perímetro de una historia, condensarlo en una sucesión de peripecias. La literatura, desde la más inocente a la más vanguardista, es una tentativa que aspira al sentido, aunque sea *al sentido del sinsentido* o *al sinsentido de la propia forma*. La literatura es un intento por derrotar a la temible, devastadora entropía. La literatura es un diálogo entre una luz que se reclama («Mehr *Licht*») y una nada que nos atemoriza («Mehr *nicht*»).

En este oficio de partera, que era el de la madre de Sócrates, transcurrimos. Y como Goethe en su aliento final, observados por el cronista de turno, vacilamos entre la luz de la que venimos y la nada a la que regresamos. Lo que hayamos conseguido iluminar en el trayecto, acaso logre escapar a las tinieblas. Cabe pensar entonces que una parte de nuestra vida no habrá transcurrido en vano.

Desde junio de 2017, cuando comencé la redacción de este libro, escribir sobre mi padre se ha convertido en el argumento de un complejo parto. Hay algo extraño en devolver a la luz a un muerto, pero ninguna escritura está exenta de ser paradójica. Es más, diría que en el terreno de la paradoja, de la que la vida tan a menudo se nutre, se esconde una escuela fecunda. Y la enseñanza de que conviene ser humilde. Porque en literatura el proceso es más importante que el resultado; porque en literatura, si hay que ser sincero, se escribe para saber de qué se escribe.

Comencé este libro queriendo hablar acerca de mi padre, pero comprendo que, al hacerlo, he hablado (estoy hablando) de cosas que están más allá, por encima o incluso antes de él. Que estoy hablando de mis temores y temblores, de mis logros, de mis recelos, de mis propias invisibilidades y de mis propios venenos. Si el parto promete traer al mundo más de una criatura, debo congratularme por ello, pues clarificar el origen de uno mismo es una de las escasas pesquisas que merece la pena abordar. Dirimir en la página quién fue mi padre me permite afrontar los diálogos que nos faltaron, vencer la sordera que nos atenazó, acatar el exilio que nos recluyó en un recíproco destierro.

Supone, de paso, alumbrarme a mí mismo.

* * *

Abrazo a mi padre antes de cerrar la puerta de mi casa. Al hacerlo, queda conmigo su olor, un olor inconfundible, sólo suyo, y para el que ni siquiera hoy resulta sencillo encontrar palabras adecuadas. La adherencia del lenguaje fracasa ante los materiales de la emoción. En ese abrazo también apreso una sensación de fragilidad y decaimiento, el encuentro con la fatiga de un hombre.

Me resulta imposible acatar que mi padre, en el momento de aquel abrazo, cuando me fui de casa a principios de los noventa, tuviera la edad que yo tengo mientras escribo este libro. Hay una incoherencia radical entre esas cifras idénticas, que aseguran medir lo mismo: el paso del tiempo. Es la incoherencia que nos reclama al contemplar un paisaje representado en una pintura y después habitar ese paisaje. Es la incoherencia que media entre admirar el océano en un museo y más tarde bañarse en él. Es una incoherencia parecida a la que experimento al contemplar fotografías antiguas de mis padres o de mis abuelos, o incluso de absolutos desconocidos, pues no puedo dejar de pensar que pronto, si es que no ha sucedido ya, todos esos figurantes habrán cruzado al otro lado, serán muerte conquistada, tributo a la extinción, parte del inventario estricto y a su modo sereno, estoico, de la mortalidad. Y que incluso esa imagen cambiante y fragmentaria a la que puedo llamar *yo*, ese cuerpo reiterado y repetido, repartido por paredes y cómodas, olvidado en discos duros, viajero del tiempo y del espacio en las tripas de las modernas tecnologías, ese cuerpo, *mi cuerpo*, que incesantemente cambia de número para acercarse a la muerte es ya no alguien, sino algo, que va brotando de este libro como del abdomen de la araña brota el hilo de seda que otorga sentido a su tela.

Y si al abrazar al invisible, si al abrazar al envenenado, si al abrazar al hombre que una mañana de principios de los noventa acude a charlar con su hijo en la casa a la que éste se ha mudado; si al despedir a mi padre ante la puerta de mi nuevo hogar, al sentirlo alejarse tras cerrar la puerta y conservar por un instante, entre las manos, su olor y su fragilidad, hubiera sabido que tantos años más tarde —en una época en que yo tendré su edad de entonces, en otra casa y en otra circunstancia, con otro olor entre las manos pero parecida sensación de fragilidad en torno— yo iba a encerrar en aquel abrazo lo que décadas después estaría intentando trasladar a esta página, a buen seguro que habría experimentado por mi padre y por su hijo algo parecido a la piedad que siento al contemplar las representaciones obstinadas, fatales y sin embargo orgullosas de esos hombres, mujeres y niños que un día existieron y hoy son sólo guarismo, polvo, nada.

LA RESISTENCIA

Aunque la novela no llegaría a las librerías hasta el 16 de enero de 2007, el 27 de diciembre de 2006 tuve en mis manos el primer ejemplar de *La ofensa*, la obra que marcó el comienzo de mi relación con la que desde entonces ha sido mi casa editorial, Seix Barral, y con la persona que en buena medida ha perfilado mi trayectoria como escritor, Elena Ramírez.

La fecha puede parecer un mero apunte autobiográfico, y como tal despreciable. A su modo lo es. Y a su modo es también algo más. Porque ese mismo 27 de diciembre de 2006 mi padre fue operado de nuevo en Oviedo, esta vez para extirparle un tumor maligno.

La vida satisfacía otra vez ese extraño expediente que se obstina en redactar. Periodos en los que parece no suceder nada, rutinarios, pautados por días a menudo indistinguibles, y fechas marcadas en rojo por la tragedia o por el éxtasis, por el dolor más intenso y por la alegría más rotunda. O por ambas cosas a un tiempo, en idéntico espacio, sin solución de continuidad.

El 27 de diciembre de 2006 acudí a la renovada cita de mi padre con la enfermedad llevando bajo el brazo un ejemplar de mi primer libro con Seix Barral. Para enseñárselo. Para que se enorgulleciera o para que se entristeciera. Para elevarlo a los cielos o para empujarlo al abismo. Para todo. Para nada. Ese día yo veía cumplido el sueño de mi vida (de una parte nada desdeñable de mi vida) mientras mi padre tenía que volver a sentarse a la mesa con la muerte.

¿Era justo? ¿Razonable? La vida no es justa ni razonable. La vida es lo que sucede, todo en uno, uno en todo, aquí y allí, entonces y ahora, desde el inicio y a cada instante. La vida es un atropello, un anacoluta. La vida es invisibilidad y veneno. Una formidable extensión de tedio y sobresalto que se enciende con estrépito y se apaga como un fósforo. El 27 de diciembre de 2006 la vida era el placer de ver mi nombre impreso junto al diseño de un arquero mítico y aceptar que aquella podía ser la última vez que viera a mi padre.

Durante ese preámbulo, mientras charlábamos en los minutos previos a su traslado hacia el quirófano, recuerdo haber tenido una formidable intuición de mi finitud. Antes de que mi padre desapareciera de mi vista y yo me quedara a solas con un libro titulado *La ofensa* entre las manos, me rodeó lo que implica la fisicidad del tiempo, su paso y su peso. Hoy, años más tarde, puedo explicar qué significó esa experiencia, que no poseyó nada de mística ni de sobrenatural. Y es que su sentido estaba construido con el material que conforma la vida, con su cimiento más obvio.

Lo que sentí aquel 27 de diciembre de 2006 conversando con mi padre, mientras por un lado le hacía partícipe de mi felicidad e intentaba por otro ocultarle mis temores dado su estado, era que su pérdida implicaba la desaparición del único intermediario existente entre la muerte en tercera

persona y la muerte en primera persona. Si él moría aquella mañana, si rendía la vida en aquella intervención delicadísima, se rompería la membrana que separaba el concepto abstracto y nebuloso de la muerte genérica del concepto empírico y diáfano de la muerte propia.

Con la muerte de mi padre, la solicitud, el esmero, el cuidado que me protegían de la extinción capitularían. Como en una carrera de relevos, el testigo de la muerte pasaría a mi mano. Pues lo que egoísta pero humanamente supe entonces, si bien sólo ahora alcanzo a explicarlo, es que cuando un hombre pierde a sus padres, cuando un hombre deja de ser hijo, descubre que ya sólo cabe pensar en la muerte como una entidad tangible, efectiva, sólida como un muro: *como una cosa que te sucederá a ti*. Lo que la muerte del padre supone para cada hombre es, en definitiva, el paso de lo velado a lo desnudo. Entre uno mismo y la muerte ya no hay nadie, ya no hay nada, salvo el cuerpo exiguo, el tiempo medido, la certeza innegociable de la mortalidad.

Esta enseñanza es trágica, sin duda. La imagen de la desnudez apela al desamparo en que quedamos. No es sólo que la muerte del padre nos robe a una persona cercana, sino que nos hurta la posibilidad de seguir engañándonos con respecto a nuestra muerte. Subyace aquí un pensamiento mágico no muy distinto al que impide vincular a un verbo en pasado las acciones de un muerto reciente, y en virtud del cual, mientras somos hijos, sentimos que la muerte, y con ella el fin de nuestras funciones, su abolición radical, nos concederá un margen de olvido, no nos buscará en las curvas cerradas de las carreteras comarcales, nos ignorará en el bingo perverso de las neoplasias y de los aneurismas. El padre vivo supone un escudo historiado ante la muerte, un talismán de profeta, un pararrayos de carne y hueso. Pero cuando el escudo se quiebra, el talismán pierde su hechizo y el pararrayos se derrite, lo que queda es la desnudez atávica, biliosa y rotunda que significa el hecho de que debemos morir. Acabamos de penetrar en el bombo impersonal y augusto de la muerte. Y aunque siempre hemos estado dentro de él, presentes con cada respiración y con cada latido desde el instante en que llegamos a la vida, es como si ese bombo en el que todas las bolas con todos los números están desde el primer segundo sólo ahora comenzara a girar para nosotros. Entonces comprendemos una verdad escueta y razonablemente pavorosa: que los adverbios *siempre* y *nunca* carecen de sustrato material, son palabras sin objeto, que no pertenecen al lenguaje humano. Porque cuando decimos *siempre*, cuando decimos *nunca*, cuando escribimos *siempre*, cuando escribimos *nunca*, nos arrogamos una perspectiva del tiempo que no es la nuestra.

Esta revelación no se me entregó de una pieza, en una habitación de hospital donde un hombre, mi padre, aguardaba para jugarse la vida en una mesa de quirófano. Ha sido fruto de una meditación si se quiere cartesiana, con su genio maligno y su célebre estufa, el resultado de una rumia larga, insípida y en el fondo indolora que, en cualquier caso, conoció su primer esbozo aquel día de invierno en que yo llevaba un libro en mi equipaje de sueños.

No hubo caída en el camino de Damasco ni conversión repentina a una verdad turbadora. No existió la iluminación del taumaturgo ni la visión del rayo verde. No conocí la apertura de los sellos ni asistí al triunfo de la bestia. Pero si tuviera que señalar en qué rincón hallé el ángulo

desde el que conjeturar no el soberbio «lugar donde están, sin confundirse, todos los lugares del orbe»,¹ sino un muy humilde sentido a mis días, debo mencionar la entrevista con mi padre del 27 de diciembre de 2006.

* * *

Tras mi marcha de casa, y a medida que me alejaba de las coordenadas familiares, la falta de un roce constante modificó la perspectiva. Podía estudiar a mis padres con asepsia de entomólogo, de un modo no contaminado por las urgencias de cada día.

Hasta donde yo sabía, mi padre había abandonado la ciénaga de los venenos. Los antiguos demonios de la sed parecían calmados. El padre había cambiado otra vez de disfraz. Su personaje se había vuelto a travestir. Pero con el alcohol fuera de la ecuación, las prerrogativas del tirano enfermo se acentuaron. Es verdad que el paso de los años había debilitado aún más si cabe su cuerpo. Su organismo le había seguido golpeando (problemas de vesícula; un ictus leve; el progresivo deterioro de los baipases), y estas batallas habían agriado definitivamente su carácter. El hombre inasible de mi primera década, el hombre intoxicado de mis veinte años, habían dejado paso al gruñón permanente, al penitente desarmado, un Job entre algodones, cercado por los achaques, al que ni siquiera quedaba el consuelo de la fe. Su único dios era la paciencia infinita de mi madre.

Morir es difícil para quien no está dispuesto a alzar la mano contra sí mismo. En una sociedad como la española, medicalizada desde los cero a los cien años, la consigna consiste en resistir a cualquier precio. Y a quien le falta el valor del suicida, el arrojo para el gesto definitivo, o a quien no tiene la fortuna de hallar en su camino a las personas que puedan ayudarle en su deseo, le queda fatigar las estaciones del calvario hasta llegar ante la última puerta. Es cierto que en España se vive mucho. Pero olvidamos qué peaje se paga para engordar la estadística. Olvidamos cuántas veces mantenemos vivos en nombre de una cifra a los que ya están muertos. No hemos comprendido que la dignidad más alta que poseen las personas consiste en el derecho a abandonar sus vidas cuando lo desean. No hemos comprendido que no merece la pena vivir por lo que no se está dispuesto a morir.

La larguísima agonía de mi padre, que en puridad duró años, es una feroz requisitoria contra mí mismo, un informe que no puedo eludir y en el que aparezco, en letras trazadas con grandes caracteres, bajo el marbete responsable. Las descripciones de esa falta (por negligencia, por temor, por cinismo) pueden parecer un rodeo innecesario, una digresión hacia territorios ajenos, pero forman parte inextricable del vínculo que me ata al recuerdo de quien me entregó la vida. Confieso haber fantaseado a menudo con la idea de ayudar a mi padre a escapar de la prisión de su cuerpo. Pero confieso también que esas fantasías nunca fueron otra cosa que excursiones ingenuas a un «acaso», a un «quizás», a un «como si», a un conjunto de buenas intenciones enunciadas en condicional o en subjuntivo que no ocultaban otra cosa que mi cobardía.

Un corazón frágil había hecho de mi padre un hombre inefable, un fantasma que escapó entre

mis dedos de niño como un curso de agua. El alcohol me brindó al hombre embriagado, aplastante en su sinrazón. Durante su última década de vida, el desgarró, el desmoronamiento pautado pero sin pausa de un organismo que se obstinaba en sobrevivir, me trajo al hombre contumaz, al resistente a quien la muerte asía de su túnica una y otra vez para descubrir que era inconsútil. Cuántas transformaciones. Cuántos cambios y facetas. «Las biografías son como una ventana en una casa con numerosos habitantes.»²

El mutis del actor, que sólo en sus dos últimos meses se aceleró de forma frenética, como un virus que crece de forma exponencial, hasta mostrar a él y a quienes le rodeábamos el espanto de lo que significa la demolición de la carne, fue tan dilatado que permitió a mi padre asistir a acontecimientos con los que nunca había soñado. Jamás he sabido si en la balanza de sus años finales los placeres del afecto pesaron más que los estragos del dolor. Ésa es otra de las conversaciones que no mantuvimos. Si conocer a sus dos nietos mayores (al tercero no llegó a verlo) le compensó por los campos minados en que su cuerpo explotó, por las torturas a las que sus órganos fueron sometidos en nombre de la duración.

Sólo tengo conjeturas que ofrecer. Y el testimonio de mi madre, que jura y perjura que mi padre fue feliz en ese declinar. Pero *felicidad* es una palabra tan grande que obliga a retroceder o a prosternarse. Y sin embargo, a su modo, en aquella última década de su vida, mientras gozaba de mis hijos y la medicina lo sajava, mutilaba, amputaba, cortaba y sangraba, mi padre me regaló dos lecciones. La primera, vieja como el mundo, es que la experiencia sirve para probar una cosa y su contrario. La segunda, no menos importante, es que el verdadero enigma de la vida se manifiesta por el hecho de que, a pesar de todo, la bondad exista.

* * *

Una mañana, frente al espejo del baño, mientras se afeita, la mano a flor de piel, la lengua moviéndose dentro del cofre bucal, un hombre tropieza con algo que antes no estaba allí. Un bulto, una excrescencia. Imagino que hay un instante para el miedo —un miedo glacial— seguido de una inspiración profunda. Por la memoria del hombre pasan precedentes leídos en revistas, vistos en películas, narrados por terceros. Al tiempo, como en esos dibujos animados en que el personaje aparece con un demonio sentado sobre el hombro izquierdo y un ángel flotando sobre el derecho, ambos susurrándole al oído ideas opuestas por turno, el hombre piensa en una erupción inocua, una pequeña alergia, un flemón.

Especulo, pues desconozco las sensaciones que abdujeron a mi padre aquella mañana, cuando de pie ante el espejo del baño se enfrentó al hecho incontrovertible de que su boca se había convertido en anfitriona de un intruso. Un invasor que semanas más tarde, tras las pruebas pertinentes, exigiría ser llamado por su nombre, identificado sin vacilaciones.

El cáncer encaja en el molde del expansionismo imperialista.³ Ataca con saña los tejidos, dispone colonias en lugares hostiles, despliega sus fuerzas en el interior de ciertos órganos antes

de emigrar hacia latitudes promisorias. Su forma de vida se fundamenta en la astucia, la ferocidad, el territorio. No tolera rehenes. No intercambia bienes ni mercancías. No persigue balances tranquilizadores. Es impío, voraz, asertivo. Existe en él algo que hace pensar en una especie alternativa, un intento de mejora radical aunque suicida de nuestras estrategias de supervivencia. Es un agresor exitoso porque explora y explota las características que nos han hecho triunfar como especie. Su vida recapitula la vida del cuerpo que lo acoge; su existencia conforma un espejo patológico de la existencia que lo nutre. En la intimidad de su núcleo, una célula cancerosa es la réplica fecunda de una célula normal, la gemela oscura de cuanto admiramos en nuestra constitución molecular. Por ello el cáncer provoca un terror religioso. Porque impone la imagen de que una célula cancerosa no es otra cosa que el *Doppelgänger* letal de una célula sana.

Entre la mañana del descubrimiento y el momento de la noticia, en ese limbo de quien aguarda por un veredicto, han de encarnarse el conjunto de esperas que caben en la vida de un hombre, el diccionario de sus exámenes y escrutinios, de sus dudas y fatigas, el puñado de teselas que organizan ese mosaico que significa vivir para construir una figura al fin reconocible.

Y lo que significa vivir es pender de un hilo, entrar en las subastas de los tantos por ciento, oponer la experiencia medida, exacta, contenida en ese cuerpo que a nadie más pertenece, al abstracto árbol de la matemática aplicada a la medicina. Si es cierto que «las estadísticas son seres humanos que se han enjugado las lágrimas»,⁴ no lo es menos que este cáncer es mío. Lleva mi nombre escrito. Soy yo quien lo acarrea.

Supongo que este pensamiento, u otro no muy distinto, asaltaría a mi padre cuando un patólogo puso nombre a la demora y se le informó, por activa y por pasiva, con luz y taquígrafos, de qué le sucedía y de qué le era dado esperar. Recuerdo en cualquier caso que mi padre encajó la noticia con lo que, sin asomo de ironía, podría llamarse *deportividad*. Alcanzado aquel punto, en el arco de enfermedad que unía el año 1982 con el año 2006, casi un cuarto de siglo de padecimientos parecían haber colmado el vaso de su cólera. Ví sereno a mi padre en aquel trance, una serenidad que, con el paso del tiempo, volvería a perder para mudar en una lamentación sin freno, pero en las jornadas que mediaron entre el diagnóstico del cáncer y el instante de la cirugía, hizo gala de un senequismo admirable.

La actitud de mi padre me ayudó a comprender el significado de la expresión *amor fati*, una fórmula que había encontrado como guía de vida en dos de mis filósofos de cabecera, Spinoza y Nietzsche, pero que sólo ahora hallaba encarnada en una persona de carne y hueso. *Amor fati* no expresaba tanto resignación como aceptación, no era tanto una forma del fatalismo como una provincia de la lucidez. *Amor fati* suponía la aceptación de la necesidad y lo que ese hecho conlleva, la enseñanza paradójica de que sólo podemos ser libres si asumimos los límites que la necesidad nos prescribe.

Que mi padre se me apareciera en aquellos meses como un mago de la templanza y el autogobierno no debe llamar a engaño. Sin duda era un espejismo, como pronto se demostró, pero resultó un espejismo benéfico, al menos para él. Porque le permitió vestirse con una armadura

casi indestructible para encarar la prueba que tenía ante sí. Y la prueba era durísima, pues mientras se preparaba para la resección tumoral, recibió una noticia desalentadora.

El riesgo primordial de la operación no consistía en la extirpación del tumor, sino en las condiciones previas del paciente. Si hubiera sido un hombre con unos estándares físicos propios de su edad, la operación habría resultado relativamente inocua. Pero el corazón de mi padre, su desgaste y debilidad, su fatiga crónica, parecían un obstáculo insalvable. El anestesista que le entrevistó fue sincero en su diagnóstico. Tenía un quince por ciento de posibilidades de soportar la anestesia general y la cirugía posterior.

He pensado a menudo en los experimentos mentales que los profesores de matemáticas empleaban en el colegio para hacernos comprensible la ley de probabilidades, incluidos aquellos juegos que se inventaban para persuadirnos con bolsas de tela en las que ocultaban bolas negras y bolas blancas. En la bolsa de mi padre el profesor de matemáticas había depositado ochenta y cinco bolas negras y quince bolas blancas. Y su sonrisa juvenil y sus gafas de acero pronosticaban que, *si sólo metías la mano una vez*, lo que ibas a sacar era una bola negra.

* * *

Salió blanca.

Y yo pude asistir a una nueva versión maquinal de mi padre, prisionero en su cámara blindada como un alienígena fosilizado para pasmo de las generaciones futuras. Era como si una bota lo hubiera aplastado. Una bota del tamaño de un rascacielos. Algo menos ominoso que imponente; algo menos doloroso que desmesurado. Lo que vi fue a un hombre más allá del cansancio, en quien la cirugía había ejecutado el círculo cuadrado de la supervivencia. Si vencer a la muerte era *aquello*, yo no podía ni siquiera imaginar qué supondría entonces el hecho real de morir.

No he visto muchos cadáveres en mi vida, pero desde luego nunca he visto un cadáver con un aspecto tan devastado como el que mi padre vivo tenía tras la operación. Lo único reconocible entre la maraña de cables e interruptores, tras el entramado de funciones suspensas por efecto del tramadol y de la meperidina, eran sus ojos. E incluso ellos parecían haber sido conducidos más allá de las fronteras razonables. De hecho, si el agotamiento se puede medir, para mí su cifra radica desde aquel día en la velocidad con la que mi padre abría y cerraba los ojos. Porque sus párpados desplazaban mucho más que piel y membrana. Eran los heraldos de un límite, una evidencia en absoluto metafórica, sino certera y física, de lo que significa sobrevivir a una forma de agresión tan intensa como puede ser la resección de un tumor maligno en la boca de un hombre de sesenta y tres años cuyo corazón está enfermo desde hace un cuarto de siglo.

También allí tomé conciencia de algo que me atrevo a denominar *la satisfacción del técnico*, una satisfacción que se ampara no sólo en una práctica que tiene sus causas y genera sus consecuencias, sino que implica un modo de estar en el mundo, una gestualidad, un lenguaje, una actitud que entonces me pareció arrogancia pero que hoy acepto es una segunda naturaleza, el

apellido añadido a una condición común. Porque los técnicos del hospital, los cirujanos y los oncólogos, los dueños de la vida y la muerte, estaban más allá de las servidumbres dictadas por el decoro y la paciencia. Ellos no pertenecían a este lado de la ecuación, y lo que comprendí es que, en realidad, cuando operaban no operaban a un hombre o a una mujer, ni siquiera a un cuerpo asexuado. Operaban casos. Y los casos eran moldes, recipientes, formas particulares con las que se llenaba un modelo ideal, denominado en el caso de mi padre cáncer de la cavidad oral, pero que en otros casos se llamarían linfoma de Burkitt o ependimoma infantil.

Los técnicos recibían a las familias en cubículos poco aireados, cuyas paredes estaban decoradas con diplomas amarillos por el tiempo y cuyas ventanas estaban cegadas por la palomina. No tenían buen aspecto. Tampoco lo pretendían. Exudaban esa forma de protocolo que exige la negligencia en el trato, una descortesía que no obedece a la falta de respeto, sino a una desatención hacia nada que no sea la extirpación, la erradicación, la mutilación de masas invasoras. Hablaban con palabras incompletas, truncadas, como los políticos cuando maltratan el idioma, y hacían gala de una apatía sospechosa, igual que dispéuticos a los que la idea de comer resulta ridícula. No miraban a los ojos cuando evaluaban riesgos o sancionaban dietas. Eran implacables sin necesidad de alzar la voz, y al verlos, no sé por qué, me imaginaba a Franco firmando sentencias de muerte, sin estridencias ni florituras.

A los maestros de la amputación les debo la imagen del enfermo como un campo de maniobras, una tierra trazada, roturada y dividida por un arado, un haz laberíntico en que el tiempo, el azar y la enfermedad juegan una partida que la medicina observa con interés pero también con desapego, con la formidable paciencia de un animal antiquísimo o de una cultura milenaria. Parecía imposible que los técnicos le hubieran hecho *eso* a mi padre cuando se estaba ante ellos. Su apariencia estaba lo más alejada posible de cualquier impresión de violencia. En realidad, inspiraban algo parecido a la piedad, pues el familiar del paciente, que se sentía agradecido tras la prueba, veía en ellos a oficiantes de un rito exhaustivo y agonístico, y suponía que sus vidas estaban volcadas de manera exclusiva a satisfacer las reglas de aquel sacerdocio. La estancia en el cubículo mal aireado era sólo una penalidad más que conllevaba el cargo.

La sensación dominante procuraba así un curioso resultado en el ánimo. Uno entraba en aquellos siniestros despachos con el corazón en una bandeja, dispuesto a dar gracias tras ver al monstruo sobreviviente en su escafandra. Que esos hombres de triste aspecto fueran los responsables de la salvación los convertía por derecho propio en custodios de una verdad revelada. Acatar su desafección y su indiferencia era un tributo mínimo a pagar. Qué menos que permitirles una indolencia olímpica.

Por supuesto, ello formaba parte de una visión inocente, de una ingenuidad dolorosa. Los técnicos vivían con lujo, fumaban vegueros cubanos y bebían caldos franceses, y conociendo como conocían los secretos de la carne aspiraban a mantenerse lo más lejos posible de las fuentes del dolor. Pero mientras transcurrían allí dentro, bajo la luz cítrica de los fluorescentes, en las estancias decoradas con borrosos afiches de horrendas mastectomías, y hablaban por un lado de la

boca, con aspecto agrio y amargado, se sentía la tentación de calificar su obra como milagrosa y de dar gracias por que la providencia los hubiera puesto en nuestro camino.

Mi padre fue un devoto de esa ideología. Su culto a los médicos no conoció vacilación ni deterioro. Cuando hoy pienso, con la perspectiva que dan los años, con qué entrega y determinación puso su cuerpo a disposición de los oficianes, me asalta la imagen de un condenado a muerte. Hay quienes reciben la inyección letal con una sonrisa en el rostro, juran las crónicas. E incluso preguntan al verdugo por la salud de sus seres queridos.

* * *

El cáncer se había cobrado otra porción del ya disminuido cuerpo de mi padre. Regresó del hospital sin el ápice de la lengua ni las treinta y dos piezas dentales, incluidas las cuatro muelas del juicio, y con amputaciones más o menos severas en los músculos digástrico, esplenio, esternocleidomastoideo, platisma, complejo menor, angular del omóplato y trapecio. La razia quirúrgica había afectado a las glándulas parótida y submandibular, invadiendo un área orgánica que cubría desde la apófisis mastoides hasta la clavícula izquierda.

Contemplado de espaldas, mi padre parecía alguien a quien un gran carnívoro hubiera arrancado la mayor parte del hombro de un mordisco. Nunca más completo, nunca más erecto, la sensación que regalaba al caminar era la de una camisa mal colgada en una percha. Su voz era ahora un cloqueo extraño, no muy distinto al ruido de succión de un desagüe, en el que las palabras se confundían con quejas, balbuceos, formas de un lenguaje anterior a lo humano. La cirugía había obrado una siniestra forma de reducción, de modo que, al mirarlo de frente, el rostro de mi padre parecía reducido a la mitad, y al contemplarlo de perfil, recordaba a una máscara abrasada por la erosión. Las mejillas se habían hundido. La nariz apuntaba como un mástil. Los ojos brillaban anfibios, siempre lacrimosos. Los pómulos eran como ropa vieja al sol. El vello facial se había retraído. Todo era oquedad, piel seca y quebradiza.

La sensación era muy extraña. Algo había penetrado en mi padre y lo había demediado, hasta convertirlo en una roca desgastada a punto de rodar por una ladera. Esta invasión hacía que uno sintiera la urgencia de estar atento para recoger su cabeza cuando se desprendiera del cuello. Porque sin duda eso era lo que iba a suceder. Sé que puede parecer estúpido, pero lo que más me aterraba tras la operación era el hecho de que la cabeza de mi padre se soltara de su cúspide, cayera al vacío y golpeará el suelo. Y que yo no estuviera allí para impedirlo.

Esta pesadilla repugnante, digna de una película de Jan Švankmajer, aún hoy me acosa. Su carácter recurrente me habla de un miedo atávico, imposible de desalojar de la memoria, tan duradero como una filigrana genética o un estigma celular, hundido en las raíces de la emoción a una profundidad abisal. Quizá los temores constituyan la huella más longeva de nuestra vida, la parte más ardua de borrar de la autobiografía. Que todavía ahora, doce años después de la operación, sueñe con delirantes cabezas que desatienden sus cimientos y caen al suelo, me parece

una prueba irrefutable del carácter cohesionador que el miedo posee a la hora de apuntalar nuestra personalidad, el relato de lo que somos.⁵

* * *

La serenidad griega del paciente se desvaneció tras el regreso a casa. La ataraxia del *amor fati* se enfangó en la humillación de la radioterapia. Era una de las pocas agresiones que hasta entonces el cuerpo de mi padre había sorteado, pero tampoco se pudo librar del bombardeo de energía. Una vez cada siete días, como un menesteroso, una ambulancia lo recogía a la puerta de su domicilio para conducirlo hasta Oviedo, cubriendo la distancia que lo separaba de la terapia adyuvante y los dosimetristas. Regresaba de las sesiones extenuado, con una obscena sequedad de boca y el cuello anaranjado, en carne viva, flaco hasta la parodia. Y aunque dentro de él los viejos demonios de la autodestrucción se agitaban, estaba tan agotado que apenas le quedaban fuerzas para rebelarse de palabra.

Sí. Mi padre maldecía la vida pero se aferraba a ella. Era un alacrán que se clava su aguijón y sigue cortejando el cordón de fuego. Penaba y penaba, y volvía a penar, y en la circularidad de su desgracia hallaba la razón para cavar más hondo. Encerrado en su pena, en su vida de nuevo fragmentada por la enfermedad, nunca como durante la travesía del cáncer lo vi tan entregado a resistir. Mi padre se había convertido en una cuestión de fronteras. Cuanto más lejos lo empujaban la violencia de las circunstancias y el asedio de la enfermedad, más poderoso se volvía su afán de lucha. Su repugnancia ante sí mismo, la evidencia de que se caía a pedazos, no era óbice para que cada mañana recogiera sus fragmentos, los recompusiera con paciencia y se arrastrara hasta el día siguiente para empezar de cero. El heroísmo de su gesto no era capaz de esconder su naturaleza atormentada. Advertir la destrucción de uno mismo es una prueba terrible. La capacidad de aguante del ser humano cobró ante mis ojos en aquellos meses su fervorosa plasticidad. Los recursos de los que un cuerpo dispone para soportar el sufrimiento son infinitos. Pude gracias a ello entender que la voluntad posee mecanismos extraordinarios para tolerar exigencias, agravios y humillaciones. Mi padre siempre encontró una grieta en la disciplina del dolor. Logró aferrarse a este lado de las cosas contra cualquier advertencia del sentido común. Se convirtió en un partisano.

Por eso he escrito que su vida me enseñó que la experiencia sirve para probar una cosa y su contrario: la resignación y la esperanza, el titubeo y la certeza, la avaricia y la magnanimidad. Nos rompemos la cabeza a la caza y captura del hecho immaculado, de la lección diáfana, y a la postre, en el último puñado de polvo que apresamos, resulta que se halla escondido otro tipo de sensatez: el tesoro de la ambivalencia. Ésa es la razón de que, entre los cientos de historias que abundan en personajes bíblicos, mi favorita sea una que adopta forma de parábola.

Es Bioy Casares quien la ha conservado negro sobre blanco. Según el autor de *La invención de Morel*, su mentor, maestro y amigo Borges le contó lo siguiente un día de abril de 1958: «El rey

David llamó a un joyero y le pidió que le hiciera un anillo, un anillo que le recordara, en los momentos de júbilo, que no debía ensoberbecerse, y, en los momentos de tristeza, que no debía abatirse. “¿Cómo lo haré?”, preguntó el hombre. “Tú lo sabrás —contestó el rey—. Para eso eres artífice.” El joyero salió a la calle. Un joven le preguntó: “Anciano, ¿qué te atormenta?”. El joyero contestó: “El rey me ha encargado un anillo” y explicó todo. “Eso es fácil —declaró el joven—. Fabrica un anillo de oro con la inscripción: *Esto también pasará*”». ⁶

Que como colofón de esa historia ejemplar el joven se llamara Salomón y fuera vástago de David no es en este asunto lo decisivo. Yo nunca hubiera aspirado, como hijo, a ser tan sabio como para consolar a mi padre en su desdicha. Lo que me importa es la máxima, no su muñidor. Y aunque dudo que para mi padre hubiera sido un consuelo portar semejante anillo (más de una vez hubo de pensar que ese *Esto también pasará* no estaba escrito para él), asumo que con su actitud, en sus años finales, se obstinó en iluminar la oscuridad que nos rodeaba.

Lo expresaré de otro modo. Entiendo que, a poco que seamos sinceros, debemos aceptar que la máxima que Salomón trasladó al artífice es cierta. Y a la vez tengo la certeza de que la vida de mi padre, que hasta donde yo compartí navegó mayormente en la tristeza, fue en sus últimos años, y dentro de la debacle que corroía su cuerpo, un obstinado recordatorio de que hay que pelear por el júbilo. Así que la experiencia de mi padre ratificó (pues luchó por encarnar la lección que escondía la leyenda) y a la vez desmintió (pues transcurrió casi siempre en el lado fúnebre del adagio) la verdad del anillo de David, y en esa doble senda fundó una actitud y probó una paradoja.

Y por eso he escrito así mismo que los últimos años de la vida de mi padre me enseñaron a comprender la importancia capital de la bondad. La bondad es más provechosa que la verdad. Un hombre que hace el bien es más necesario que uno que persigue la verdad. La edad me ha hecho desconfiar de la verdad, por excluyente y dogmática, y me ha hecho abrazar la bondad, por frágil y escasa. No me interesan demasiado las personas que hablan en nombre de la verdad, ni siquiera cuando esa verdad apela a mis convicciones más íntimas. En cambio me conmueven las personas capaces de ejecutar la bondad. La novela en mi opinión más extraordinaria escrita en España durante la segunda mitad del siglo pasado lo expresó con la rotundidad de un apotegma: «El mayor misterio no reside en la existencia del mal, sino en la del bien». ⁷

No postulo esta defensa de la bondad desde presupuestos optimistas. Porque soy un misántropo convencido, y porque creo que, en la condición humana, el egoísmo, el cálculo y la desafección son las vigas maestras, el desinterés de la bondad, su caudal de incoherencia, el hecho objetivo de que, casi siempre, atenta contra el beneficio propio y es poco o nada adaptativa, no dejan de asombrarme. En especial, huelga decirlo, cuando esa bondad no emana de un propósito de mejora o de una voluntad de notoriedad, sino que se expresa sin público ni interés, sin buscar nada a cambio. *Como si la bondad sólo existiera cuando no es percibida, ni siquiera por su autor.*

He escrito ya que no creo que de la vida de ningún hombre se deban extraer lecciones irrefutables de carácter moral. Ésa es una tentación que no comparto. No me atrevo a defender que

mi padre fuera un hombre bueno sin matices. Que mi padre fuera un hombre malvado sin matices. Que mi padre fuera un hombre noble sin matices. Que mi padre fuera un hombre indigno sin matices. Lo fue todo sin solución de continuidad, como lo es cualquiera de nosotros, que es humano gracias a los matices, que transcurre en esas zonas intermedias y en esos espacios ambiguos, que se justifica en ese tiempo un tanto irreal en que el flujo de las aguas cambia y durante unos minutos hace que no sepamos si la marea está subiendo o bajando. Pero sí quiero dejar constancia de que, en la década final de su vida, cuando la enfermedad se sumó a la enfermedad y tuvo todos los motivos para sentirse agraviado, burlado, zarandeado por fuerzas más poderosas que él, impersonales y por eso mismo aterradoras, mi padre logró que quienes le rodeábamos nos sintiéramos en deuda con su generosidad y con su entrega, y que para nombrar esa actitud suya, para calificar esa deuda contraída con su modo de comportarse en sus más difíciles años, yo no encuentro otro sustantivo que *bondad*.

Sucede quizá que el lenguaje prueba su musculatura y no alcanza a vencer el obstáculo, que el lenguaje lanza la piedra y esconde la mano. O que es pudoroso y en su pronóstico se ha de conformar con una palabra gastada por el uso. Pero cuando comprendí que la experiencia es esa luz que sólo ilumina a quien la porta, cuando acepté que cada pequeño mono repite los errores que la cadena infinita de monos más grandes y mayores ha reiterado antes que él, comprendí y acepté también que la actitud de mi padre ante el cáncer tuvo algo de afrenta contra el sentido común y, a la vez, poseyó mucho de ese heroísmo sincero, del gesto pequeño y el acto vulgar, que a la postre, en la contabilidad de nuestra vida, pesa más que las hazañas.

* * *

Mi padre fue una tripa agradecida. Un carpanta. Un *fartón*, como se dice en Asturias, ajeno a matices y remilgos. Algunos de los momentos más felices de su vida tuvieron lugar en torno a una mesa y un mantel. Le gustaban lo dulce y lo salado, lo ácido y lo amargo, el quinto sabor japonés. Comía carnes y pescados, verduras y legumbres, frutas y dulces. Amaba la sartén, la plancha, el horno, el potaje, lo crudo. Igual de cómodo se sentía ante una sopa de ajo que ante un banquete de doce platos. Saqueaba los fogones de las abuelas y admiraba la sofisticación francesa. Era el perfecto invitado: el primero en sentarse; el último en levantarse. Jamás ahorró palabras de afecto y gratitud para quienes le dieron de comer y le abrieron perspectivas gastronómicas. Nunca escatimó dinero, tiempo ni energía en aquello que guardara relación con lo culinario. Ni siquiera sus peores momentos, durante los ingresos hospitalarios o la resaca química del alcohol, lograron apartarle de los placeres de la mesa. Esos ágapes, el ritual fijo y preciso de las tres comidas diarias, salpimentaron su cordura. Un comedor de patatas no decae, por humilde que sea la pitanza.

El cáncer acabó con ese larguísimo idilio de modo cruel. Mi padre no sólo padeció tras la operación dificultades para masticar y deglutir, sino que sufrió una amputación pavorosa. El

término médico es *ageusia*. Su significado en román paladín es la pérdida del sentido del gusto. La comida no le sabía a nada. No existía diferencia para él entre un glorioso mero y unas humildes lentejas, entre el pan cotidiano y la excentricidad que suponían los percebes. Esta desmemoria, este olvido abrumador, esta inversa pedagogía que lo recluía en el paladar blanco, inane, de la pirámide alimenticia, reducida toda ella al común denominador de lo insípido, constituía a mis ojos una pasmosa obscenidad.

La ageusia inauguró otra etapa en la vida de mi padre, una involución sin retorno. A partir de ella, fue siendo despojado de cuanto lo había convertido en adulto. Se fue desrealizando, desmaterializando, replegándose hacia los lugares nucleares del ser, hasta alcanzar el estupor del neonato. Estoy anticipándome, pues cuando comenzaron las sesiones de radioterapia faltaban años para que mi padre falleciera, pero en el deterioro de aquel hombre que en el momento de su muerte no podía hablar, no podía tragar y no podía controlar sus esfínteres, en el camino de aquel hombre que desde 2007 hasta 2015 dio una serie de pasos constantes hacia la nebulosa indiferenciación en la que sobrevive el bebé, la pérdida del gusto supuso un hito.

La ageusia comenzó el borrado de funciones que habían hecho de mi padre una persona autónoma e independiente, una unidad dotada de voluntad y discernimiento. La ageusia fue esa gotera a la que no damos importancia cuando aparece, supuso la primera quiebra en los cimientos de una casa que acabaría arruinada por el paso del tiempo. La ageusia fue el heraldo que anunciaba el viaje de mi padre hacia una especie de grado cero en su humanidad, un trayecto en el que poco a poco, cada año, cada mes, cada semana, cada día y al final cada hora le fueron robando una parcela de terruño, desconectando otra parte del sistema que atesoraba su centro, hasta dejar de él una sombra débil y evanescente, como un barco que la curvatura de la Tierra hace más y más sutil, más y más inaprehensible, hasta que, de repente, se lo traga para siempre.

Salvo las que arrebatan un accidente o las que devora un mal fulminante, la mayoría de las vidas se inscriben en una pulcra circularidad. Cada cual adquiere fortalezas y aptitudes, se dota de recursos físicos y habilidades motoras, hasta que, alcanzado el esplendor, comienza el declive. Si la vida es lo suficientemente larga, y si la gerontología juega sus cartas y exprime las posibilidades de resistencia hasta el límite, resulta plausible que, al final del camino, nos encontremos en la casilla de salida. La distancia entre el recién nacido y el moribundo es sólo cómputo; el resto, la forma de naturaleza en que uno y otro se han convertido, son la página en blanco de una vida que empieza y el millón de garabatos inscritos en una existencia agotada. Pero la impresión que provocan en el espectador es similar.

Yo asistí a la conversión de mi padre en un anciano con las destrezas de un recién nacido. Despojado de habla y sin motricidad, con la vida derramándose por cada poro y por cada agujero, amarrado a una cama que se convirtió en madriguera y tumba, mi padre satisfizo el absurdo de los límites. Pues aunque el tiempo es irreversible y lo hecho es irrevocable, cuando la vejez claudica se encuentra en unas condiciones casi idénticas a las que tenía la vida al estrenar su periplo. En la mirada de la criatura que nace, en la mirada de la criatura que muere, hay una desconcertante

apatía y una extrañeza sin traducción. Aquélla ve sin comprender; ésta comprende que toda visión está a punto de cancelarse. Los jeroglíficos en la piel del neonato y las arrugas del anciano, la distancia entre ambos, les confiere un aura extraterrestre, de especímenes caídos entre nosotros desde algún bólido hostil a nuestra atmósfera, formas materiales de lo prehumano y de lo poshumano. Nacimiento y muerte parecen así vínculos de extranjería, expedientes que afectan a entidades no inscritas todavía o no inscritas ya en los anales de la especie.⁸

* * *

Entre enero de 2007 y diciembre de 2011, en sesenta meses de desdicha y abundancia, mi vida alcanzó una altísima velocidad de crucero. Nunca antes discurrió con tanta urgencia; confío en que jamás vuelva a hacerlo. En aquel tiempo mi lema no fue *Caute*, el emblema de Spinoza, sino *Non omnis moriar*, el tópico de Horacio.

En el lustro que me empujó hacia ese confuso tránsito que para cualquier hombre supone doblar el cabo de los cuarenta años, publiqué cuatro novelas y rompí amarras con mi ecosistema, vi nacer a dos hijos y destruí mi matrimonio, me concedieron un puñado de premios y perdí mi casa, asalté los cielos y me quedé solo, cené con David Grossman pero también con el diablo del deseo, volé miles de millas y sobreviví al desafecto en un húmedo bajo de cincuenta metros cuadrados. Hice tantas cosas, y las hice tan deprisa, que incluso conocí a la mujer que me salvó de la locura y que desde entonces me hace absurda, intolerablemente feliz. Cuando vuelvo la vista atrás, de aquel tiempo rescato una catarata de imágenes y, a la vez, comprendo que me circunda una tormenta de arena. Todo está desenfocado, como un espejo cubierto de vaho. Como si las cosas no me hubieran sucedido a mí, sino a un impostor que se hubiera adueñado de mi identidad. Como si yo no hubiera estado en México, Colombia, Argentina, Estados Unidos, Portugal, Francia, Bélgica, Holanda, Italia, Suiza o Alemania hablando de mis libros, impartiendo cursos y conferencias, asistiendo a ferias y festivales, departiendo con colegas y periodistas, editores y profesores, traductores y agitadores, francotiradores de la cultura cuyos nombres he olvidado, sino que hubiera sido otro, un clon, un doble, un parásito con mi mismo acento y con mi misma alopecia, con mis mismos pésimos hábitos de sueño y con mis mismas anchas espaldas, quien se bañó en la bahía de Formentor, expresó su alborozo ante los bastiones de Cagliari y visitó la base submarina de Saint-Nazaire desde la que los *U-Boote* incendiaron el Atlántico. Que todo eso me haya sucedido a mí es algo que todavía hoy me desconcierta. Sospecho de mi autobiografía durante esos años. Lo que en ese tiempo ardió y se consumió, ese revoltijo de prisa y aspavientos, bancarrota y plétora, afirmación y desconsuelo, parece demasiado abundante para poder ser asimilado. Muchas son las pruebas de que yo estuve allí.

Y sin embargo...

No fui generoso con mi padre en aquellos años. Estaba demasiado ocupado con el prestigio, la aventura, lo excitante que era saberse vivo, y él apenas era un viejo que se consumía, al que yo

recurría como abuelo amoroso, a quien toleraba con condescendencia, como si entre nosotros existiera un pacto de no agresión, la versión pragmática de esa paz de los afectos que la mayoría de los hijos acaban por firmar con sus progenitores. Durante esos años me convencí de que mi padre estaba saldando una cuenta por el daño que me había infligido. Y me convencí de que era justo que sucediera así. De que, por una especie de equidad simbólica, era preciso que me devolviera lo que me había robado. Hoy no sólo comprendo que estaba equivocado al pensar de ese modo. Comprendo que estaba siendo estúpido. Mi padre era un hombre enfermo; yo, un egoísta. Y mi ceguera era doble, al pensar que se me debía un salario de afecto. Como si semejante contabilidad fuera algo más que otro ángulo desde el que contemplar la mendaz educación en la esfera de la culpa. Yo, que me decía intolerante ante las sujeciones de la sangre, que me creía por encima de hipócritas juegos de manos, había caído de nuevo en la trampa del pecado y la falta.

Es cierto que, por vez primera en mi vida, me había desprendido por completo de la sombra paterna. Y que no estaba dispuesto a abandonar esa sensación de libertad. Así que lo olvidé como se olvida un acto vergonzoso. Lo arrumbé en el salón de los muebles antiguos y sólo me permití entrar en aquel cuarto de vez en cuando, no para quitar el polvo o aplicar una capa de barniz, sino para comprobar que la polilla no había arruinado por entero la estructura. Los muebles seguían allí, exhaustos aunque aún útiles, dispuestos a cumplir su función de abrigo, reposo y sostén. En eso, en un discreto, eficaz mobiliario, se convirtió mi padre mientras yo me derramaba por las esquinas del mundo, corriendo tras mis propias huellas como un leproso, dando largas zancadas en pos del mérito, la necesidad de ser amado, el horror a la inmovilidad. Y cada vez que regresaba a mi bajo opresivo y mal ventilado, cada vez que volvía de mis divagaciones y devaneos literarios, cada vez que traía en el equipaje un artículo sobre la pervivencia del romanche en los Grisones o una anécdota acerca de las peculiaridades de la política en Puerto Rico, cuando les entregaba a mis hijos historias sin gracia ni sentido para su edad y otra vez había olvidado comprarles un juguete adecuado a sus necesidades, a lo largo de aquellos sesenta meses de efervescencia en que la hierba no creció bajo mis pies y me circundó la sensación de que la velocidad de las cosas no se aquietaría nunca, sí, cada vez que el retorno a mi ciudad y a mi clima natal se producía, yo me encontraba a mi padre un poco más encorvado, un poco más sitiado, un poco más consumido por la enfermedad, sobreviviendo a base de caldos, zumos y compotas, sorbiendo con una pajita el fruto de la ageusia, encerrado en el perímetro de una vida cada vez más exigua, prisionera y vasalla.

Las tornas se habían invertido. Yo había dimitido de mi puesto de centinela, un oficio pesado y castrador. Y no quería regresar a él. Ahora era mi padre quien velaba por conservar unidos los pedazos de vida que el cometa furioso en que me había transformado amenazaba con desintegrar en su estela. Pero yo estaba ignorando que, en el entreacto, mientras mi existencia se atomizaba, disgregaba y multiplicaba, mientras mis años ardían como leños verdes y rotundos, la vida de mi padre se concentraba en torno a un núcleo duro y diamantino, porfiado, con el que siempre había

coqueteado pero que ahora, de forma indefectible, le exigía el cómputo de sus menguadas fuerzas. Mi padre se aferraba a la vida con uñas y dientes. Mi padre se cerraba como un puño en torno a su calendario, a las pocas páginas que le quedaban, al fenomenal impulso de resistencia que sus maltrechas arterias, la furia del alcohol y la invasión del cáncer no habían logrado quebrantar.

* * *

Mientras redactaba este libro me he sentido como un etnógrafo que visitara los escenarios de una región remota y a los pobladores de una cultura en trance de desaparecer. Como ese personaje fiscalizador e inflexible que pobló algunas de las más decisivas páginas de mi biblioteca, con Malinowski y Lévi-Strauss como maestros de ceremonia, fui delegado para estudiar no una forma de sociedad en las islas Trobriand o en los meandros del río Paraná, sino una existencia individual, la de mi padre, ante la cual me recogí como un notario que levantara acta.

Pero al modo de la antropología, la literatura ha oficiado como algo más que un mero informe, un sucinto atestado o un dictamen forense. Ha ejercido como una psicología, una teoría de las pasiones y un réquiem. Aunque el tesoro ante el que el observador se ha postrado no ha sido el mundo fabuloso del *kula* papuano ni el despojamiento radical en que transcurren los nambikwara del Mato Grosso, sino el nada heroico pasar de un miembro de la clase media que vivió entre 1943 y 2015 en un país llamado España, la sensación de que la escritura ha rastreado *una diferencia, el misterio insondable de una otredad*, no ha resultado menos intensa. Pues yo también, como los más eximios expedicionarios, he vivido prisionero de una dicotomía mientras formulaba este expediente.

A veces he creído que me enfrentaba a un prodigio del que no era capaz de entender casi nada; otras, he sabido que ante ese espectáculo tantas veces elucidado, la peripecia de un hombre cualquiera, no hacía más que perseguir una sombra furtiva. El resultado es que me he convertido en el contable de una doble empresa. Por un lado, me abrumba lo que he aprendido de la vida de mi padre; por otro, temo no haber sabido mirar dentro de esa vida con suficiente rigor.

Hay un tono crepuscular en estas páginas. No sólo por el decorado singular que las adorna, sino por el clima general que las reviste, el desafío de entender en qué consiste la vida de un hombre. Patólogo de mi antepasado, lo soy también de mí mismo. Satisfacer ese empeño, que comparte con el del etnógrafo el celo por mantener la honestidad y la confianza en aquilatar certezas, supone clarificar un estado de ánimo.

Acostumbrados a contemplar la literatura con cinismo y displicencia, una meretriz que sobrevive bajo las capas de insignificancia que un mercado mercenario y una crítica holgazana han diseñado para ella, olvidamos que un escritor que merezca ese nombre entrega su tiempo para insuflar vida a una estatua, animar con palabras un paisaje, rescatar del fondo del mar un brillo hundido. Este empeño soberano, que ningún dinero puede pagar ni comprar, no se ejecuta por prestigio, anhelo de fama o egocentrismo, sino que surge de una imposición. En mi caso nace de

una impresión profunda (la agonía de un hombre que me amó y a quien amé) y de una asociación confusa (una pintura china incompleta), y de ese matrimonio entre la necesidad y el azar, entre una carne y un retrato, se eleva, como en la tarea del etnógrafo, con intención de revelar qué puede existir de sustancial bajo el río del tiempo, que todo lo arrastra, mezcla y confunde.

Me descubro así al borde de una ribera feroz, luchando contra la corriente que se lleva a mi padre, aferrándolo por los cabellos y las ropas, por la calavera y los zapatos. Mientras, con afán y paciencia, afilo mis lápices en el diseño de una gramática del corazón, una genealogía razonada, un taxón en el que encajar mi biografía. Hay un clima de elegía en torno. No sólo por el muerto que va río abajo, ya insensible al remordimiento, sino por el vivo que en la orilla, con la brújula desmagnetizada y los cuadernos llenos de garabatos, forcejea para rescatar al cadáver que pasa.

* * *

Cuando regresé de mi excursión por la furia y el éxtasis, tras superar aquellos cinco años de vigor y de papanatismo, descubrí que mi padre seguía adscrito a su peculiar ámbito, con sus afiches de cine, su pijama a cuadros, su aspecto de prisionero de guerra. Lo encontré como una nuez a la que un invierno crudo hubiera abrasado, pero vivo. Ninguna de mis metáforas lo agotaba, aunque todas arrancaban un destello peculiar a sus facetas. Al fin y al cabo, sólo disponía de las palabras para apoderarme de lo que él significaba. Las palabras me sobraban, se me caían de los bolsillos como los caramelos a un mago. Estaba tan lleno de palabras que por momentos me asfixiaba. Fue una época insumisa, sin medida, en la que escribía con frenesí, cartografiando el mundo como si pudiera acabarse en cualquier momento y yo tuviera el deber de agarrarlo por los cuernos, de aplacarlo y convocarlo, de someterlo al lenguaje.

El hijo, pues, escribía, y el padre leía sus libros. O al menos leía lo que los demás decían de su hijo, pues guardaba como maná cada palabra que acerca de mí se imprimía. Todos esos recortes desplegados como banderas de orgullo. Y las fotografías de Menéndez Salmón aquí y allá, a un lado y al otro, con éste y con aquél, altivo o sonriente, posando o distendido, con rostro de idiota, con rostro de persona sincera, con actitud de embeleso, con gesto de diletante, sabio, fatuo, capaz, inválido. Las fotografías del hijo llenaban ahora la casa en competencia con las fotografías de un tiempo en el que mi padre fue joven, en el que mi madre fue deseable, en el que mi padre y mi madre no fueron mi padre y mi madre, sino dos extraños con la vida entera por delante.

¿Qué sentiría él ante esa fuerza desmedida, ese poco elegante empacho expresivo, el cúmulo de poder manifiesto que es la escritura? Nunca lo he sabido. Tampoco de eso hablamos mucho. Menciones vagas, en apariencia intrascendentes, como si la literatura fuera un traje que yo me pusiera de vez en cuando, digamos los martes y los jueves, o de febrero a agosto, mientras el resto del tiempo me dedicaba al trapicheo de droga, el movimiento de capitales, la enseñanza de la trigonometría, las actividades misteriosas y eficaces que mueven el mundo y a las cuales las personas entregan sus vidas.

Ahí están todavía: restos de otra Atlántida, fragmentos de un misterio, menudencias de un entusiasmo que contemplo cuando acudo a la casa de mis padres. Tan extraño descubrirse en fotografías de aquellos años encabezando titulares de prensa, disertando sobre lo divino y lo humano, apareciendo como firma invitada en las páginas de los periódicos (o como una voz en la radio, o como una voz y una imagen en la televisión) para devanar algún comentario en torno a una novela, una película, un país. Opinador: ese oficio nacional. Me abrumba pensar en las horas que mi padre habrá dedicado a cosechar esos frutos no amargos pero banales, a los que el paso del tiempo otorga una pátina de intrascendencia, como si cualquier afán humano, especialmente el de notoriedad, estuviera condenado a convertirse en algo risible, grosero, feo por reiterado, un chiste que sólo hace reír la primera vez, y que en cada ocasión que se repite va perdiendo la gracia, el sentido y por fin el público.

Todas esas imágenes de Menéndez Salmón son una parodia melancólica y burda, un grial cuya búsqueda nos conmovió pero que al final resultó ser una baratija, como esos altares que de niño uno levanta a los héroes deportivos, las estrellas de cine o los músicos que pusieron banda sonora a nuestra alegría y a nuestra desdicha, y que un día, al ser reencontrados, nos arrancan un estremecimiento de vergüenza. Sólo que en este caso soy yo, son las imágenes que mi padre atesoró de su propio hijo, las que revelan el rubor, las que sacuden una ira contra mí mismo y de paso contra él por haber cedido a la tentación de coleccionarme, de perpetuarme, de rescatar las menciones, los elogios, la farsa de convertirse en alguien ligado al discurso del prestigio, los equívocos de la fama, las trampas del honor.

En esa esmerada correspondencia que mantuvo conmigo a través de terceros descuellla su alma de coleccionista, la constancia de la araña. Como si mi padre se hubiera impuesto la obligación de mantenerme ligado a este lado de las cosas mientras yo pernoctaba en las antípodas. La consigna era que no todo se perdiera, que de aquel tránsito acelerado quedaran testigos de cargo, efectos prácticos, una línea caudal en forma de relato. A lo peor ser padre consiste en eso: en tejer una red lo más sólida posible para el regreso del hijo, en ofrecerle la coartada de una historia cuando caiga. Porque el hijo regresa siempre caído, y no sobre un escudo de batalla, como volvían los espartanos, sino sobre superficies más prosaicas: falta de dinero, mala salud, desamor.

El archivo Menéndez Salmón crecía a medida que mi fuga se hacía más larga. Cuanto más amplio era el diámetro de mis viajes, de mis compromisos y de mis contactos, mayor era el número de papeles que mi padre atesoraba para dar fe de que él protegía mi esencia, lo que un día quedaría de tanto ruido inútil. Eso significa la fila de cartapacios que hoy reposan en los armarios familiares: el expediente abrumador, aunque incompleto, que, al registrar mi vida, subraya que, entre tanto, él siguió allí, prestando luz a la oscuridad, amueblando la covacha, sosteniendo mi memoria contra el frío. Como si, a su modo extraño y perifrástico, mi padre hubiera estado redactando una crónica de la cual yo era el protagonista, la historia reiterada pero no por ello innoble, siempre aleccionadora, genuina, de cómo un hombre es muchos hombres, un árbol de

innumerables anillos, y de cómo cualquier noción de progreso aplicada a una peripecia humana está condenada al fracaso, pues no crecemos ni menguamos, sino que nos arrastramos al modo de una serpiente que recorre largos, tediosos ochos que se enroscan unos en otros, dibujando el símbolo del infinito sobre el papel pautado de nuestra aventura, esa que mi padre, en sus jornadas sin final, olímpicas, maratonianas, concilió en un orden cautivo, sofocante, carcelario, en el empeño por seguir las huellas de su hijo a distancia, como un historiador que desentierra coprolitos, huesos y vasijas de un pueblo nómada, que cambia constantemente de residencia y continúa enviando señales desde el futuro, un pueblo constituido por un único miembro y cuya leyenda, un día, sólo resistirá la prueba del olvido por el hecho de que cierto notario, en jornadas de oficina y despacho, mediante la blanda contabilidad del ocio, tuvo la paciencia, la codicia y el talento de almacenar sus andanzas. Bien mirado, antes de que yo oficiara de etnógrafo de su ausencia, fue mi padre quien se ocupó de sustanciar la mía, de abanderar en silencio y sin afectación una labor de rastreo, recogida y ordenamiento del cúmulo de gestos, hechos, discursos, heroicidades e insensateces que durante un tiempo fui derramando por los rincones del mundo.

Qué podría yo añadir para no resultar patético.

Quizá que la nostalgia, en especial la nostalgia por uno mismo, es una promesa fácil de mantener.

* * *

El 10 de diciembre de 2018 a mi madre le diagnosticaron un tumor maligno en el pecho derecho. Hoy, tres meses más tarde, ha sido operada con éxito y se halla lista para comenzar las sesiones de radioterapia y el tratamiento con tamoxifeno, un fármaco que bloquea la producción de estrógeno.

En este periodo, uno de los argumentos esgrimidos por mi madre para rebelarse contra la presencia del cáncer ha consistido en apelar a la injusticia. Una lógica que esconde un recuerdo a la memoria de su esposo y se condensa en la siguiente expresión: «Si supieras lo que yo pasé con tu padre». La idea dominante en mi madre es que el vaso del padecimiento se había llenado por persona interpuesta y que a ella no le correspondía sufrir de nuevo. El sufrimiento del padre liberaba a quienes convivieron con él de padecimientos futuros. El martirio arrebató al maestro, pero exonera a los discípulos.

Más allá de lo capcioso del argumento, que establece una suerte de equilibrio en virtud del cual la cuota de amargura debe estar regimentada y medida como el peso y disposición de un paquete de yogures, lo sorprendente del episodio es que, cuando mi madre pronuncia esa frase, me mira como si me estuviera revelando un secreto celosamente guardado, como si yo hubiera vivido ajeno a ese «Si supieras lo que yo pasé con tu padre», como si yo no pudiera decirle a ella, de modo especular: «Si supieras lo que yo pasé con *mi* padre».

Ése es el enigma a fin de cuentas. Que cuando mi madre lea este libro, si es que llega a hacerlo,

no será capaz de reconocernos en sus páginas, que el «si supieras» que en él se contiene le resultará inconcebible, parte del guión de una vida ajena. En momentos así, acude a mi recuerdo una reflexión de Pessoa: «Lo que parece haber de desprecio entre hombre y hombre, de indiferente que permite que se mate gente sin que se sienta que se mata, como entre los asesinos, o sin que se piense que se está matando, como entre los soldados, es que nadie presta la debida atención al hecho, parece que abstruso, de que los demás también son almas». ⁹

Esa alma que yo fui, esa frágil conciencia que se fue formando entre la invisibilidad y los venenos, ese niño, ese adolescente, ese joven asesinado de forma incruenta, indolora e inconsciente es lo que he intentado resucitar mediante la visita del casero y la concepción de la escritura como técnica exhumatoria. Y si a mi madre, concluida la tarea, no le resulta posible identificar al niño herido, conjeturar por qué su dolor adolescente no se ha curado en décadas, discriminar en el joven que fui el amor a una sangre de la fidelidad a unos hechos, ello nos informará de un tipo de fracaso parecido al que Pessoa refiere y que nos coloca ante un espejo empañado. Ese espejo es el cristal de nuestra ceguera, que nos impide concebir que los otros puedan padecer por nuestros actos y omisiones, por nuestros deseos e intenciones.

Una sabiduría con casi ya veinticinco siglos de antigüedad nos previene ante cualquier devaneo ingenuo: «Los hombres recuerdan en consonancia con lo que padecen». ¹⁰ Ese patrimonio no es baladí. Conformar nuestro cimiento y vertebrar un país natal. Alimenta las pesadillas que nos definen. Refiere la estatura de nuestra pesadumbre. Es el dolor que acompaña los éxodos, los exilios, los genocidios, las matanzas, las violaciones. Ese trauma despierta por la noche a los niños y recubre el insomnio de los ancianos. Es nuestra desventura y nuestra llaga. Y en algunos casos, si nos asisten los demonios y el don de la escritura, puede dar forma a nuestro más legítimo grito.

* * *

Una tarde, llevado por un impulso, acudí al Hospital de la Cruz Roja y me dirigí a la Unidad de Paliativos. Fue sencillo caminar por el pasillo hasta llegar a la habitación en la que mi padre había fallecido. Nadie me detuvo. Nadie preguntó mi nombre. Nadie en realidad me dirigió la palabra. Y aunque no tenía ni la más remota idea de lo que iba a decir una vez dentro de la habitación, cuando me encontrara con los enfermos y con sus familiares, me lancé a ciegas contra la puerta tras la que mi padre había muerto y penetré en la estancia en la que besé su frente por última vez.

En la habitación, que tenía dos camas, sólo una estaba ocupada. En ella yacía el hombre más grande que he visto en mi vida. No había nadie con él. Ningún acompañante. Ningún trabajador del hospital. El hombre yacía en la postura a la que la iconografía fúnebre nos tiene acostumbrados. Era un cadáver armónico: las manos cruzadas sobre el pecho; las piernas rectas; la paz con él, en él, para él. Pero el hombre, aquella montaña, estaba vivo. Y roncaba. Lo hacía con una ferocidad tranquila, si se me permite el oxímoron. Su ronquido era profundo, turbador,

inmenso, pero al tiempo emanaba de un cuerpo en completo reposo, plácido como un molusco adherido a la roca.

Me acerqué al yacente con reverencia. Era imposible hacerlo de otro modo. Había algo en su tamaño y en su actitud que movía a la admiración. Entonces vi en su rostro el aviso de que la obra estaba a punto de concluir. Su nariz era un filo ceroso. En su boca había una blandura malsana. Comprendí que aquel ronquido ctónico, aquella llamada de las profundidades, era un epílogo, la música de la agonía, la voz de la morfina. Y pensé que todos deberíamos morir así, con esa dejación, con esa ausencia de remordimiento. Aunque también pensé lo contrario. Que nadie debería morir con esa inconsciencia, con esa espantosa indiferencia hacia su propia vida.

Me alejé del ronquido del gigante y anduve hacia la ventana. Nada había cambiado desde el 12 de junio de 2015, cuando la resistencia de mi padre se quebró al fin.

Tejados. Antenas. Un pedazo absurdo de cielo.

ESTRELLAS Y TUMBAS

Mientras las estrellas derraman su luz arcana, fotografías de mundos ya extintos, escucho a Michael Caine recitando *Do not go gentle into that good night*, la más famosa *villanelle* jamás escrita. Ignoro si su autor, el galés Dylan Thomas, borracho feroz y escritor sin epígonos, especuló con la posibilidad de que los diecinueve versos de ese enigmático poema ilustraran una de las películas inexcusables del cine contemporáneo, *Interstellar*, de Christopher Nolan.

El género de la ciencia ficción ha mudado sus intereses en las últimas décadas. Si obras de la segunda mitad del pasado siglo se centraron en la comunicación cósmica y el hallazgo de otras formas de inteligencia (desde *2001* de Stanley Kubrick hasta *Encuentros en la tercera fase* de Steven Spielberg, pasando por *Solaris* de Andréi Tarkovski), el arte actual ha convertido el abandono de la Tierra en motivo recurrente. Lo que mueve a la exploración del espacio no es un prurito de sabiduría, sino una necesidad de supervivencia. La curiosidad de una conciencia que desea conocer ha dejado paso al egoísmo de un estómago que debe alimentarse. El agotamiento de nuestro modo de vida, la devastación del planeta azul, una visión escatológica que aproxima sus inquietudes al final de la Tierra como lugar natal y habitacional se halla en el origen de obras tan dispares como *Melancolía*, de Lars von Trier, *Hijos de los hombres*, de Alfonso Cuarón, o *Take shelter*, de Jeff Nichols. No importa la coartada —fantástica, ética, metafísica— que anima estas ficciones. Lo que las hermana es la evidencia de que existe una cuenta atrás.

En una Tierra que se desertiza, devorada por la arena y por el polvo, en la que el suelo ya no es maná, sino condena, el futuro reside en las estrellas. Nuestra civilización ha seguido atesorando logros científicos y tecnológicos, pero las plagas no sólo han estancado su desarrollo material, sino que lo han hecho involucionar, hasta el punto de que el mundo se ha convertido en una sociedad agraria al borde del colapso. Viudo y padre, héroe a su pesar, el antiguo piloto Cooper, hoy un granjero amargado, lo sabe. Y para probar que existe un mañana para sus herederos, debe embarcarse en un viaje sin regreso, una peripecia de tal magnitud que anula el consuelo de la carne, el orden de los afectos, el baricentro de la cordura.

Hay una escena devastadora en el film de Nolan. Tras vivir en carne propia la paradoja de los gemelos de Einstein, Cooper se reencuentra con sus hijos a través de los mensajes que le envían desde la Tierra. La tiranía de los relojes, su impronta biológica, ha dejado huella en sus descendientes, pero no en el piloto, que, como un cuerpo sepultado en hielo, no ha envejecido. El desgaste celular, la trampa de la oxidación, la prisión orgánica lo han eludido. Su drama es de una

profundidad insondable, pues no hay metro humano que lo mida, nostalgia ni desastre a los que compararse.

Mis nietos, mis bisnietos, quizá mis tataranietos encarnen al piloto de Nolan en busca de un lugar donde la vida sea posible. Cuanto dejen atrás en su viaje será cantado por alguien, aunque es difícil aventurar cómo será la poesía del futuro y en qué recipiente será transmitida a sus fruidores. Por el momento, la voz de Michael Caine recitando a Dylan Thomas encierra un documento de nobleza y, a la vez, una advertencia.

* * *

Interstellar fue la última película que vi antes de la muerte de mi padre. Lo hice en un Airbus A380 que cubría la ruta entre el aeropuerto de Pudong, en Shanghái, y el Charles De Gaulle, en París. Pasé cerca de doce horas recluido en la aeronave, viajando hacia el oeste, y la obra de Nolan me ubicó en una espiral de espirales. Yo era el pasajero de regreso a Europa que contemplaba la epopeya de un navegante de las estrellas. Mi cartografía era estrecha; la de Cooper se evadía a cualquier mapa de la sensatez.

Entre Pekín y Wenzhou, con estancias en Hangzhou y Shanghái, un arco de más de mil seiscientos kilómetros, el turista que en realidad yo era había permanecido en China seis semanas invitado por Mai Jia, el presidente de la Asociación de Escritores de Zhejiang. La experiencia me había regalado una profundísima impresión de extrañeza. Mis categorías habían fracasado a la hora de comprender el país. Cada día, cada hora, cada gesto me había enseñado que existen mundos dentro del mundo, y que no es posible disponer de las claves para interpretarlos de forma objetiva. El espectador imparcial, cenital e imperturbable soñado por Occidente era una quimera. Del mismo modo que no existía nada a lo que llamar *naturaleza humana*, no existían esperantos de la emoción ni de la inteligencia mediante los que aprehender la plasticidad de las diversas sociedades. La traducción a una lógica compartida por el conjunto de la humanidad resultaba un dislate aún mayor que pretender un diálogo entre un ateo y un creyente.

Y sin embargo, en la carlinga del Airbus A380, mientras el pasaje dormía, comía, bebía, leía o divagaba, mientras Cooper fatigaba su odisea en el espacio-tiempo y las azafatas nos entretenían para que olvidáramos las alturas, presiones y velocidades a las que estábamos sometidos, yo sentía que aquel desfase en la traducción era un regalo. Pues para un escritor, el mundo *tiene que ser* problemático. De lo contrario, su trabajo carece de sentido. Y China había sido una perpetua sacudida, un rumor salvaje, el fracaso de los diccionarios.

Las equivalencias, pues, tendrían que esperar. Había que rumiar aquel violento impulso y hallar el modo de saciar el apetito por comprender. Había que diagnosticar las diferencias, refinar las estrategias, invocar el talento. Había que intentar iluminar las estancias.

Pero lo que me esperaba de vuelta en casa no tenía nada que ver con la constatación de una anomalía. Porque esta vez era la muerte, a la que llevábamos esperando treinta y tres años, la que

reclamaba al fin toda la atención.

* * *

Durante mi estancia en China, en aquella primavera en el Pacífico, el cáncer reapareció insolente. Mi padre se desmoronaba. Ya no podía tragar y sufría gravísimos dolores en la cara, en la piel expuesta al contacto del aire y de la luz. Una mano feroz imprimía las huellas de sus cinco dedos sobre el rostro. Los tratamientos en forma de radio o quimioterapia estaban descartados. Los puentes en los que sostener la marcha habían sido dinamitados. Sólo quedaba el límite de la segunda orilla. Una vez puesto el pie allí, todo habría terminado.

Antes de ese paso existió aún un episodio angustioso, una crisis cardiaca y respiratoria que condujo a mi padre al borde de la muerte, y de la cual un médico atento, infatigable, misericordioso hasta la extravagancia, lo rescató. Fue la única vez, tras tres décadas de equilibrios, en que estuve a punto de perder los nervios. Si no agredí al médico que arrancó a mi padre de su penúltima agonía fue porque en un raptó de rendición acepté que, en realidad, él no tenía culpa de nada. Cumplía su trabajo, como un burócrata abnegado, sin imaginación, y lo protegía un juramento hipocrático, la legalidad de Tartufo y siglos de ideología. Romperle la cara, o mentarle a sus muertos, habría sido como pintarrapear un monolito o prenderle fuego a una bandera. Los símbolos no se destruyen mediante la ira. Sólo la razón puede doblegarlos. Y esa razón aún no ha conquistado su lugar entre nosotros. Pero al menos, en el trance de aquel dolor sin objeto, ante el bulto que jadeaba conectado a un respirador, mientras mi cólera mudaba en desprecio conseguí arrancarle al resucitador una promesa. Mi padre no volvería a casa, iría directamente al pudridero de los elefantes, a los blancos corredores donde la muerte se induce sin esfuerzo.

Se había ganado el derecho al empujón definitivo.

Si la vida de un hombre es un dibujo sobre un lienzo, los trazos de mi padre habían completado su figura. No sé qué respondería cada lector de estas líneas si se le concediera la posibilidad de visitar, por un instante, el lugar exacto en que habrá de morir. Yo querría conocerlo, pero al tiempo, mientras enuncio esa convicción, dudo de ella. Así que me pregunto qué sintió mi padre cuando comprendió (*porque hubo de hacerlo*) que, tras tantas fatigas, tras tantas idas y venidas, aquella habitación que lo acogió en el Hospital de la Cruz Roja de Gijón era el lugar donde su viaje se iba a agotar.

* * *

Queda esto:

Una mañana de invierno, luminosa y glacial, tomo el *vaporetto* a la isla de San Michele para visitar su cementerio. Camino entre tumbas anónimas y gloriosas. El lugar es bello y desolado. El

conjunto se somete al rigor de la humedad y a la voracidad vegetal. Admiro la tumba del matrimonio Stravinski. La de Zoran Mušič. La de Ezra Pound. La de Helenio Herrera, maestro de otro lenguaje no menos importante que los de la música, la pintura o la poesía. En la sección protestante me detengo ante la tumba de Joseph Brodsky, Premio Nobel de Literatura. Nacido en San Petersburgo en 1940, el autor de *Marca de agua*, uno de los más bellos libros escritos acerca de la Laguna, pasó parte de su vida en Nueva York, pero pidió ser enterrado en Venecia. En su tumba hay cigarrillos, flores, whisky. Y cierta confiada admonición: *Letum non omnia finit*. Pero otra circunstancia me reclama. Muy cerca, abandonada a la intemperie y abrasada por el tiempo, sin golosinas, rosas, leyendas edificantes ni ofrendas de peregrinos, descubro la tumba de un bebé. Se llamó Kurt Müller. Nació el 9 de abril de 1912 y murió el 27 de septiembre del mismo año. Vivió, pues, cinco meses y dieciocho días. Nada sabemos de él. Ningún Brodsky lo cantó.

Y también queda esto:

Los templos que más cerca están de Dios son los que más cerca se encuentran del hombre. Al fin y al cabo, Aquél es sólo el fantasma de éste. (Si el creador, el hombre, no merece la mayúscula, me pregunto por qué se la concedemos a la criatura.) Por eso, al menos una vez en la vida, hay que visitar Santa Maria della Concezione dei Cappuccini, en el 27 de Via Veneto, Roma. En su cripta los huesos de cuatro mil capuchinos traídos de la vieja iglesia de la orden, en Santa Croce e Bonaventura dei Lucchesi, fomentan la democracia de la extinción y recuerdan nuestro unánime destino: *Quello che voi siete noi eravamo; quello che noi siamo voi sarete*. La prosa de la contingencia no puede ir más lejos. Aquí las lámparas se adornan con pelvis, algo que sugiere una identificación de la luz con la procreación, y los ángeles que flanquean los altares son los esqueletos de los jóvenes de la familia Barberini vencidos por la peste, lo cual otorga sentido a la *pasquinata* que alimenta la leyenda de esta tribu, una de las más poderosas de la Italia del siglo xvii, y que agotó sus días con un pie en la belleza de las formas y con otro en el fango de la religión y la política: *Quod non fecerunt barbari, fecerunt Barberini*.

Y por supuesto queda esto:

En el Crac de los Caballeros de Siria, uno de los más fascinantes logros de la arquitectura militar de todos los tiempos y la más grande fortaleza erigida en Tierra Santa, mientras deslumbrado por la Historia y su presencia todavía tangible el paseante recorre la que fuera la casa de la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén durante las Cruzadas, una tumba sin nombre con una breve inscripción le sale al encuentro: «No era aquí». En una glosa inspiradísima, Álvaro Mutis encuentra resumida en esa estela el estupor que provocan el mundo y su fábula, y caligrafía el fragor de esa muerte intransferible y a la vez colectiva con palabras que poseen la solidez de un mármol: «No hay día en que no medite en estas palabras. Son tan claras y al mismo tiempo encierran todo el misterio que nos es dado soportar».¹

Tumbas. Cuántas. Aunque mi padre carece de ella. No tengo un lugar donde recordarlo, al que acudir, frente al que recogerme. O sí, por supuesto que lo tengo. Porque mi padre reposa en una tumba abierta, en el mar, frente a la bahía en la que creció y en la que fue feliz, en ese paisaje que

amó más que ningún otro. Allí esparcí sus cenizas una tarde a escasos días del inicio del verano, abrazado a mi madre y a mi mujer, sintiendo en el vientre de Eva el latido de Adriano, que llegaría a la vida a finales del mes de julio, mes y medio después de aquella despedida, y a quien su abuelo no pudo conocer.

Fue un acto sencillo pero resonante, como son los gestos simples. Hay un ángulo en la playa de San Lorenzo, en un extremo del tómbolo, justo tras la iglesia de San Pedro, que permite este tipo de ceremonias, por otro lado prohibidas. Cuando la marea está baja y las aguas se retiran, la escalera 0, llamada La Cantábrica, facilita el acceso a un diminuto arenal sobre las rocas. La luz menguaba y allí estábamos los tres, los cuatro si contábamos al hijo no nacido, conformando una unidad de emoción cerrada y justa, gozando de esa paz sin nombre que regala el mar, cuya contemplación invita a creer que se está pensando en todo cuando en realidad no se está pensando en nada.

Vacíé la urna con los restos de mi padre y mi madre arrojó dos claveles que flotaron en la orilla unos segundos, antes de que el mar se los llevara sin violencia. Y luego mi madre dijo: «Te quiero, Ricardo». Nada más. Con la voz un poco rota, pero no crispada. Con una elegancia que logró emocionarme. Y yo entonces, en aquel sosiego, recordé los versos de Dylan Thomas acerca del adiós de un padre y la rebeldía de su hijo contra el imperio de la muerte. Y sentí que el mar, ese cosmos dentro del cosmos, ajeno a la impertinencia de los hombres y al Oriente intraducible, abría sus fauces sosegadas y se llevaba con su suave resplandor la vida de mi padre contenida en las palabras de su esposa, sentí que el mar mecía la memoria paterna vuelta ceniza y hueso para abrazarla hacia lo hondo, hacia su corazón frío y sonámbulo.

* * *

Me encuentro en la majada de Espineros, en la sierra del Suevo, un paraje ochocientos metros por encima del nivel del mar desde el que en días despejados se dominan los concejos asturianos de Piloña, Colunga, Caravia y Parres. En jornadas de viento nordeste, el Cantábrico resuena en este anfiteatro natural como el bramido de un animal mitológico, y su olor a ocle y pudrición, potente como un enigma, se mezcla con el perfume a madera del brezo. Pero ni el sonido de órgano ronco ni el hedor a redes y aparejos alcanzan hoy esta altura. Una niebla celosa cubre su perímetro y apenas permite distinguir las dolinas en torno, la roca que protege las cabañas de los pastores, el espino blanco que da nombre a este lugar en el que cada agosto son domados los asturcones salvajes y se marca a los potros nacidos en el año.

Es temprano y hace frío, la piel se perla con el vapor de la niebla, los vaqueros se adhieren al cuerpo como una gasa mojada y siento el cabello como si acabara de lavarme la cabeza. Vengo de visitar la tumba de mis abuelos paternos, que están enterrados en el cementerio de Sales, a menos de veinte kilómetros, y de ascender más tarde hasta el mirador del Fito, el más bello observatorio de Asturias y un marco al que mi infancia se halla ligada por lazos inquebrantables.

En este entorno de belleza aún indemne, conocí una libertad nunca reencontrada, que se construyó en torno a la saciedad de los impulsos, la voracidad de los juegos y una casona cerca de la playa de La Griega. Todo eso sucedió antes de la enfermedad y forma la apretada retícula de los días más dichosos de mi vida. Mi padre no aparece en esa película, ha sido borrado de esa historia de entusiasmo. Su perfil no tiene cabida bajo las sombras de las palmeras traídas de Elche ni en el recinto de las conejeras promiscuas. Su figura no traspasó el umbral de las tiendas indias que yo levanté bajo la flor de los manzanos. Su eco no vive en el corredor donde se almidonaba la ropa blanca ni en la estancia donde las grandes tinas de latón protegían durante el baño el cuerpo de los niños. Sencillamente, él no está allí, en la comarca de la alegría, sino que vive emboscado en una penumbra de la que sólo saldrá para tomar mi mano, conducirla hasta su corazón maltrecho y quemar mis huellas con su herida.

El timbre de un cencerro me alcanza deformado por la niebla. Es difícil saber si el animal está cerca o lejos, por encima de mí o en las praderías que caen al mar. Pero provoca un calderón grande y plano, como la resaca de una enorme ola, y obliga a pensar en una vaca, pues no posee el agudo tañido de las cabras ni la música de sonajero de las ovejas. Cierro los ojos y me dejo mecer por el ruido. Su sonido me transporta.

Es un río. Es un viento. Es el tiempo.

Porque estoy en una suave colina, hace más de cuarenta años, y el bosque de eucalipto derrama en torno su calidez antigua y enervante. Y hay tordos ocultos en el ramaje de los árboles. Y un curso de agua serpentea entre la muralla de helechos. Y vibra una paz que fragua y sedimenta dentro de mí, en el vacío inmaterial de los verbos. Y no existe dolor constante ni sed de justicia, porque el paraíso aún no ha sido ofendido y porque todo es aún posible para ese niño.

Tras ese trance, que ha durado eones y a la vez ha transcurrido en un suspiro, tras ese viaje que, como al piloto Cooper, me ha conducido hasta los límites del asombro, abro los ojos y comprendo que el bosque de eucalipto se ha transfigurado, mi piel de la infancia se ha esfumado, el canto de los pájaros se ha apagado. Descubro mis manos enrojecidas por la niebla y advierto que la esquila se acerca.

Y entonces veo al animal. No es una cabra ni una oveja, como bien supuse, pero tampoco es una vaca, como había creído.

Es un caballo. Luminoso y blanco y severo.

GLIÓN

JUNIO DE 2017 - MAYO DE 2019

Duque de Albania: ¿Cómo has conocido las miserias de tu padre?

Edgar: Asistiéndolas, mi señor.

WILLIAM SHAKESPEARE,

*El rey Lear*¹

Notas

1. La traducción de los versos de Dylan Thomas es de Jaime Priede. Todas las notas son del autor.

1. La traducción es de Andreu Jaume Enseñat.

1. Juan Marsé, *Un día volveré*, Seix Barral, Barcelona, 1989, p. 315.

2. Paul Valéry, *Monsieur Teste*, Visor, Madrid, 1999, p. 69. Traducción de José Luis Arántegui.

3. Norman Mailer, *Un arte espectral. Reflexiones sobre la escritura*, BackList, Barcelona, 2012, p. 43.
Traducción de Elvio Gandolfo.

1. Ramón Chao, *Un posible Onetti*, Ronsel, Barcelona, 1994, p. 69.

2. Franz Kafka, *Obras completas II. Diarios*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2000, p. 418. Traducción de Andrés Sánchez Pascual.

3. Thomas Bernhard, *Trastorno*, Alfaguara, Madrid, 1985, p. 214. Traducción de Miguel Sáenz.

4. Jean Améry, *Levantarse la mano sobre uno mismo*, Pre-Textos, Valencia, 1999, p. 24. Traducción de Marisa Sigúan Boehmer y Eduardo Aznar Inglés.

5. Pienso en quienes han dedicado sus vidas a negar la esclavitud de ciertos vínculos. Por ejemplo, Martin Adolf Bormann, ahijado de Hitler y primogénito de Martin Bormann, secretario personal del *Führer*; por ejemplo, Niklas Frank, hijo de Hans Frank, gobernador general de la Polonia nazi; por ejemplo, Katrin Himmler, nieta de Ernst Himmler, hermano menor de Heinrich Himmler, *Reichsführer* de las SS. Me circunscribo al Tercer Reich no sólo por mi interés en dicho periodo, sino por la magnitud de los demonios.

6. Thomas Bernhard, «Goethe se mmmuere», en *Acontecimientos y relatos*, Alianza Editorial, Madrid, 1997, pp. 120-137. Traducción de Miguel Sáenz.

7. Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, Alianza Editorial, Madrid, 1987, p. 183. Traducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera.

1. Jorge Luis Borges, *El Aleph*, Alianza Editorial, Madrid, 1971, p. 166.

2. Alexander Kluge, *Taladrando tablas duras*, Armænia, Madrid, 2018, p. 261. Traducción de Ibon Zubiaur.

3. La descripción más memorable del cáncer que conozco se encuentra en *El emperador de todos los males*, de Siddhartha Mukherjee, obra traducida por Horacio Pons para Debate en 2014. El texto propone una auténtica biografía del cáncer al tratar la enfermedad no sólo como un *qué*, sino como un *quién*. El resultado es abrumador desde el punto de vista científico y admirable desde el punto de vista narrativo.

4. La definición, del escritor Paul Brodeur, está tomada de *Outrageous Misconduct: The Asbestos Industry on Trial*, Pantheon Books, Nueva York, 1985. La cita la recoge Mukherjee en *El emperador de todos los males*, p. 325.

5. Una de las características menos celebradas del genio consiste en su capacidad para extraer relaciones inadvertidas. Miles de generaciones de seres humanos se habrán percatado de que no existe ningún animal doméstico, en ninguna región de la Tierra, cuyas orejas no se encuentren caídas. Y sin embargo fue preciso el talento observador de Darwin para extraer la razón plausible de semejante hecho. Que estos animales, por haber ingresado en una vida plácida, rarísima vez han tenido necesidad de emplear sus orejas como detectores de alarma. Los miedos con los que la enfermedad de mi padre me acució a lo largo de treinta y tres intensos, devastadores años, han sido mi detector de alarmas, el motivo que ha mantenido mis orejas erectas.

6. Adolfo Bioy Casares, *Borges*, BackList, Barcelona, 2011, p. 163.

7. Miguel Espinosa, *Escuela de mandarines*, Los Libros de la Frontera, Barcelona, 1974, p. 524.

8. Bill Viola ha representado la mencionada circularidad en *Tríptico de Nantes*, obra de 1992 en la que se asiste al nacimiento de un bebé y a la agonía de la madre del propio artista. Entre ambos fieltos, metáfora del viaje vital, Viola filma un cuerpo que flota en agua.

9. Fernando Pessoa, *El libro del desasosiego*, Seix Barral, Barcelona, 1984, p. 126. Traducción de Ángel Crespo.

10. Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Cátedra, Madrid, 1988, p. 194. Traducción de Francisco Romero Cruz.

1. Álvaro Mutis, *La Nieve del Almirante*, Suma de Letras, Madrid, 2002, p. 39.

No entres dócilmente en esa noche quieta
Ricardo Menéndez Salmón

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
De la fotografía de la portada, VO-8-14_Mustafa_813 © April Visel Photography

© Ricardo Menéndez Salmón, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

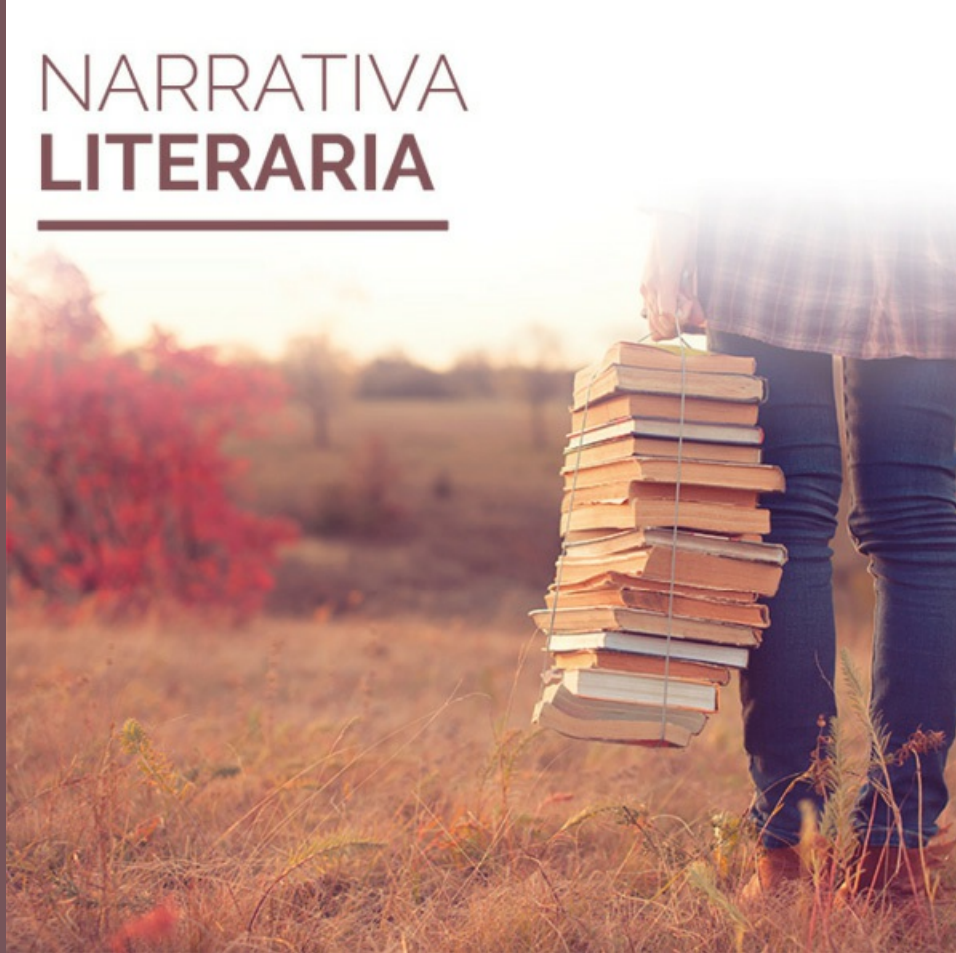
Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2020

ISBN: 978-84-322-3622-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!





Ricardo Menéndez Salmón

No entres dócilmente
en esa noche quieta

